

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

LA IGLESIA

FUNDACIÓN «JOSÉ RIVERA»  
TOLEDO, 2006

Nihil obstat:

Imprimatur:

Antonio Cañizares Lloveda  
Arzobispo de Toledo. Primado de España  
Toledo, x de x de 2006

2006

## PRÓLOGO

La Iglesia y Don José... Ya hemos comentado en algún otro prólogo de estos Cuadernos la dificultad de entresacar textos específicos que concreten un aspecto de la vida sobrenatural con que Dios ha ornado la existencia de Don José. Las miles de páginas de su Diario están plenas de referencias al tremendo Misterio de la Iglesia: todos los artículos de nuestra fe, su propio caminar alegre y signado por la esperanza, su caridad, recibida y asombrosa, están atravesados por esta conciencia filial del saberse hijo de la Iglesia. Ontológicamente, donde se hace luz sobre todas las dimensiones del hombre y de todos los hombres y del universo entero: es la voluntad del Padre que nos hace hijos, es la realidad del ser miembros de Cristo, vivificados por el Espíritu Santo, gestados en el seno de la Virgen, educados por San José, hermanados de modo insondable con todos los hombres.

Cada una de las reflexiones, de las oraciones, de las actitudes plasmadas en el Diario, están determinadas por su pertenencia a la Iglesia. Innumerables párrafos hablan de Ella y desde Ella; de entre más de 200 textos densos de contenido específicamente eclesial hemos tenido que seleccionar —dolorosamente— algunos especialmente significativos por su intensidad y por su amplitud. Numerosos aspectos que él ha tratado no pueden figurar en este Cuaderno, pero el cuadro que aquí se ofrece para la meditación orante de quienquiera creemos es soberanamente bello y desbordante.

Toda su meditación sobre la Iglesia parte de la Realidad de las Personas Divinas, de la Trinidad. Todas sus visiones y todos sus deseos respecto al crecimiento de la Iglesia Peregrina están movidos por la contemplación de la hermosura de la Iglesia Celeste. Él sabe, saborea, la fecundidad inaudita de la Iglesia, y confronta esta energía maternal sobrenatural —capaz de santificar a quien sea— con las infidelidades de los hijos. Primero con las que estima propias infidelidades, pero también con las grandes y pequeñas tendencias históricas que desdican de la santidad de la Madre... sea por esperar mezquinamente, sea por no confiar en lo que Dios ha prometido. El resultado de tales pesquisas espirituales es, paradójicamente, que se redobra el entusiasmo de Don José...

Hemos tenido entre nosotros a uno de esos hombres, uno de esos santos que han vivido del asombro constante, de la esperanza, tremenda virtud —poco atendida— que da sentido a todas las batallas que por la Caridad emergen desde el seno de la Iglesia generación tras generación. Esperanza eclesial que le hace implorar por la santificación de los pastores, los obispos, a los que contemplaba —junto a los pobres y la liturgia— como verdadera *comunidad de base* de la Iglesia.

En los últimos años de vida terrenal su espíritu se ve acuciado por la contemplación de la santidad de la Iglesia. Junto a sus bellísimas penetraciones truena la voz del profeta que sacude las conciencias de los que quieran oír: la Iglesia triunfa... no puede no hacerlo pues es el Cuerpo de Cristo Victorioso... pero la Iglesia en la tierra debe presentar combate santo, debe crecer, debe santificar, amar y esperar a los hombres; y si tal o cual Iglesia particular da la espalda a su Señor, esa Iglesia puede morir...

Él, por tanto, redobla sus expiaciones, sus estudios, sus gestos enamorados... y su alegría. El estudio de diversos autores —santos teólogos y teólogos santos—, sus estudios de historia, de literatura, etc se le presentan «excelentemente fructuosos, precisamente para esta tarea de penetración en el misterio de la Iglesia. Puesto que en ella se ultima el sentido de la historia y la expresión del Verbo» (Diario, 18 de febrero de 1991).

Fama de santidad... nosotros tenemos la confianza, y la convicción, de que Don José hoy vive inmerso en la contemplación radiante de la Esposa Inmaculada. Bueno es por tanto, pedir su intercesión para que nos haga entender el Misterio de la Iglesia a través de las iluminaciones que acogió cuando aún batallaba contra los confines de la historia.

## «CREO EN LA IGLESIA»

(a propósito de «Meditación sobre la Iglesia» del P. De Lubac)

### Día 11 de diciembre 1989

Oración de 6,15 a 7. Anoche terminé el retiro de seglares, ignoro claro está, el fruto que se haya podido obtener; pero lo visible resultaba satisfactorio... Me robustezco en las ideas más consideradas últimamente; pero es preciso volver a dedicarle más tiempo en serio al estudio... Por otra parte, debo intensificar la atención a algunos curas un tanto abandonados... (zona de Quintanar).

Nuevamente he diferido la confesión; buscar a D. Claudio, como primera tarea del día. Necesito la purificación de mi fe, la eliminación de las oscuridades, que ciertamente me nublan la visión perspicua, tan capital para las predicaciones, para los consejos y direcciones espirituales.

Prosigo esperando. Y se requiere esperanza vigorosísima, y fe y caridad de extraordinaria energía, para romper el embotamiento que nos envuelve. (...) ¡Cómo sufren, Dios mío, las gentes!. Provechosísimo sería analizar, contemplar, en el sentido más teológico y más místico, esta sobreabundancia de dolor en el mundo. La corriente de la consideración "espiritual", que discurre a través de los 20 siglos de historia de la Iglesia (y podría remontarme más lejos, más atrás, a los tiempos de vida judía y pagana) arrastra muchísima interpretación valiosa; pero también mucho lodo de pensamiento superficial y artificioso. La urgencia de purificación y esclarecimiento y robustecimiento del pensamiento de la Iglesia en muchos temas, en la presentación deslumbradoramente unitaria de la idea católica, de modo nuevo -en nuestra época- que sea en sí, (que aparezca como tal) como idea y presentación misma: una, santa, católica y apostólica. Es patente que, todo defecto en cualquiera de estas notas, evidencia que el pensamiento ofrecido no es lo bastante "ortodoxo".

Pues la fe de la Iglesia es su fundamento mismo, y es capital que la presentación contenga luminosas las notas mismas de la Iglesia...

En los días de retiro, no ha cedido notablemente la oración, aunque me parece que algún día ha resultado escasa en cuanto al tiempo... He leído y meditado buena parte de la "Meditación sobre la Iglesia" del P. de Lubac, ya leída hace tanto tiempo. El mismo ejemplar, muy subrayado en otra época...

### Día 12 de diciembre

Oración de 5,30 a 6,45. Relecturas del libro del P. De Lubac. "Nos ardía el corazón". Tal sigue siendo el efecto de la palabra divina en los

humanos corazones... ¡Ojalá abrase todas sus impurezas, limpiándolas de sus inmundicias...!

Anoto de nuevo, como observación de gratitud y de esperanza, el hecho de mi exactitud en algunas prácticas, objetivamente no correspondientes a mi carácter: las horas de la liturgia; el rezo del rosario, del ángelus... Ello me hace esperar que algún día -y sea cercano- me sea dada exactitud pareja, en la frecuencia de confesión, de exámenes, de abstinencia de tabaco...

La Iglesia no es ante todo objeto de mi fe, sino sujeto de ella. Es Cristo quien vive en mí: vive en su Iglesia, cuyo miembro soy... Expresión cotidiana en la Misa: no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia. Y mucho antes: ¿qué pides a la Iglesia? La fe. Y la fe es el principio de la vida eterna.

También por esta vía alcanzo idénticos pensamientos y deseos. Lo más derecho es desear ante todo el crecimiento de la Iglesia. Por eso, pastoralmente, el discernimiento atiende a la actitud apostólica de la persona, para gastar con ella, primero, el tiempo de las charlas, predicaciones, etc., o dejarla para "la segunda vuelta". Por ello tanto más he de insistir en la exposición de una verdad -un aspecto de la verdad- cuanto más entrañablemente sea "eclesial". Y naturalmente es en la Iglesia, donde Cristo se manifiesta y desde donde obra; por ello importa, y mucho, expresar a los fieles la realidad total de la Iglesia, desde antes de la constitución del mundo, hasta la inacabable eternidad.

Por lo mismo, la elección personal del individuo debe mostrarse en la Iglesia, según el texto de Ef.1., y de ahí entender la altura de nuestra santidad. No según la función visible en la Iglesia terrena visible; sino la función invisible -aunque manifestada de alguna manera ya en las terrenas condiciones- en la Iglesia eterna. (Así la santidad fontal de María y José...).

Experimentar que mi esperanza de influir en la construcción de la Iglesia, viene indicada por mi conciencia de recibirlo todo en la Iglesia. Realidad ya expresada desde muy atrás en mis exposiciones, pero que esclarecida para mí, debe ser recalcada en ellas.

Debo analizar más detalladamente, más comprensivamente, los caracteres de "las sectas", para discernir las desviaciones de movimientos pastorales y órdenes e institutos religiosos... Parece importante. Y, simultáneamente, procurar entender mejor los aspectos diversos de su realidad eclesial.

Individualismo y colectivismo como peligros: De Lubac cita a Rahner: peligros del catolicismo actual.

De Lubac dedica un estudio relativamente amplio (10 páginas) a la distinción "entre "credere in Deum... credere Ecclesiam".

Describiendo la fe de la Iglesia, de la que participo, a la cual soy asociado (cfr., y es capital, 1ª Jn. 1, 1-3) y que cree operativamente en mí, la presenta como fuerza ardorosa, perfecta e inalterable, siempre plena, siempre igual y siempre serena, perseverante, incommovible, como la Cruz de Cristo, que no es sacudida por ningún escándalo, nunca duda ni vacila, ni duerme; viva y vivificante, fructuosa en el mundo entero, que vive en cada uno de nosotros, que siempre cree como miembro de la Iglesia... y expresa su fe (con palabras expresas, con obras) solamente como miembro de la Iglesia, in persona Ecclesiae...

Todo esto lo vengo exponiendo hace años. Y no puedo decir que infecundamente; pero el esclarecimiento e insistencia en la expresión, necesariamente, acrecentará y acelerará, y hará más luminoso, más visible, el fruto cierto...

Debo dedicar una tarde al menos, con algunas horas nocturnas, a un retiro, antes de Navidad; para discernir algunos aspectos de mi estilo de vida. Pues, más y más me parece fundamental para mí, la faena intelectual.

Deseo de dejarme disponer a la Navidad: limpieza de corazón, pensamientos, movimientos interiores, confesiones... ejercicio de la caridad...

## **Día 14 de diciembre**

Oración de 4,15 a 6,15. Anoche apagué la luz hacia las 11, de modo que he despertado hacia las 2,30. Llevo una hora larga de lectura espiritual en el libro del P. De Lubac.

Dentro de un rato iré a Madrid, a completar las compras del otro día (el jueves pasado, hoy es jueves también). Dispongo de suficiente dinero como para adquirir, al menos, las obras de los historiadores latinos: Tito Livio, Tácito, en la edición Budé.

Siento la acuciante necesidad, de una cultura incomparablemente más amplia. Advierto cómo se escapan de nuestras predicaciones aspectos que pertenecen a la integridad de la revelación, y a veces de los más alicientes, más demostrativos del amor divino... De manera que, cabalmente, para las personas propietarias de mayor ambición personal, la presentación no puede ser significativa. Los seminarios, por ahora, son también como los centros de "formación" seculares, centros de genuina deformación. Nos hallamos, siglos después, en la misma batalla de un S. Vicente, S. Juan Eudes, Olier, etc., aunque ciertamente más adelante en algunas líneas, gracias a ellos... y más atrás en otras, por culpa nuestra...

La mediocridad ambiente es exasperante: la mediocridad de la jerarquía y... de mis amigos. El pobre [...], de cuyo escrito tenemos que

hablar... Y todos, todos en general. Y luego la terrible miseria ambiente... Miseria espiritual, que produce irremediablemente no poca miseria humana, moral, psicológica, material...

Y yo... no acabo de romper. Pienso que la corriente, no poco impetuosa, de pensamientos y sentimientos, de tantos años, y sobre todo de los últimos, y más aún de los tiempos muy postreros, ha de desembocar finalmente, definitivamente, en un estilo de vida realmente cristiano, ministerial. Me refiero incluso a manifestaciones, realizaciones particulares: abstinencia total de tabaco - huelga casi total de hambre - precisión de todo calor artificial... Reducción más drástica del sueño... La situación de mi entorno es verdaderamente terrible... Y sólo hundiéndose en el sufrimiento que les corresponde a tantos, para salir de sus mediocridades o pecados, puedo alcanzar su redención. Atender mucho más a la presencia de la Cruz del Señor, para que ejerza su señorío ya aquí. Y de las tres maneras que predico: liturgia - contemplación - sufrimiento mío individual...

Y es que no creo lo bastante en el valor de la satisfacción substitutiva... Sufrir por "otro". Asumir sus pecados... Voy teniendo la impresión -que he de someter a juicio, a reflexión más detenida- de que debo dedicarme más a mortificarme que a hablar... No siento veleidad alguna de claustro; sino aquí, en medio del barullo, porque al cabo soy yo mismo, bastante barullero...

Notar mi rara autarquía... independencia. La inmensa mayoría de las personas andan ansiosas de ser atendidas. Y en el fondo de muchas ansiedades, late el deseo de ser antepuestas. Idolátrico deseo de ser "únicas". Y encima aseguran que eso es "bonito". Había escrito -con mi peculiar destreza de mecanógrafo: bobito- Y había escrito el exacto calificativo de la pretensión.

La realidad eterna de la Iglesia: me es perfectamente comprensible, en cuanto los misterios se pueden entender. En Dios, lo determinado puede tomarse por existente, puesto que ciertamente va a existir... Y lo que digo de la humanidad de Cristo, ha de entenderse del Cristo total: del Cuerpo místico, que comprende la Cabeza. Las notas de la esperanza: ni el ojo vio... No tratar de sustituir con la imaginación nuestra ignorancia de la realidad. Advierto que en varios campos -acaso en todos- la imaginación puede ser el fruto de la exuberancia de pensamiento, a su servicio; pero que frecuentemente resulta un substitutivo del pensar... Y nos hace desvivirnos en la mentira... Poco inteligentes, y por lo mismo holgazanes, imaginamos lo que no es, porque no podemos disfrutar la realidad del ser. Y sufrimos al degradarnos... Caigo en la cuenta más y más, de la relación entre mentira y homicidio, que en la Escritura se atribuyen al diablo como origen. Y una vez más, constato la coherencia de los textos sagrados...



Si pienso seriamente, que el mal que me rodea es terrible, el sufrimiento satisfactorio por tal miseria, habrá de ser igualmente terrible, al menos objetivamente. Pero no podré soportarlo sin incremento muy serio de oración... No creo haber pensado jamás estas cosas con tanta perspicacia: la esperanza del Adviento parece que debe comprender para mí, una venida de la cruz a mi estilo de vida individual.

Los modos terrenos de la Iglesia: la figura que pasa... acarreándonos a nosotros hacia el cielo.

Propiamente no veo ni problema ni contradicción, entre mi ansia de cultura, de fruto, en la condición terrena, y mi desprendimiento de ambas realidades. Mi visión de todo es lo bastante total, para que pueda entender que una cosa huidiza no tiene por eso que dejar de cumplir una función importante en el plan divino. Pero naturalmente me atrae como instrumento que funciona, y no me apena en absoluto su condición, pasajera, la huida que la caracteriza. Todo conocimiento adquirido por mí, cumple la tarea de acrecentar mi capacidad de verdad eterna, inmutable, al capacitarme para la predicación de una u otra manera (conocimiento de las ovejas; ingredientes para la presentación de la verdad...).

La curiosísima manía de tantos: no combatir - quejarse de que se pierde la guerra... Y finalmente, en no pocos casos, procurar acomodarse al dominio enemigo...

¡Los gritos de los profetas, clamando los peligros y las victorias, y excitando a la lucha, oración, ayuno...! Y los murmullos de los cristianos actuales, que son, en último término, los murmullos de Satán...

## **Día 15 de diciembre**

Oración de 3,15 a 5,15. Después de una hora de lectura con la obra del P. De Lubac.

Óptimos resultados de dormir muy temprano -hacia las 11 pasadas- despierto pronto, y aun muy pronto, y suficientemente despabilado. Esta noche no he llegado a las 3 horas, y pese a ello, mi funcionamiento mental es plenamente satisfactorio.

Puedo equivocarme, y no faltan momentos de oscuridad; mas por lo general, me satura el pensamiento muy optimista de que voy tocando suelo, en cuanto a la tarea. Me parece divisar, por lo menos, como cercanos, signos de transformación de la Iglesia. Y entre ellos algunos, y acaso los más ciertos, referentes a mi propio modo individual de vida. Por ejemplo: la excitación a expiar mis pecados. La relativa opacidad de un pensamiento relativamente lúcido -y en grado muy notable- como el mío, se debe perspicuamente a las tinieblas de mis vicios. Prácticas expiatorias de singular

intensidad habrá de iluminar y confortar el Espíritu, para que pueda no sólo columbrar, sino contemplar y comunicar, los resplandores del Resucitado.

A esto convergen ideas particulares que me ocurren con frecuencia. V.gr.: la lentitud con que muchas de las personas que trato, se acercan a soluciones de suyo evidentes y urgentísimamente necesarias, ¿no se deberá a la misma lentitud con que yo avanzo hacia realizaciones vislumbradas hace años?

No hay que engañarse; no hay que perder el gozo inefable que Dios nos ha preparado ya en las terrenas condiciones. Lo mismo que sin mi intención, sin mi obra, no hay Misa; paralelamente -y consiguientemente- sin mi intención, sin mi operación, sin mi testimonio total en suma, no hay fruto de la Misa...

Reconozco haber recibido, desde muy temprano en mi vida, el don de la fe, y de manera casi absolutamente singular, extraordinaria. Y ello no puede menos de corresponder a la misión de atestiguarla. Ninguna de mis incisivas acusaciones a ciertos modos de la Iglesia actual, llevan la mínima carga de duda, de rencor, de antipatía, a la Iglesia misma. Más aún, ni siquiera a las personas de la Iglesia.

La energía en la actuación: no hemos de permitirnos amargaras ni rencores, pero igualmente hemos de excluir la debilidad feminoide o senil. ¡Qué le vamos a hacer; pienso en las lamentaciones de [...]!. La "purificación del templo" por parte de Jesús: no pega a los mercaderes, pero les desbarata las mercancías, látigo en mano... Y no olvidar, pese a los diversos aspectos de la mansedumbre -que debo estudiar en Sto. Tomás- la escena de Act. 13, 6-12. La ceguera de Elimas (Barjesus), por un tiempo, es obra del Espíritu Santo.

Nuestra Madre la Iglesia es Madre de Fortaleza, no de fragilidad y desmayo. He de revolver la escena, que parece "límite"; pero ¡ahí está! para algo... Y reconocer que nuestros tiempos, precisamente, son tiempos de expresión dura, hiperbólica... No gastarnos en mantener la "buena educación" inexpressiva...

Debo nutrirme más de Tradición y Magisterio... Una vez más: dedicar más tiempo al estudio... y promoverlo. Desde ahí, ¡con exquisita prudencia!, discernir el valor de las devociones: Fátima, Sagrado Corazón, etc. Pienso por lo pronto, que podría aplicarles el modo de juicio que empleo cuando hablo de los movimientos, órdenes, etc: exuberancia, suplencia, sustitución... Dios puede muy bien suscitar algunas maneras válidas, y muy valiosas, de "devoción" ad tempus, precisamente porque no atendemos a lo más substancial; producen bienes reales -pero insuficientes para el crecimiento de la Iglesia-; se aprovechan... y posiblemente se olvidan o se restringen, en cuanto al uso, una vez que han frutado según el plan divino.

¿No caeremos en el peligro, de querer mantener todo lo válido en un momento dado? Ordenes, movimientos, devociones... Todo parece que tiene que quedar... y queda, pero tal vez como hojarasca. Mucha prudencia, y revolverlo detenidamente.

Más aún, he de discernir lo que vive en la Iglesia actual -la Iglesia en la tierra- desde el punto de vista de la perduración. La valoración de los sacramentos... acaso, nada más que acaso, los problemas del sacerdocio indeleble, de la necesidad del bautismo, procedan de una visión desde la tierra, en lugar de contemplarlo todo desde la consumación.

Cuanto más confiemos en Dios, menos peligro de desbarrar, pero a la vez, menor riesgo también de apoyarnos en los modos terrenos, para juzgar de la santificación eterna...

Hemos de vivirlo todo con esta actitud de desprendimiento, pues ignoramos lo que ha de subsistir...

Nada nuevo; pero anoto cómo la debilidad es causa frecuente de errores: nos asusta la forzosidad de la fuerza para algunas realizaciones... y negamos la dificultad. Pienso en la "alegría", el desenfado, con que se recomiendan los "métodos naturales"... La supuesta facilidad nos exime de pensar más, de predicar, de sacrificarnos para exponer y alimentar, de enfrentarnos con los planteamientos de ayuda... y de expiar y hundirnos en el sufrimiento para alcanzar las fuerzas a ellos... Y así todo. Declarar las cosas fáciles, o declararlas imposibles, es el modo doble, de salvar la incolumidad de nuestra comodidad egoísta... y aparente, nada más que aparente...

Notar que soy muy sensible -relativamente al medio habitual humano- a ciertas consecuencias del pecado; pero todavía muy poco sensible al pecado mismo, como ofensa contra Dios. Y tal vez nada consiga en el primer campo, con mi testimonio incluso, hasta que no reciba ahondar en el segundo, siquiera hasta ciertas profundidades...

Cuando pienso en la Iglesia, o cuando hablo de ella, he de cuidar con cariñosa atención, a la ambigüedad de las analogías. Tanto más, cuanto que he de hacerlo ya en los niveles naturales del pensamiento, si no quiero exponerme a error. Así: Iglesia docente... discente. La distinción carece, ya en los ejercicios naturales, de contornos precisos; mucho más en la Iglesia, misteriosa. Pues todo el que enseña aprende a la vez, y el enseñado es persona capaz de iluminar a su maestro. Por tanto, hemos de hablar sin endurecer las líneas configurantes de cada uno... Y luego, en la Iglesia existe realmente doble jerarquía: ministerial - de santidad. Claro, por ejemplo, en el caso de los santos -¡o santas!- doctores...

Planear retiro para el domingo 17...

## Día 16 de diciembre

Oración de 3 a 5,15. Ni siquiera sé cuanto he dormido, ni aun si he dormido algo... Esperé a [...] que no vino... hasta las 12, luego leí abundantemente... Hacia las 2,45 me puse a orar, aunque he debido de dormitar algún momento al comienzo...

Mañana, 3º Domingo de Adviento, cumpla los 64 años. Desde luego, creo que es mi aniversario de mayor madurez en todos los aspectos. Y por lo mismo, el inicio de un año litúrgico y cronológico, más perfecto en mi ya larga historia.

Hacia las 7,30 saldré para Madrid, o acaso antes. Varias visitas. Debo intentar confesarme hoy, sea en Madrid o en Toledo al regreso. Y dedicar largos ratos a la oración, aunque no me retire del todo, pues tengo apalabrada una visita, al menos, por la mañana.

Impresiones de la reunión de quinquenales. Mediocridad del conjunto, ausencia de "vibración" espiritual, pastoral. Contraste con grupos de curas, de movimientos, según me expresaba X.

Naturalmente, la conversación me impulsa a renovar e intensificar el empuje del año iniciado a estas fechas. Somos los cumplidores de los menesteres conciliares. Sin duda -sin duda alguna- el fundamento de la conversión del mundo es el testimonio de la Iglesia; el que da ella, por supuesto, pero el que damos en ella, desde ella, como miembros suyos... Que la faena centre mis esfuerzos; que todo converja a la consecución, que es cumplimiento recibido, de la misión tan expresa y violentamente sentida.

Anoche reunión del "grupito" -muy pusillus grex- de caritas del seminario; resultas satisfactorias, parece...

Idea ascendente de emplear las cualidades y la empresa de X. en esta tarea. He concertado una entrevista para el 27. Debo llevar bien pensados rasgos y términos de un folleto incisivo, osado. ¿Acaso de edición reducida, para Obispos y amigos?

Presencia de las noticias acerca de algunos curas y seculares... Cabalmente el enorme peligro de mediocridad, desánimo, y/o pecado, me urge más y más. Estimo la empresa como menester de realización inmediata. Y toda mi vida anterior, con sus frutos incluso, como mera preparación.

Prosigo la lectura de la "Meditación sobre la Iglesia". Mejor dicho: la relectura meditada, puesto que es una segunda lectura actual, después de la realizada hace años.

La Iglesia, según su etimología, convocada, congregada, santificada (sentidos pasivos) y por lo mismo, convocadora, congregante, santificante. La santidad como "comuni3n": de medios -de vida- de personas. Y con sus dos períodos, terreno y celeste.

La función jerárquica, prolongación de las misiones trinitarias... Así debo contemplarlas, y predicarlo abundantemente con la mayor exactitud racional posible, con la mayor sobreadundancia de sabor espiritual.

De Lubac insiste en la prioridad de la imagen de "Cuerpo de Cristo", junto con el nombre de Esposa, entendiendo desde aquí todos los demás nombres bíblicos, todos insoslayables.

Los miembros de la Iglesia: los creyentes bautizados lo son plenamente, cuando la fe obra por la caridad; los "pecadores" miembros realmente, pero secos, muertos... Y luego, en menor grado, los "santos" no bautizados. En la encíclica sobre el Cuerpo Místico, la palabra latina reapse, repetida 9 veces, incluye claramente en dos de ellas, "un matiz de perfección, que cede explícitamente el lugar, a un modo de realización incompleto, pero no ilusorio" (pág. 109). Y en la Mediator Dei, 14 veces, y en casi todos los casos "se opone a un modo de realización, bien sea espiritual o incompleto, pero no imaginario ni desprovisto de valor".

La identidad de la Iglesia única, en sus dos modos principales, terreno y celestial, indica cómo debemos vivir las maneras de operación, en las condiciones terrenas.

Y es preciso predicar a troche y moche, con violencia, con ilusión, tales matices, pues pertenecen a la vida misma; no son matizaciones mentales huecas de valor práctico.

El pecado de los miembros en la Iglesia: la infecta... la mancha... y por consiguiente la desfigura. Y naturalmente la infección, mancha, etc., depende de la naturaleza del pecado, de la gravedad, de la misión que interrumpe o debilita en su cumplimiento, según el pecador de que se trate. Todo esto he de pensarlo en contemplación para mí -acrecentando mi repugnancia, mi horror por el pecado-, y en ejercicio mental, para la expresión en mis predicaciones.

Relación entre la Eucaristía y la Iglesia. Partiendo del texto de 1 Cor 10, 16-17: "El pan que partimos ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos en un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan", afirma que toda la Tradición, y con ella los primeros teólogos que hablan del cuerpo místico, lo entienden en contexto eucarístico. Lo que entienden "es el corpus in mysterio", el cuerpo místicamente significado y procurado por la eucaristía; o dicho de otro modo, la unidad de la comunidad cristiana, que los "santos misterios" realizan en símbolo eficaz. O también, en otros términos, la "unión" indisolublemente espiritual y corporativa, de los miembros de la Iglesia con Cristo presente en el sacramento. Esto es, por consiguiente, el Cuerpo por excelencia, el más real, el más absolutamente verdadero de todos. Es el Cuerpo definitivo, con relación al cual, el mismo cuerpo individual de Jesús,

sin disminución de su propia verdad, puede llamarse "cuerpo figurativo". En el lenguaje escolástico se puede decir que es la "cosa" del sacramento; res sacramenti. Después del signum tantum (o sacramenti species), después de la res-et-signum, tal es la res tantum, la que no constituye signo de otra cosa, ya que es el último efecto del sacramento: res ultima. (cita Santo Tomás, in 4 Sent. d.8,q.2, a.1.).

Así la Iglesia hace la eucaristía en cuanto activa, es hecha por la eucaristía, en cuanto pasiva...

Cristo instituye a la vez, la eucaristía y la Iglesia. La jerarquía prosigue así la misión del Verbo, movida por el Espíritu, enviado por El y por el Padre.

### **Día 17 de diciembre**

Comienzo a meditar, propiamente, a las 5,15 de la tarde, tras de una charla con Casanova. La mañana apenas he rezado las partes del Oficio divino y he celebrado. Luego charla con SR.

Prosigo revolviendo las ideas sobre la Iglesia, con la obra del P. de Lubac.

La Iglesia hace la Eucaristía: todo fiel es "sacerdote" -y en tal grado de importancia, que así lo fue y lo es la Virgen María-, pero su sacrificio es "espiritual", es decir, movido por el Espíritu, puesto que es participación del sacerdocio de Cristo - Ungido. Viene de la unción del Espíritu Santo (realizada en María de otra manera...). Sus sacrificios sólo pueden serlo en cuanto -en la medida que lo son- movidos por el Espíritu, de Cristo. María lo posee a título personal, de modo maternal, lo que todos los demás lo tenemos a título colectivo. María hace la eucaristía -y hace la Iglesia- de modo singular y especial. Pero cada fiel es sacerdote, no de modo individual - puesto que es sacerdote porque es miembro de la Iglesia-; ni meramente metafórico, ya que precisamente sacrifica realmente, ofrece la res-el fruto, del sacramento-sacrificial; pero no lo hace sino en conexión con la jerarquía, que es la que hace la eucaristía. El sacrificio del cristiano es mediador respecto del mundo. No creo exacta la expresión del R.P. "no tiene relación directa con la confección de la eucaristía", pues el sacramento, en sentido estricto, se confecciona integrando ese aspecto también, y para que se produzca.

El sacramento del orden no produce más gracia santificante, sino que produce una habilidad santificante. Ejemplo de los hábitos intelectuales, o corporales de cada persona: el futbolista no tiene más salud, pero tiene más energías y destrezas, en ciertos ejercicios de la salud. No es tampoco

diferencia de grado en la posesión del sacerdocio, sino modo distinto - esencialmente- de poseerlo.

Que yo constituyo la Iglesia celebrando, además de iluminar la sublimidad y el volumen de mi tarea de oficiante en ella, me indica vivamente, la unidad con el resto de los presbíteros y con los fieles. Pienso que se hincha demasiado la comunidad presbiteral, a expensas de la comunidad cristiana. (Y al final no funciona ninguna de las dos...).

Y la integridad del efecto en el "señalado", "signado", sacramentalmente. Embotamiento, casi universal, respecto de la "desgracia" del pecado del bautizado; la exposición de los sacramentos al sacrilegio...

La Iglesia es la nueva creatura, que se realiza y consume en la unidad. Consiguientemente, la Misa debe producirla: entre el cura que celebra y los fieles que asisten, y particularmente entre ellos, como signo, integrante de la misma Misa...

V.gr. Misa solemne... incienso; etc. Misa solemnísimas, donde asiste toda clase de pueblo: pensar en las preparaciones de las Misas: quienes no pueden venir, quienes piensan que no son admitidos... Un pecador, público - ¡montones de matrimonios!- se presentan físicamente, un pobre no se siente llamado a presentarse...

La celebración de la Misa es el acto jerárquico por excelencia; principal en su pleno sentido...

La eucaristía hace la Iglesia: porque la Cabeza es la que produce la unidad del cuerpo (y el cuerpo mismo); el efecto de la eucaristía es la incorporación. Sto. Tomás: III, q.73. a.3.: "res tantum hujus sacramenti est unitas corporis mystici, id est, ecclesia, quam hoc sacramentum significat et causat". A. Stolz: E. formaliter et essentialiter constituitur per caenam eucaristicam".

Mi insistencia en la eficacia de la "intención": actualizarla en las celebraciones, en las administraciones de sacramentos. Todas ellas son "edificaciones" de la Iglesia. Y lo mismo las "visitas" al Santísimo... "El designio de Ntro. Señor en la multiplicación de su cuerpo", no ha sido otro, que el de "hacer de todo el mundo una sola Iglesia; de todos los hombres un solo Religioso..." (Olier).

En realidad es decir: la Iglesia se hace a sí misma, al hacer la eucaristía...

Degradación horrenda de nuestras estimaciones. Cualquiera se lamenta de no ser comprendido, y ¿nos parece que a Cristo no le desagrada? El mismo dijo que le comprenderían más tarde los apóstoles... pero ya estamos en la época de entenderle... La incompreensión no se tiene por pecado... Las Misas que se multiplican, para que la gente "cumpla el precepto"... "El misterio de comunicación se remata en un misterio de

comuni3n, y 3ste es precisamente el sentido, antiguo y siempre actual, de comuni3n, por el que se designa ordinariamente este sacramento" (p3g. 150). La realidad f3sica, corporal, de la presencia de la humanidad del Se1or en la eucarist3a, produce necesariamente la realidad del organismo viviente 3nico, misterioso, que es la Iglesia. Cuando no se produce, es que ha sido obstaculizado. Esto que, en cada individuo, actualmente se realiza comenzando por el bautismo, en el conjunto de la Iglesia, comienza por la eucarist3a misma, la noche de la cena...

Tambi3n es el modo de completar la pasi3n de Cristo...

La unidad entre la presencia eucar3stica del cuerpo f3sico de Cristo y de su cuerpo m3stico, de modo que de una verdad podemos pasar a la otra, hace plenamente inteligible el rechazo de la primera, por parte de muchos. Si es un misterio 3nico, aunque con dos aspectos, nada extraño que eliminado uno, sea ininteligible el otro. Quien no contempla, porque no quiere, o porque no recibe el signo sacramental preciso, en la realidad unitiva del sacrificio sacramental, acaba necesariamente por no creer tampoco en la presencia corporal f3sica, digamos material, carnal, del cuerpo del Se1or. Antes, los te3logos iban de la unidad real de la Iglesia a la presencia real del cuerpo de carne de Jes3s...

Teodoro de Mopsuestia: "cuando todos nosotros nos alimentamos del mismo cuerpo de Nuestro Se1or, nos convertimos todos en el 3nico cuerpo de Cristo". No es ya una finalidad extr3nseca, truncada posiblemente; es la tendencia vital intr3nseca de Cristo al hacerse presente en la eucarist3a. Notar las dificultades u obst3culos, que puedo yo encontrar en mi vida total, para vivir esta realidad con la intensidad coherente.

Importante, capital, la observaci3n del P. p3g. 178. «hemos endulzado todas estas expresiones que significan la "construcci3n" de la Iglesia de Dios. No se trata solamente de una "edificaci3n" moral e individual, de estimular el sentido cristiano por medios que se llaman "edificantes", sino m3s bien de una construcci3n real, la de este gran cuerpo social y espiritual que es la Iglesia, por la reuni3n de todos los fieles, animados del Esp3ritu de Jes3s». «...A pesar de todas las "especializaciones", la existencia cristiana siempre est3 dirigida, sea cual sea la forma de que se revista al exterior, "a la edificaci3n del Cuerpo de Cristo"».

Me parece que solemos obrar al rev3s: t3 haces esto, practicas tales virtudes, las ofreces por alguien... y de paso edificas la Iglesia, que algo saldr3 ganando. El punto de vista de la intenci3n, el objeto de la b3squeda, es inmediatamente la Iglesia misma, y seg3n eso, nos vamos santificando individualmente, y vamos ayudando a tales o tales individuos o grupos. Pensar en la edificaci3n de una casa... en la obra que van haciendo los alba1iles...



Que la Iglesia está en el mundo -pero no siendo del mundo- hace de ella un "fermento prodigioso de discordia", según frase de Claudel. Y el P. observa que la Biblia es toda ella el libro de los combates del Señor. "No podemos olvidar que nuestra Iglesia es "militante". Hemos sido adscritos por el bautismo a una milicia - aduce a Tertuliano y a S. Ambrosio-. Reconocer a Dios es declarar combate sin cuartel a todo lo demás..."

Una meditación de la Iglesia como militante: actitudes que supone - medios por emplear- lenguaje, estilo... virtudes especiales. Y, naturalmente, hay que meditar en la estrategia particular del tiempo y del espacio. Las dos banderas, puede ser un texto de importancia fundamental: la del Reino... Notar que el "pacifismo" es una postura humana, frecuente hoy, y absolutamente condenable. Pero naturalmente, hay que significar la verdad de la lucha y la calidad singular de las armas. (la armadura del cristiano).

Desde luego, la convicción de nuestra calidad castrense nos lleva a exámenes frecuentes, acerca de nuestras actitudes, por ver si corresponden a ella, o no corresponden. Desde luego, la Iglesia no ofrece figura ni de batiente las batallas de Dios, ni de mártir de la verdad evangélica. Las pocas luchas -por lo común tímidas aun esas- que sostiene la "Iglesia oficial, la Iglesia estimada como tal", son para defender algunos derechos, y para promover obras muy secundarias. Y sus maneras no indican precisamente fortaleza, energía militar.

Necesidad de discernimiento de medios y modos, también en este campo. Y he de cuidar que las amonestaciones que me dirijo a mí mismo en estos apuntes, no queden muertas en la letra. Por lo general, mis observaciones resuenan prestamente en mis predicaciones... e incluso en las ajenas. Mas, seguramente, un buen puñado de ellas permanece inexpresado.

Pienso continuar un rato considerando la obra en estudio; pero mañana de mañana, o acaso esta noche, he de dedicar un rato a repasar mis actividades concretas, como suelo hacer en los retiros.

Y de meditar, en actitud muy humilde y confiada, acerca de las personas a quienes soy enviado.

La Iglesia es sacramento de Jesucristo, el sacramento de Jesucristo. "Tiene la única misión de hacer presente a Jesucristo a los hombres. Debe anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos... Sabemos que ella no puede dejar de cumplir esta misión... Pero es preciso que lo que es en sí misma, lo sea también en sus miembros. Lo que es para nosotros, es menester que lo sea también por medio de nosotros. Es necesario que Jesucristo continúe siendo anunciado por medio de nosotros, y que continúe transparentándose a través de nosotros. Esto constituye algo más que una obligación, ya que se puede decir que es una necesidad orgánica. ¿Responden a esto los hechos?". (pág. 216).

Se pregunta, si todas nuestras invenciones son necesarias... Y si aun en ese caso, "por una proliferación, cuyo control termina por escaparnos, estas invenciones no llegan a tejer una red, en la que se pueda quedar enredado nuestro cielo". Yo lo aplico también a la multitud de fundaciones... Y él a la multitud de campos y de medios, de relaciones establecidas y de instrumentos empleados. Y realmente habría que aplicar el criterio buscado arriba, y discernir los medios y las actividades, para suprimir, probablemente, no pocas...

### **Día 18 de diciembre**

Oración de 3,45 a 5,45. Probablemente mañana, o tal vez pasado mañana por la noche, podré dormir ya en mi cuarto. Y recomenzar el estilo de vida más coherente, más "cristiano" y "ministerial"...

Por el momento, respecto de las mudanzas por hacer, sólo quiero fijar tres momentos: rezo externamente devoto del ángelus; restablecimiento del examen de mediodía, con atención a la agenda y al contestador; supresión de la comida de mediodía, con dedicación de un rato nocturno a AM., durante la cena.

Algo inmediato en cuanto al tiempo: copiar los párrafos del libro sobre la Iglesia del P. de Lubac. (págs. 220-228); traducir el sermón de Bossuet sobre los pobres; traducir el artículo de Sto. Tomás sobre la limosna. Y debo dedicar otras cuantas horas, a completar la ordenación de libros y papeles.

Supuesto esto, prosigo con mis meditaciones sobre la Iglesia. De Lubac insiste en el peligro de que el signo sea opaco, por excesivo interés por lo exterior. Cita una frase -parece que de Comte o de Menard- de sumo interés: "finalmente la religión del Dios humanado desembocará, por dialéctica inevitable, en una antropología" (debe de ser de Merleau Ponty). No creo que entre nosotros prediquemos demasiado "la Iglesia", más bien lo contrario debe de ser la verdad; lo que sí hacemos es poner en primer plano, lo que las gentes estiman como tal: las necesidades o conveniencias del clero, los edificios y bienes "de la Iglesia". Ello pertenece al mismo vicio, aunque acaso todavía más nocivamente cumplido... Favorecemos, negativa y positivamente, "la tendencia de nuestra época a absorber a Dios en la comunidad humana". Cuando me fijo en los pobres, sin duda soy completamente original, respecto de los movimientos "humanistas", que los contemplan de modo totalmente distinto, más aún, opuesto.

Salvo, posiblemente, algunas de las ramas de la "teología de la liberación", que andan por terrenos seguros.

Me abstengo de anotar algunas consecuencias de las páginas citadas para copiar, pues incumben a pensamientos y sentimientos muy reiterados en mis notas de siempre...

Sólo que he de insistir, para mí y para todos, en la recta estima de la predicación, acerca de la cual, creo tener ciertos matices peculiares atinados, por comprensivos, amplios en varios aspectos. Recuerda el autor que el "tipo" de la predicación es la proclamación del evangelio "digna y competente", para la cual requerimos bendición especial en la Misa... "Este deseo que todos los sacerdotes formulan, antes de leer el evangelio de la Misa, no debe ser solamente fórmula ritual. Si verdaderamente no es éste el deseo que inspira nuestra predicación, merecemos, con toda razón, el juicio que, equivocadamente, formularon aquellos israelitas, a quienes censuró Jeremías: "Los profetas son puro flato, y no han tenido oráculo." (pág. 231)

Debo redactarme, aunque sea en mi barullero estilo peculiar, una nota sobre el escándalo: frases del evangelio, especies de escándalo, modos más generales... extrema gravedad.

Necesidad de la humildad: tenemos que pedir bendición, porque somos indignos e incompetentes para proclamarlo: no lo entendemos... somos impuros (Isaías...).

Y tener muy en cuenta sus observaciones sobre la predicación, que constituye el género de vida. La culpa de los no creyentes... Las reacciones de búsquedas místicas erróneas... (sería bueno un elenco de ejemplos históricos).

La presencia indefectible del Espíritu: certeza de la esperanza. Entusiasmo en los menesteres eclesiales...

La Iglesia, ya en la tierra, debe saciar la sed de comunión: por lo que ofrece ya, y por la esperanza que fundamenta. La Iglesia, estimada como tal, no ofrece tal cosa. Sí algunos movimientos, algunos grupos. Pienso en el entusiasmo de Comunión y liberación; algunos recuerdos de AC., algo reflejan ciertas reuniones de "amigos míos". Pero tan parcial... Hay que esperar que eso sea "prácticamente normal", en las parroquias sin más.

Deben poder sentirse uno. La Iglesia doméstica...

Trae un largo párrafo de Claudel que convendría copiar... (pág.231-2).

Claro, la predicación debe excitar -por la gracia interior indudablemente ofrecida- la conciencia y la relativa experiencia de esta comunión con los santos del cielo... y aun con los santos de la tierra.

Sentirse, con los demás cristianos, "alma del mundo"... ¡Aquel entusiasmo!, ingrediente necesario de la expansión de la Iglesia.

Ser hombre de la Iglesia, cuya belleza me arrebate el corazón. Hasta cierto punto, por la gracia de Dios, así me siento. Pero me parece que ha sido precisa "demasiada" gracia especial de Dios...

Es preciso que resuene la predicación de los apóstoles, que sintamos caliente todavía la sangre de Cristo, que la llama de la fe arda en nuestros corazones... (frase de S. Ireneo).

Aunque amar a la Iglesia, incluye complacerse en su historia, no se sienta uno forzado a recurrir a ella, sino que ahondando en lo presente, encuentre la misma belleza, el mismo ardor de la fe, el mismo calor de la sangre, la misma voz de los apóstoles... Encuentre al Espíritu Santo.

Algunas de mis notas positivas proceden, casi de cierto, del trato relativamente abundante con los Padres. Debo repetirlo y continuarlo.

"En todo momento -el hombre de Iglesia- está en guardia para no permitir que ni en sí mismo ni, si le es posible, en torno suyo, la sensibilidad domine con más viveza, cuando se trate de cosas carnales, que de cosas que son del Señor". Bien sentidas, unas nos llevan a otras. Las realidades espirituales nos incitan a estimar los signos temporales; la sensibilidad para las realidades temporales (¡mis meros andares por Toledo!) nos inducen a demorarnos sabrosamente, en las realidades inmediatamente espirituales...

Jesucristo es el SI, por ello las negaciones eclesiales son siempre "el segundo tiempo" de la afirmación. Y el apostolado lo experimenta como presencia de Cristo, no exposición ideológica.

Ante cualquier movimiento o fundación nueva debo pensar: los elementos positivos, verdaderos, que aporta. Cómo deben darse esos mismos en la Iglesia sin más. Si el movimiento es exuberancia, suplenia, substitución, en suma nociva. Y eso sin condenar a quienes lo promueven...

Sensibilidad para cualquier bien -y cualquier mal- de la Iglesia. Y de la humanidad...

"Sin dar lugar a un suelo utópico, y sin dejar de acusarse a sí mismo en primer lugar, no se resigna a que los discípulos de Cristo se instalen en lo "demasiado humano", ni a que se estanquen al margen de las grandes corrientes humanas" (pág. 246). "Son necesarias muchas renovaciones, si se quieren evitar las novedades nefastas" (id).

Debo resumir estas notas del hombre de Iglesia, cuyas facciones va presentando de Lubac, en este capítulo VII de la obra. Y examinarne acerca de ellas.

Me ocurre escribir una carta a Palmero: cariñosa, sobriamente sugerente...

## Día 19 de diciembre

Muy mal dormido esta noche, breve rato de oración, aprovecho la hora larga que queda, entre la Misa y la clase a las 10,30.

En el seminario, rezando el rosario, con la lectura previa de algunos párrafos del epistolario de la Beata (¿o santa?) Edith Stein: ave crux, spes unica; creo entender un poquillo más este misterio, y que para cumplir esta supuesta "misión", un tanto particular, de ahondar yo y predicar el misterio de Cristo en la Iglesia, el ingrediente fundamental, en la tierra, es la cruz. Misa, liturgia, sufrimiento... contemplación del sufrimiento de Cristo en su humanidad individual y en sus miembros.

Ahora, releyendo el libro del P. de Lubac: entusiasmo por la maternidad de la Iglesia: letanía de alabanzas en párrafo inspirado. El resumen es que toda la vida viene continuamente de ella, y que por lo mismo, puedo y debo contemplar en ella la fuente de todas las virtudes, las cualidades que yo pueda haber recibido y esperar recibir. Cualquier apartamiento de ella, me acarrea inevitablemente déficit en mi desarrollo personal.

De ahí, que la misma tarea de "transformación" de la Iglesia, sólo puede realizarse con las energías vitales que ella misma comunica... Necesidad de discernimiento muy agudo. Y es fruto del Espíritu Santo, que habita en ella.

El santo como obstáculo... Las reiteradas afirmaciones, los inacabables lamentos ordinarios -¡según el orden debido!- de los santos, que se ven como obstáculos a la acción divina, ¿son puras hipérbolés? Ni Cristo, ni la Virgen manifiestan jamás tal cosa: el Magnificat... He de tener esto en cuenta: para no temer tanto, pensar que los santos mismos, muchas veces, no habrán entendido del todo su misión... que yo... ¡para qué hablar!.

Y notar igualmente: la aprobación por parte de la Iglesia de una regla, no pasa de significar que, con ella, se pueda santificar quien está llamado; por tanto, que puede uno prudentemente pensarse llamado a cumplirla. No quiere decir que sea lo mejor por hacer en tal momento, en tales circunstancias...

Y algo parecido hay que decir de muchos aspectos del magisterio; aunque en cada momento sea prudente siempre, estrictamente obligatorio, con harta frecuencia, seguirlo sin más...

La crítica de la Iglesia viene a estar prudentemente justificada, cuando se acompaña de serio examen de conciencia individual; de tendencia seria y operante, a obedecer puntualmente en cualquier caso, y generalmente sin grandes problemas inmediatos de caridad comprensiva y operante, respecto de los miembros de la Iglesia y de todos aquellos -que son todos,

sin más- encomendados a los menesteres sacerdotales de la Iglesia sacerdotal de Cristo sacerdote...

## **Día 20 de diciembre**

Oración de 4,30 a 6,30. Relectura de algunas páginas del libro sobre la Iglesia, el capítulo sobre "nuestras tentaciones respecto de la Iglesia".

Verdaderamente no me veo muy retratado en las tentaciones aludidas por el autor, que miran sobre todo al deseo de eficacia, de figura humanamente aliciente por parte de la Iglesia. Viceversa, lo que él expone es más o menos mi pensamiento, mi sentir, incluso. Antes de meditar un poco hasta dónde puedo topar con las dichas tentaciones en torno mío, quiero pensar en las que, más o menos larvadas, viven en mí.

Y pienso que, acaso la principal, acaso sea cierta cobardía para afrontar las situaciones personales individuales peligrosas. Posiblemente tienda a eludir confrontaciones dolorosas, humillantes, que me sugieran incremento de mortificación. Pienso en los "casos" X y X y X... que de suyo me invitan a extremar indefinidamente las mortificaciones en todos los aspectos. Voy procrastinando la mudanza exterior de vida -de habitación por ejemplo- con las consiguientes molestias corporales y psicológicas. No puedo penetrar la eficacia de la Iglesia, el poder de Cristo en ella, sino empleando a fondo sus armas y afrontando persona por persona... Tanto mayor es el riesgo para mí, cuanto teóricamente vivo en ese ambiente, en esa confrontación personal continua, que es la dirección espiritual. Pero no me empleo a fondo... Tengo mucha más capacidad de sueño, de hambre, de frío, de trato, de la que suelo emplear.

Voy a intentar una especie de discernimiento, respecto de las personas por quienes debo pedir, en las que debo gastar mucho más tiempo del que gasto.

No para exiliarme de este terreno de "ideas" en que me muevo, de modo más estable, últimamente; viceversa, para moverme con más penetración, más realismo y más prudencia...

Hay que adelantar en la disposición inmediata de "mi cuarto" de siempre, junto a la capilla... En estas vacaciones, en los días inmediatamente próximos, he de eliminar trastos y arreglar espacios.

Las tentaciones que señala el autor vienen a reducirse a éstas:

-identificación de la Iglesia con ciertas tablas de valores, individualmente supervalorados por el sujeto... (ejemplo de Bossuet).

-Deseo de reformar la Iglesia, sin incluir la reforma individual mía...  
Pesadumbre por los defectos ajenos, inquietud por ellos...

-Deseo de eficacia, pero poniendo tal eficacia en frutos excesivamente visibles, exteriores... (eficacia social, cultural...).

-Deseo de una Iglesia "ilustre", por cualquiera de los aspectos naturales, contra la exposición de 1 Cor 1, 26.

Lo que me falta, pues, es ahondar y particularizar en cada ocasión, respecto de cada persona. Más oración - más mortificación. Tengo delante la imagen de S. Ignacio en el estanque de agua helada...

Rezar una parte de rosario más, por las personas interiormente aludidas arriba. Plantearme mortificaciones más singulares, y el estilo general de vida mucho más austero. No valen objeciones: todos los santos han obrado así... y con magno fruto.

Del capítulo final de la obra en curso: cita de Scheeben:

"La maternidad de la Iglesia obra sobre la base, y por virtud, de la de María, y la de María continúa obrando en y por la de la Iglesia".

Debería pensar más en la vida "corriente" de María y José en Nazaret con el niño Jesús: sacrificio ininterrumpido, con motivo de las indigencias del Niño. Aquí un poco de mis gustos: como tenía que ser un niño sano y saladísimo, tenía que ser... inaguantable; vamos, para probar la paciencia de los padres. Niño vivaz, travieso,... lo que dicen las madres, "muy malo".

Contemplar en las alusiones a María, en los evangelios, la figura de la Iglesia, viceversa: contemplar en la historia de la Iglesia la figura de María. (la pericoreosis de que habla el autor).

Creo que ya lo he anotado. Pero nada importa repetir. Idea fecunda: "Puesto que, en fin de cuentas, la Iglesia de los santos, en la medida en que se confunde ya con el Reino de los cielos, no es otra cosa que el conjunto de las almas fieles, la relación de María con la Iglesia será, también, para cada uno de nosotros, la relación de María con nuestra alma. María, la Iglesia y el alma: sobre este triple y único tema, la Tradición nos ofrece algunos de sus más bellos poemas dogmáticos". Aporta el ejemplo de Isaías de la Estrella, con su distinción: universalmente (aplicación a la Iglesia); singularmente (individualmente) a cada alma; especialmente (a María). Especialmente: in specie, lo que se aplica de otra manera también al género...

**Singulariter**, no especifica ningún ser en particular, equivale a pluraliter; susceptible de aplicarse a un número indefinido de ejemplares. Specialiter: es único, debe traducirse por eminenter, fuera de serie, por excelencia, de modo sobreeminente, incomparable. Por lo tanto, cuando decimos algo especialmente de María, "specialis" equivale en sentido estricto a "singularis et unica"; "specialiter" a "singulariter et super excelenter".

He tenido que interrumpir la escritura, abrir el balcón, echarme unos minutos, a consecuencia de un mareo bastante más intenso y largo de lo acostumbrado. Pienso que he de reducir realmente, y mucho, la dosis de tabaco...

Pienso que el rezo del rosario, aplicado según lo expresado arriba, por personas particulares, y las mortificaciones con el mismo fin, puedan acrecentar mi conciencia del amor maternal de la Virgen a esas personas, obtener gracias incluso sensibles, y por contera santificarme a mí; aumentar mi caridad pastoral, maternal.

(Diario)



## EL VERBO Y LA IGLESIA

**Día 22 de mayo 1979**

Oración de 3,45 a 5,45.

(...)

Comienzo a meditar otra vez la carta de San Juan, que nos trae el oficio de lectura. Cap. 1, 1-5: lo que era desde el principio: antes de la creación, en el Padre: eternamente. Se trata de relevar la realidad divina, personal, filial, de Jesús, como revelador del Padre, como Palabra vivificante, que actúa precisamente en la Iglesia, es decir en el grupo de testigos, por la fe, por la experiencia, enlazando con los testigos inmediatos de la corporeidad del Verbo. Y ello para incorporar a los oyentes a esa comunión con el Padre y con el mismo Jesucristo, que sólo se da en la comunidad de testigos, que vivifica gozosamente. Dios es Luz alude a su perfección ontológica -y consiguientemente moral- que consiste en que es Amor, porque la Luz es difusiva y abrasa. Por ello, caminar en la Luz es amar al prójimo...

Ahora, Luz, Verdad, Espíritu, son expresiones intercambiables.

Vivifica el Verbo encarnado; y sólo se comunica en la Iglesia. Notar que, como pensamiento y tendencia, camino perfectamente: lo espero todo de Cristo en la eucaristía, tal como se me ofrece en la Iglesia. Es mi Obispo quien me ha alcanzado la gracia de la presencia eucarística, y es a la luz de la doctrina de la Iglesia, con su magisterio oficial, y sus recomendaciones de personajes y escritos como testimoniales, como intento recibirlo. Mas considerar igualmente, la muchedumbre de deficiencias. Pues obstaculizo la acogida de la Vida con muchas maneras de actuación, y desatiendo muchas enseñanzas de los testigos, (San Juan de la Cruz...) no siguiendo las inspiraciones del Espíritu, acerca de la mortificación de mis inclinaciones carnales.

Querría hacer el miércoles, en Madrid, confesión general, desde el comienzo de la cuaresma. He de prepararla mañana, y no vendría mal releer hoy mismo, algunas páginas de los apuntes a partir del 28 de febrero.

Sólo hay una cosa que me admira en la acción divina sobre mí: la tenacidad que me tiene ya como concedida, la capacidad de levantarme de mis caídas, de no desalentarme por ellas, de no negar jamás su poder resucitador... Y eso, creo, es lo que impide, a lo largo de toda mi existencia, pero progresivamente, mi relajamiento total... He pecado muchísimo contra el Amor de Dios, mas al cabo jamás lo he negado, aunque haya perdido mi amor a El...

Vivir en comunión con Dios, Luz, es recibir en Cristo, con y en el grupo de la comunidad que El crea, toda su iluminación, y transmitirla continuamente a los demás. En la medida que persevero sin interrupciones, en esa actitud de comunicación pasivo-activa, voy siendo santificado. Sin duda que, respecto de cualquier época un poco larga, la diferencia es muy grande, en favor de la presente, pongamos del espacio de tiempo señalado arriba: el último ciclo litúrgico a partir de la cuaresma. Pero idénticamente indudable, es la enorme, inconmensurable deficiencia de la temporada en sí, y comparada con lo que debería haber sido. He de implorar, con llanto - ¡ojalá incluso corporal!- con insistencia machacona, dolorosa, sacrificada (vigilias, cilicio, ayuno...) la consumación de las gracias que entraban en el plan de Dios, para este curso litúrgico de cuaresma-pascua... El perdón divino no se clausura nunca... Y aún quedan casi 15 días para Pentecostés...

Fundamental «sentir» la gravedad de mis resistencias al amor divino (como palmaria y exclusiva acogida, como acogida en la propia donación, en el ofrecimiento de visión, reverencia, atención, acogida, comunicación, respecto de alguien, muy particularmente X).

V. 6-10: Notar los "si decimos..." probablemente se expresa el pensamiento de los «herejes», pero como amenazador para los mismos cristianos. Se experimenta el riesgo de incurrir en la misma falsedad. Repugnancia de la gente actual a escuchar la expresión de los peligros propios. Acaso la razón, o por lo menos una de las razones, sea la sensación inconsciente de la realidad de la amenaza. Quien se siente sano, no tiene mayor dificultad en hablar acerca de enfermedades, o de la misma muerte. Quien se siente enfermo, próximo a la muerte, nada quiere oír acerca de ella. (La otra tarde con X. y X.). Y juntamente, es claro, la debilidad de la esperanza. El enfermo consciente, pero cierto de curación, gusta de extenderse sobre el diagnóstico de su dolencia y la declaración de los remedios; mas quien se intuye incurable, prefiere alejar la idea misma de su afección, como si fuera fantasmal...

V. 5. Caminar en las tinieblas: no amar. Practicar la verdad: realizar la exigencia de la realidad divina revelada, en último término: divinizar, hacer verdadero todo, dar sentido...

Actualidad de la amonestación: muchos creen estar unidos con Dios sin fe, sin comunión con la Iglesia, sin moral... Mentir es hacer mentiroso a Dios: es decir, rechazar la verdad divina, puesto que ésta tiende a comunicarse y hacernos luminosos, amorosos en la acogida y la transmisión.

V. 7. Si caminamos en la luz... porque siendo nosotros impotentes para ello, nuestro caminar = operar, el amor indica claramente que lo estamos recibiendo de El, y entonces podemos comunicarlo a otros y acogerlo de parte de ellos. Y así, en la comunidad, somos purificados de la

mixtura inevitable de pecados (impotencia de amar = egoísmo) por la sangre de Cristo. Lo cual viene a ser: el que ejercita el amor que tiene, la vida divina que ya tiene, recibe más y más. Y viceversa...

La sangre de Jesús: es decir: el amor de Jesús que se ha expresado -y se expresa para nosotros- en la cruz. La cruz de Cristo se actualiza en la comunidad de la Iglesia. Por supuesto el autor no entra en esclarecimientos particulares, pero nos dejamos impulsar por su espíritu, cuando determinamos sin atribuir, no obstante, como expresas en su mente, cuantas particularizaciones se nos ocurran.

La comunión de unos con otros; es sin más la pertenencia a la Iglesia, con sus diferentes posibles grados.

V.8. Si decimos... negamos nuestro pecado, pese a los fallos: es paralelo a afirmar la comunión con Dios. Nos engañamos: algo más que «mentimos». La verdad: la realidad divina que se revela, no está en nosotros = no estamos en comunión con Dios.

V.9. Necesidad de reconocer los pecados. De confesarlos, manifestarlos a otros, en varias maneras, que ciertamente incluyen lo que nosotros entendemos por sacramento de la penitencia, pero que ni se limita, ni probablemente se refiere expresamente a él. Se trata de toda ayuda mutua, aunque sea en particular, pero en cuanto cristianos ambos... La necesidad de confesar los pecados, declararlos. Tendencia a ocultarlos, hasta en el sacramento... Quizás debiera insistir más, para mí y para otros, en los provechos de la enunciación de los pecados... Sin omitir la consideración del peligro de legalismo, o exceso de determinación, que generalmente me hace un tanto refractario a las confesiones muy circunstanciadas...

V.-10. Ultima expresión, en la cima de gradación: le hacemos mentiroso: porque la palabra de Dios es de juicio y perdón; y además destruye el concepto veraz de Dios, enunciado en el v. 5., que le declara sin sombra de pecado...

Su palabra = su verdad = realidad divina que se revela. Considerar la hondura y densidad de la concepción de la «palabra».

## **Día 25 de mayo**

Oración de 5,20 a 7,30. Seguido. Ahora que va terminando el curso, y apenas he de preparar clases, recomienzo estudios abandonados. Esta noche no he llegado a las 2 horas de sueño. Lectura de las «conversaciones de Goethe», como paralelo sobremanera aleccionador, del «memorial» de Gonzálvez de Cámara. Retorno a los vocabularios portugueses. Por el momento, la idea es rematar éstos y leer íntegro el libro de Gilson sobre San Buenaventura. (...)

Prosigo con la epístola 1ª de San Juan.

Cap. II. Jesús es expiación El mismo; no ya su acción pretérita. Esta enunciación resuelve llanamente el problema de las presencias de los misterios... Pero si es expiación porque ha vertido su sangre, la desmesurada gravedad del pecado se esclarece palmariamente, al paso que se afirma la confianza. Y notoriamente, la vocación de llegar a ser expiación con El. De lo contrario, no habría comunión... La experiencia del pecado como tal, sólo puede hacerse cuando se ha sentido uno trastornado por el arrepentimiento: contrito, quebrantado en sus cimientos mismos... Cuando ha sentido estremecerse la propia personalidad, el pavor del infierno posible, y el pavor, a la vez, de la posibilidad de condenación de tantos... Hoy las mentes se decantan más y más, siempre vueltas del lado de lo humano, incapaces para la captación de/ por la realidad divina... ¡Qué labor ésta de convertir al hombre actual, perverso en sus últimos fundamentos, sin apenas otra cosa sana que el puro núcleo personal, en el mejor de los casos...! ¡Qué santidad requiere en el apóstol! Y lo más grave, es que los mismos «pastores» se hallan tocados igualmente en sus raíces. Y en cuanto a mí...

Jesús es expiación porque es «justo» = santo. Intercesor. Nunca ahondaré bastante en este ser de Cristo, jamás eludiré suficientemente, el peligro de quedarme en actitudes funcionales en lugar de trascender al ser mismo. Y jamás, consiguientemente, caeré en la cuenta de que yo tengo que ser igual. Que la conversión atañe a mi propio ser personal, bien que ello haya de alcanzarse por medio del ejercicio de mis funciones internas y externas.

«La justicia es la característica de quien se halla en la recta relación con Dios y con los hombres». Y es palmario, según el comienzo de la epístola, que tal relación se verifica en la Iglesia, donde únicamente se comunican las divinas Personas.

La justicia de Cristo consiste en que, por su comunión ontológico-psicológica con el Padre y el Espíritu, da su vida por nosotros, dándonos al paso su Vida a nosotros. Tal es exactamente mi peculiar misión.

Hace un rato, a oscuras, mientras esperaba que me llegara un rato de sueño, pensaba que en mi agenda, entre los negocios de inmediata resolución, estaba hacer testamento. Y me placía la certeza de que, en rigor, no tengo de nada que disponer... La casa no es mía, ni el mobiliario (aunque jurídicamente algo me pertenezca; sólo he de hacer constar eso: que nada es mío). Mis ropas son todas, gracias a Dios, viejas, usadas, gastadas. Lo mismo el calzado. Dinero, ciertamente no poseo, en cualquier instante que me llegue la muerte sólo puede pillarme con algunas menudas deudas, y a todo tirar, con dos o tres mil pesetas en el banco, donde me abonan los ingresos de adscrito. Los libros no los estimo propios, y así lo más que

puedo hacer es notar que pertenecen al primero que llegue, o al arbitrio del Obispo. Solamente una cosa queda, de la que no puedo prescindir en vida, sino procurar gastarlo en recta administración: mi cuerpo. Y éste es el punto que me urge: destinarlo a la facultad de medicina, según la sugerencia de M. A. En cuanto a la capilla, es incontestable que pertenece, de pleno derecho, a la diócesis, pues sólo la tengo en usufructo, para poder rogar más intensamente por la Iglesia...

La permanencia en Jesucristo, aun imperfecta, va arrancando el pecado de mi íntimo ser personal. Y así lo experimento, pese a todo. Y así soy intercesor y expiación. Por el mundo entero, como El, según 2,2.

La conciencia se va esclareciendo, respecto de este tema capital: momento a momento mi no-estar-en-el-infierno, mi irme paulatinamente alejando de la situación infernal del egoísmo pecaminoso, es operación continua del Señor. Eliminar, o enervar, la idea del riesgo de condenación es negar el amor de Dios, con su infinitud, su ternura y su eficacia.

Vienen ahora una serie de expresiones, para hacernos conocer nuestra situación. El criterio es la guarda de los mandamientos, de la palabra, del amor al hombre. Lo cual significa, obviamente, que la comunión con Dios es la fuente de todo ello, y que todo ello es la señal de la comunión. Pues lo primero es conocer que le conocemos. Es decir: conocernos a nosotros en nuestra única realidad: la relación con El. Conocerle es tener comunión con El, ser rociados con su sangre, recibirle como intercesor y expiación. Si no guardo sus mandamientos, y digo que le conozco, miento. Yerro intelectual y volitivo. Yerro del hacer y del ser... No me construyo, no construyo a nadie, viceversa: laboro con el Padre de la mentira, coopero a la condenación de los hombres. Pues no hay término medio...

«La verdad no está en él» (4). La realidad divina operante... Mi conocimiento de Jesucristo no consiste -aunque las incluya- en las iluminaciones que me concede sobre su intimidad; sino en mi comunión personal, que se realiza acogiendo sus impulsos, su realidad vital, sus mandamientos, su palabra, su amor a Dios para recibirlo todo de El, y a los hombres, para comunicárselo todo, en la medida que somos capaces de admitirlo... Y lo mismo hay que decir de mí.

«En éste se ha cumplido el amor de Dios», paralelo con 4,12 «su amor se ha perfeccionado en nosotros». El sentido seguro: el amor de Dios alcanza en nosotros la plenitud de su fruto, que es la purificación de todo pecado (egoísmo) y la comunión entre nosotros. (1,7).

«Quien dice que permanece en El, está obligado a caminar como El caminó» (6). Permanecer en El, caminar en la luz, guardar sus mandamientos, amar al hombre hasta el fin (3,16). Todo es sinónimo.

«No es un mandamiento nuevo...» (7-8). Mandamiento, en singular, acentúa lo esencial de todos los mandamientos, cuya guarda (cumplimiento) manifiesta la comunión con El. Amar al prójimo.

«Desde el principio». Probablemente dos sentidos: desde que fuisteis bautizados, como consecuencia del amor de Dios que vige eternamente, desde que existe el Logos. (1,1), puesto que Dios es amor...

Nuevo: porque las tinieblas pasan y la luz brilla... comienza a brillar. La gracia de Dios, es siempre nueva, respecto de cualquier época del mundo, puesto que el mundo está siempre en tinieblas, siempre indigente de Luz. Así antiguo y nuevo se dicen en sentido absolutamente trascendente, respecto de todo el barullo habitual de conservadores y progresistas (que se ha dado siempre en el mundo y en la Iglesia, y continuará alborotándolo todo ineludiblemente).

«Que es realidad en El y en vosotros». En El, porque El mismo es la novedad eterna; en nosotros, porque actúa incesantemente, sacándonos de las tinieblas a la Luz. Pensar en la manía de las gentes respecto de la juventud y la vejez... "Quien dice que está en la luz y odia a su hermano..." Las tinieblas son el odio, el egoísmo; el amor es la luz... puesto que Dios es Luz = Amor. El terror de considerar el egoísmo humano, la fragilidad y poquedad del amor, de la caridad: no sabe donde va... Ni siquiera advierte que va al infierno, al fuego del odio eterno, al frío del eterno egoísmo. la negación del infierno es un signo pavoroso de la enervación de la caridad.

El egoísmo, la penuria del amor fraterno, es tiniebla. Por eso quien no ve que tiene pecado, indica sobradamente la exigüidad de su amor.

«Es antinatural que los cristianos de hoy día, no experimentemos ya, con tal intensidad, la pregunta a que la carta 1ª Jn. quiere dar respuesta. Es inadecuado que no lo experimentemos, porque ello está señalando la desaparición de la fe». Es sorprendente que los cristianos de hoy, en lugar de preguntarse ansiosamente si están en buen camino, se interrogan si existe siquiera el camino; en vez de examinar su relación con Dios, se empeñan en examinar a Dios, o incluso si hay Dios; lejos de intentar asegurar su certeza de no caer en el infierno, dan por cierto que no hay infierno, o no hay probabilidad alguna de llegar a él. La inversión de la realidad no puede ser más total. Y los resultados, contra lo que ellos esperan, es el acrecentamiento incesante de la angustia y la negación de la misma vida terrena, cuya alegría quieren afirmar así... Los santos, que han creído firmemente en la realidad del infierno, en la probabilidad de la condenación, han alcanzado progresivamente la paz y la ilusión por la vida, en el ejercicio creciente de la caridad, de la aproximación salvífica a los hombres. Pero los hombres de hoy que no se espantan ante el infierno, se empavorecen ante la vejez, y se

desilusionan en cuanto se ven impedidos de sus diversiones terrestres. Y la marea de la angustia sube al compás mismo, que baja la fe en el infierno...

(Diario)

## EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA

**Día 1 de junio 1983**

Oración de 5,15 a 7,15. San Justino. Víspera de la solemnidad del Corpus. Lectura previa del cap. de Camelot: «bautizados en el Espíritu Santo».

Liviana, pero genuina, experiencia de penetración del Espíritu en mi personalidad, en mi vida. Aligeramiento de ciertas empresas; visiones en algún sentido nuevas; intensidad, coherencia... El Espíritu Santo se me ofrece -¡y no sabría explicar cómo!- más personalmente presente, y más autor personal, de un modo diverso de vida: de pensamiento, volición, sentimiento, actuación... Acaso sobre todo, sea la sensación de unificación, de simplificación, de coherencia, según ya me he expresado... Coherencia entre los diferentes puntos de vista: realidades «naturales» y sobrenaturales; materiales e inmateriales; animales y psíquicas y espirituales; temporales y eternas... Coherencia entre el punto de vista, el pensamiento, y el querer y el obrar... Sentimiento de instintividad, aunque obstaculizado por inclinaciones sentidas como foráneas, invasoras, aunque vivas en mí mismo...

Realmente se me hace más propia la eternidad que el tiempo; la contemplación, que aún no disfruto, que el múltiple, intenso, omnipresente y gozoso razonamiento, tan antiguo amigo...

Ayer tarde, Iraburu anduvo midiendo el espacio que ocupan los libros, preparando el traslado... Cierta sensación de «necesidad urgente» de lectura de cuantos no he leído... y simultáneamente alegría de despojarme de algo, de una a modo de carga... Me ocurre que quizás, cuando los libros desaparezcan de mis estanterías -y buena parte de las mismas estanterías serán llevadas con los libros- comience yo a vivir la contemplación que echo de menos; a experimentar la liberación de este medio, tan festivamente usado por tantos años, de la lectura, la consideración, el estudio...

Soy poco dado a los recuerdos... Y no obstante, me viene a las mientes aquella época, el año de mi marcha al seminario, en que regalé buena parte de mis libros... Y que fue inicio de tanta vida...

El bautismo en el fuego: divergencias de interpretación ya desde los Padres. En todo caso las ideas son verdaderas: fuego en cuanto energía, ardor, luz... fuego en cuanto purificación -fuego como disyuntiva- (quien no se deja bautizar en el Espíritu, caerá en el fuego consumidor del juicio postrero...). Y no hay tercera posibilidad: o dejo que el Espíritu consuma mis pecados, mis proclividades inveteradas, con el dolor del desarraigo sentido como en carne propia; o tengo que dejar que el fuego del juicio me consuma a mí. Dejarme consumir por el Espíritu en perfección eterna, supone dejar



consumir tales proclividades al mal; no permitir que consuma mi malicia, es permitir que sea eternamente consumido -sin consunción- pero con la sensación de consumirme, y a la vez con la conciencia dolorosísima, irremediable, de estarme eternamente consumiendo, sin poder llegar jamás a consumarme, sin alcanzar jamás la perfección, inevitablemente deseada como imposible, consumido en el dolor indecible de la definitiva desesperación.

En todo caso el Espíritu no viene desde fuera -brota desde dentro purificándome. Como el agua, como el fuego... Notar que el bautismo ha de ser vivido en una historia primeramente terrena, que puede experimentarse a veces como muy larga, casi interminable... Y durante tal primera etapa ha de proseguirse la faena de purificación. Los exorcismos empleados en el bautismo -y ahora menos incisivamente expresados- enuncian juntamente tal indigencia y su principal sentido: liberación del diablo, y luego de los influjos del «mundo». Así la purificación, en combate ininterrumpido, es menester de la vida toda en la tierra... Purificación -y defensa contra la impureza que amenaza de continuo contaminarme- de mi persona individual y de mi personalidad de miembro de la Iglesia y del Cuerpo entero... incluso de sus miembros en el purgatorio...

No cansarme en la lucha, sino exultar en la exaltación de la pelea. Y no obstaculizar la acción del Espíritu Purísimo, ni con las impurezas del egoísmo tentador, venga de donde venga, ni con la impureza -después de todo la mayor- de sustituir al Espíritu en las menudas grescas cotidianas... El, y El solo, puede vivificar mis combates... que son luchas de Cristo, el Ungido, mi Cabeza, mi Esposo, con quien soy «un solo Espíritu...».

Sorprenderme del surgimiento de los instintos perversos en mi interior es tan «necio», como admirarse de sentir un dolor en el cuerpo... Solamente que los malestares corporales los captamos de inmediato como forasteros, algo venido a mí, incluso brotado en mí, pero que ha de ser extrañado cuanto antes... No ciudadano de mi cuerpo, no mío, sino nacido en mí, pero no como mío... Y así he de sentir las rebeldías carnales, provengan del cuerpo o del alma...

Observaciones de los Padres acerca del agua: no santifica por sí, sino porque el Espíritu opera en ella. Así nuestras obras posteriores: no santifican por sí, mas en cuanto producidas por el Espíritu que obra en ellas. Necesidad de las operaciones humanas -como es precisa el agua- pero en cuanto espirituales. La expresión podría tomarse de la intención del que bautiza: sin intención no hay bautismo. Así nuestras acciones: sin intención -sin ser movidas por el Espíritu- no santifican. Y con el peligro del error: parece haber quedado bautizado el hombre, porque ha recibido el agua; parece

haberse santificado el hombre, porque ha realizado tales o cuales obras... Sentido «sacramental» de nuestros actos...

El «método anagógico» de San Juan de la Cruz: en cualquier tentación dejarse levantar inmediatamente a Cristo, al Espíritu, al Padre, más santificante que recurrir al ejercicio de la virtud contraria...

El agua -la sangre- el Espíritu: nuestra operación -la cruz, el sufrimiento- el Espíritu: tal es el proceso de santificación...

«El agua es el testigo de la sepultura, la sangre el testigo de la muerte; el Espíritu el testigo de la vida». (S. Ambrosio).

«¿Qué es en efecto el agua, sin la cruz de Cristo? Un elemento ordinario sin efecto sacramental alguno» (Id) Así nuestras obras...

Cierto que no es preciso que la cruz sea sentida como carga: La cruz del hombre, en cuanto pecador, puede no experimentarse -o no experimentarse como carga- por cuanto el hombre no actúa como pecador en absoluto, en tal o cual acción, y Dios no quiere darle el sentimiento de cruz como más intensa y extensamente redentor... Aún no posee vida de miembro bastante, como para sentir el sufrimiento de otros miembros, ni aun de la totalidad de su propio ser, sometido de algún modo al pecado, mientras peregrina por la tierra...

Marcados por el sello del Espíritu: nuestras operaciones, en cuanto que son realmente nuestras -de cristiano- deben llevar el sello. Por lo que -generalmente al menos- serán ostensibles por fuera y repugnantes para el espectador carnal...

Dicho de otra manera: en cuanto muertos y resucitados con Cristo, para quien tiene capacidad -¡olfato!- cristiano, somos buen olor, de resucitados, de «santidad»; para quien no ha recibido esa capacidad tenemos hedor de muertos... Y ¡ay de nosotros si no es así!

Mi carnalidad actual: pienso en la actividad del Espíritu sobre el cuerpo mismo de los santos: su dominio sobre los movimientos físicos... que a veces se extendía sobre los ajenos, infundiendo pureza (S. Felipe de Neri) o al menos reflejando ese «algo» misterioso, por la admirable compostura, modestia incluso de sus movimientos físicos. ¡Qué lejos yo, tan inquieto corporalmente! El tabaco, los múltiples, casi ininterrumpidos, cambios de postura, los atropellos en mis conversaciones... tan «irracionales», y por ello mismo, tan poco espirituales... Mi individualidad muy poderosa todavía, frente a la personalidad tan poco hecha, como fruto del Espíritu Santo mismo... Cierta serenidad interior -que ayuda a otros- aún no reflejada en la inquietud exterior, que necesariamente, se den cuenta o no, les perjudica.

Voy a rezar la liturgia de las horas, fiesta de S. Justino mártir. Converso, bautizado en el Espíritu, bautizado por el Espíritu en la sangre, en sentido total, también corporal... Recuerdo de las lecturas muy despaciosas

de sus escritos, hace ya bastantes años, en Santurce... Simpatía con él, desde entonces muy particularmente. Esperanza de su ayuda a vivir del Espíritu.

### **Día 4 de junio**

Como ayer no hice apenas oración, hoy me he levantado a las 3,15. Oración de 3,45 a 7,15.

Vuelvo a los temas del Espíritu Santo. Camelot y B. Rey. Aunque entremezclando otras lecturas, deseo proseguir centrando mi atención en el Espíritu Santo. Poseo muchas obras no leídas, o leídas hace mucho.

Los artículos del Kittel, la obra de S. Basilio, los tratados de Trinidad, patrísticos y modernos y escolásticos, los muy modernos libros de exégesis... Advierto el efecto de tales meditaciones y lecturas. Sin esfuerzo, van muy paulatinamente y casi inadvertidamente, mudándose mis hábitos. Llevo desde los ejercicios sin tomar una sola pastilla analgésica. El número de cigarrillos se ha rebajado en la mitad... Sin prisa, pero sin pausa, voy asistiendo a estas menudas mutaciones, que en menos de un año me dejarán realmente cambiado... espiritualizado... incomparablemente más eficaz.

Dice Bernard Rey: «La revelación del Espíritu Santo es inseparable del misterio de la Iglesia... porque el don del Espíritu se realiza en una comunidad reunida en torno a Cristo, o mejor: reúne una comunidad en torno a Cristo, y la lleva por los caminos de la Iglesia, iniciándola en el misterio de Cristo que conduce al Padre». Y señala que, desde el principio, los «credos» unen estos misterios: Espíritu-Iglesia.

Algo capital: ni entiendo la Iglesia sin el Espíritu, ni entiendo al Espíritu sino en la Iglesia. Porque actúa solamente en la Iglesia. Así el modo primordial de entender al Espíritu, de pemitirle renovar, transformar mi mente, es la contemplación de la Iglesia, como cuerpo del Señor, animado por El. Así puedo contemplarle en su operación, y así puedo ser integrado en su obra. Y conocerle por «experiencia». De ahí que la «eclesialidad» sea la nota de discernimiento de todo carismático, individuo o grupo.

No seré captado por Jesucristo sino en su cuerpo, en su Iglesia; pero no soy captado en la Iglesia, sino por la acción del Espíritu en ella. Cuando las apariencias de la Iglesia, de los hombres que actúan en ella, de sus perfiles terrenos, me resulten de penoso acceso, he de recurrir a la visión del Espíritu... Como frente a un hombre psicológicamente -o corporalmente- in-forme, de figura apenas humana, he de recurrir a la certidumbre de su realidad anímica, personal.

Los gestos y palabras de un hombre, valen en cuanto procedentes de tal hombre: de hombre, de tal hombre. Los gestos y palabras de la Iglesia valen por cuanto dimanantes del Espíritu... Me parece -como ya he advertido

a veces- que para muchos, la dificultad no es en primer lugar espiritual, sino natural: carencia o debilidad de la potencia de vivir lo no visible. Pues vivir la fe en sí, no puede llamarse «difícil»: lo que solamente puede ser don, no admite el apelativo de fácil o difícil, sino simplemente de dado o no dado; prometido o no prometido...

El autor tiene una expresión -o al menos el traductor la emplea- muy significativa: «la misma Biblia... emplea múltiples imágenes que es difícil dominar conceptualmente». En nuestra contemplación del Espíritu no hay nada que dominar. Es el Espíritu, y aun sus imágenes, las que -El que- nos domina a nosotros...

Tal vez la clave de nuestra inteligencia del misterio se deba radicalmente a esta actitud humilde: el deseo de «ser dominados».

Probablemente mis accesos al misterio del Espíritu, que es el más próximamente experimentable por mí, sean las contemplaciones - conscientemente pasivas- de las operaciones del Espíritu en la Iglesia (sacramentos, sacramentales, magisterio, disciplina... modos de obrar de los católicos). Luego la atención a mis operaciones, con el recurso consciente, y aun reflejo a la acción del Espíritu. Y ello incluso en las operaciones objetivamente minúsculas... Y desde luego, en las miradas retrospectivas, que son los exámenes de conciencia. Y en las visiones «anticipatorias» respecto de mi posible actividad o de las construcciones ministeriales.

Y todo ello -en el orden de los modos externos- depende de las lecturas, principalmente bíblicas y dogmáticas.

«La vida total de los creyentes está bajo la empresa del Espíritu Santo, de forma que todos los aspectos de la vida cristiana podrían tener cabida en estas páginas». (85)

Nota que para un semita, nuestro vocablo espíritu «designa el soplo que, a la vez, expresa el poder y la intimidad de la vida». Hasta ahí llegaban las religiones contemporáneas; pero Israel no tenía una religión de naturaleza, sino de historia: «por eso la Biblia atribuye al soplo poderoso y vivificante de Dios, las intervenciones que marcaron la existencia del pueblo hebreo.»

La revelación del Padre -y por tanto de Cristo y del Espíritu- no se realiza en la naturaleza, sino en cuanto «humanizada», siquiera en intención. Aquí me ocurren ciertas ideas, respecto de las contraposiciones ciudad-campo... Me parece que hay mucho malentendido en expresiones someramente válidas. La vida del campo -como vida de «naturaleza» sin más- es modo inferior, pueril, propiamente animal, de vivir. La vida de la ciudad deja de ser humana, cuando la ciudad ha dejado de serlo, para constituirse no en lugar de convivencia -para la convivencia- personal de los hombres, sino para la mera satisfacción de las indigencias naturales (¡y

estamos de nuevo en «la naturaleza») y las artificiales, prolongadas y orientadas de manera impersonal. Por ello el tipo de vida humana es la ciudad reducida, conexas con «el campo», digamos los pueblos grandes, cercanos, bien comunicados, pero en contacto también con «la naturaleza».

Advertir que el párrafo anterior no es digresión del tema, sino expresión de un aspecto de la actividad del Espíritu, que nos ofrece la «creación entera» a los ungidos en comunidad, para que la consagremos.

En el AT el Espíritu produce efectos «fulgurantes». Su intervención se advierte «en la brusca transformación de un hombre»... Así también en los comienzos de muchas vidas incluso cristianas, las primeras operaciones divinas, «espirituales» son muchas veces súbitas, como consecuencias de huracanes, del viento fortísimo que sopla desde fuera. Más tarde la acción espiritual es advertida como el discurrir del agua mansa, interior, fecundante, en suavidad gratísima...

Principio de discernimiento: el Espíritu advertido como forastero, «bajando sobre», poniendo al hombre «fuera de sí», en situación extática: puerilidad cristiana. Lo mismo hay que decir en todo: desde las celebraciones «carismáticas» hasta los éxtasis y visiones... Más tarde: transformación interior, experimentada como interior, suave, con mutaciones generalmente paulatinas: madurez. (Notar que esto puede advertirse, en alguna manera, hasta en personajes de la historia pagana: Sócrates con su demonio - Gandhi con sus inspiraciones).

Grave conclusión: los movimientos «carismáticos» serían un signo - ¡válido, importante!- de la acción del Espíritu en una Iglesia incipiente, infantil. No saben hablar y el Espíritu balbucea en ellos -les hace balbucir-. Así se manifiesta el alma racional en el infante: el niño sin uso de razón. Aunque los adultos pueden balbucir, imitando sus torpezas verbales, para hacerse a ellos... y hacerlos a sí.

El Espíritu se nos ofrece obrando de modo literalmente sorprendente, de modo que excite la atención de los no espirituales; pero sobre todo impulsando -desde fuera o desde dentro- a los «apóstoles». Y simultáneamente, uniendo a los cristianos, formando -porque in-formando- la comunidad. Autor «de libertad y de liberación» -de vida humana, pero divinizada- impulsa a la misión y la unidad.

La interiorización, va siendo señalada por los evangelistas: ver la observación de B. Rey. p. 97-98, respecto de la marcha de Jesús al desierto bajo la acción del Espíritu Santo: progresiva interiorización en las formulaciones de Marcos, Mateo, Lucas. Lo mismo la frase sobre la blasfemia contra el Espíritu Santo. (cfr. p. 98-99).

## Día 6 de junio

Me despierto a las 3,40. Lectura de 3,45 a 4,25. Oración de 4,30 a 6,30.

Advierto con singular perspicacia la fuerza de mi tendencia natural - frente a la acción del Espíritu Santo- respecto de realizaciones particulares, que incluyen necesariamente la omisión de otras. En este caso me refiero a los quehaceres singulares y bien determinados de la «agenda». Tengo una lista de cosas por llevar a término; tengo un rato libre, antes de Misa y siento la inclinación a prolongar las lecturas espirituales, y diferir el cumplimiento de la agenda... Las cosas en sí, no me repugnan, es más, algunas me atraen notablemente; pero dilatar el momento de tales lecturas y reflexiones me duele...

Pienso que esta «experiencia» -porque acaso en los últimos tiempos nunca lo haya experimentado tan viva y claramente- puede ser muy aleccionadora. Sin duda, la mejor preparación para la Misa debe de ser la realización de alguna de esas tareas. He de eliminar las señaladas antes del jueves. Sin perder la conciencia de que la acción del Espíritu es mucho más iluminante y confortadora que todos mis perfeccionamientos intelectuales por vía de estudio, con su palmaria resulta intelectivo-volitiva y aun sensible...

Insistir en que debo de ser mucho más parco -más prudente- en mis promesas, y mucho más rápido y formal en mis cumplimientos... Y ello porque no puedo dudar que sea este el estilo del Espíritu Santo...

Es cierto que, en tal manera de actuación, no sigo mis modos individuales. Y como tampoco podría achacar al demonio la privación de tales satisfacciones, no me queda sino la certidumbre de que me dejo llevar por el Espíritu.

Del libro de B. Rey. San Juan en sus discursos de la Cena. Aportación: probablemente los títulos suponen influjo de Qumram: espíritu de verdad - Paráclito. (yuxtapuestos, incluso).

Paráclito: matiz forense - intercesor, pues se emparenta con el tema bíblico de la intercesión. Otro Paráclito: alusión a Cristo (por mi cuenta añadido que, en los mismos discursos, Jesús aparece como quien ayuda en el proceso frente al mundo, y frente al demonio: aconseja, previene... y como el que intercede con su oración).

En 1ª Jn, 2, 1: el Paráclito es Cristo. (El evangelio es posterior y procede del mismo círculo).

Otro aspecto: los cristianos esperan la Parusía, como inmediata. Se van persuadiendo que no es tan pronta como ellos pensaban: cavilan, concluyen: la promesa de Jesús se realiza ya por la presencia del Espíritu...

El Espíritu se manifiesta como lo hizo Jesús, aunque sin encarnarse como el Verbo. Entonces se nos va dando a conocer, en correspondencia con su propia actividad en el mundo, en los corazones de los hombres. La inclinación nuestra a dejarse llevar de la impulsividad animal, o a anquilosarse en normas racionales fijas: planes, leyes... El Espíritu, invariable en sí mismo, es múltiple en sus efectos sobre la creación, y apenas nos presta algunas normas de «discreción» para entender su estilo, y reconocerle en sus operaciones. De manera que tengamos que permanecer atentos al Espíritu mismo, en conexión personal íntima. Nuestra vida espiritual, nuestra personalidad cristiana, no se desarrolla independientemente, partiendo de algunas leyes, perceptibles en sí, de modo impersonal; sino que se desenvuelve y acrecienta en una atención personal al Espíritu -y de ahí a Jesucristo, al Padre- que ciertamente es reconocido por tales normas...

B. Rey descubre las dos etapas aludidas, comparando v. gr. Jn 14, 1-3, que supone la pronta vuelta de Jesús, con Jn. 16, 5-7, que declara la conciencia de que la presencia de Cristo se realiza por la presencia del Espíritu. Notar que refiere al Espíritu términos empleados en referencia a Jesucristo.

Y recalca cómo en el estilo del Espíritu, el evangelio -la buena noticia- no se entiende, sino a medida que va llegando el momento de realizarlo.

Capacidad de experiencia, capacidad de discernimiento, conocimiento del Espíritu...

### **Día 7 de junio**

Oración de 4,50 a 6,50. Voy realizando los quehaceres de la agenda, aunque demasiado lentamente... Voy dejando integrar mi sensibilidad, pero despacio y con interrupciones. Caigo en cuenta de algunas cosas, y descuido otras: olvido el cilicio, la seriedad del ayuno...

En suma: no penetro, ni con mucho, los valores sobrenaturales; no me acucia, ni de lejos, el ansia de la expiación. No creo, de modo personal, con fe extendida a mis diversos estratos, en totalidad o poco menos de fe, y en totalidad de estratos, las realidades sobrenaturales. Pues, si creyera en la eficacia, siquiera posible, de mi oración, mi mérito, mi expiación, respecto de tales y tales personas -sean quienes fueren-; en la presencia operante de la cruz de Cristo, del Señor crucificado, del redentor en la tierra, por mis actos y mis actitudes, ¿cómo no se adensarían y vivificarían y aguzarían mis actividades intercesoras, meritorias, satisfactorias?

He recitado con mediano interés el oficio de lectura. Maravillas por doquiera, estoy persuadido. Y no obstante, ¿qué conmoción transformante se ha apoderado de mí? Ninguna, parece...

No que haya sido inútil, ni para mí mismo. Por el empleo de tales instrumentos voy paulatinamente siendo acrecentado, aun con las paradas aludidas. Pero ¡qué impulsos debería recibir, soberanamente eficaces, marcándome raudísima la marcha hacia el Padre, en alas de la divina Paloma!

(Me place la imagen aceptada como posible: la paloma simboliza al Espíritu con la Iglesia).

El salmo 36. Desde luego no «siento» la tentación del desaliento por la prosperidad del malvado. No «siento» escándalo, ni envidia... Pero estimo que, muy probablemente, perviven sentimientos no registrados, pues de lo contrario no caería jamás en elecciones erróneas para el entendimiento y nocivas para la voluntad.

Por otra parte, no siento tampoco -y debiera sentirlo- la angustia de las tentaciones ajenas. Pues son muchedumbre las personas que ceden a parejas tentaciones: por aliciente victorioso de «bienes» de este mundo, que realmente no lo son... Y las que sufren por haberse dejado arrastrar; y las que se preparan al horrible penar por tales cesiones; y las que nadan trabajosísimamente entre dos aguas... Y Jesús quiso someterse al dolor por levantar a los tales de sus dolores... Quiso que le pesara el dolor del mundo, para aliviar las pesadumbres de los tales... Y yo debería dejarle hacer presente sufrimientos materialmente, individualmente pretéritos, pero posiblemente actuales, puesto que lo son en El y lo son en su eficacia. Y no se lo permito... Mis comidas, chocantes, pobres, e incluso a las veces paupérrimas para muchos, son todavía respecto del Señor y respecto de los pobres materialmente reales, muy ricas, muy sobradas... Y no acabo de determinarme eficazmente al ayuno; a pasar hambre sin más... Y no termino de «sacrificar» las realizaciones de tantas proclividades, conformándome a que levante mis energías a sus niveles divinos, redentores...

¡Cuánto mal causo al mundo, desde luego, y acaso sobre todo, no ofreciéndole el bien que se me da para él. Escatimándole, robándole, bienes expresamente recibidos para comunicarlos...!

Voy a procurar meditar el salmo 36, en el comentario de S. Agustín. Abandono tal meditación, por la extensión del comentario. Tomo el libro de B. Rey.

«La presencia de Dios en la comunidad como actualización presente de la revelación de Jesucristo; eso es el Espíritu Santo». El hombre no puede encontrar a Dios «puede solamente acoger a Dios; y no puede hacerlo más que si Dios mismo, Dios Espíritu Santo, sitúa al creyente al nivel de la



revelación». «El Padre da al hombre el acoger al Hijo, y el Espíritu es el que crea en el hombre esa facultad que enunciamos: "nadie puede decir ¡Jesús, es Señor! sino por influjo del Espíritu Santo" (1ª Co 12,3); el Espíritu hace que Jesús sea mi Señor». «Si el Espíritu no es el Dios-dado, la revelación es un hecho pretérito, dejado atrás; las comunidades no pueden tener acceso a Jesucristo, no pueden ni conocerlo, ni invocarlo, ni celebrarlo (Rm. 8,15-16; Ga 4,6)... Y porque el Espíritu es Dios Espíritu Santo, distinto del Padre y del Hijo, podemos afirmar, bajo su influjo y con fe, que Dios ha venido ante el hombre, ha venido a su casa para establecer allí su morada y entregársele; y continúa viniendo y entregándose... Ese es en definitiva lo que pudiéramos llamar el corazón de la fe en Dios Espíritu Santo». (pgs. 124-5).

«La nueva alianza sellada con la sangre de Jesús es un misterio de comunión, es la alianza del Espíritu Santo que es «prenda de nuestra herencia para redención del Pueblo de su posesión» (Ef 1,14) y lo encamina "hasta el corazón de Dios" (p. 126).

Notar como tantas veces: la alianza es totalmente nueva, puesto que alcanza la identificación real, en sentido estricto, aunque misterioso. Incomprensible, por cuanto no tenemos referencias creadas: personas que son vivificadas idénticamente, en unidad, por otra Persona que opera como «alma» = principio vital interior, de cada una de todas ellas... Imagen del misterio de la Trinidad...

Jesús es el único camino que nos permite llegar al conocimiento de Dios. «Pero ahora ya sabemos que solamente el Espíritu Santo nos da la posibilidad de tomar ese camino; porque El es quien integra en el movimiento de la revelación del Padre en su Hijo» (p. 153).

El Espíritu es quien nos hace partícipes del acontecimiento que es Cristo. Pero Cristo total... Por tanto conocemos a Dios en la medida que somos conocidos y transformados (y es lo mismo), por El. «Conocer a Dios es por lo pronto dejarse conocer y transformar por Dios»; la aplicación obvia al estudio teológico... «En la Biblia, todo discurso sobre Dios está esencialmente ligado a un discurso sobre el hombre salvado; no se puede hablar de Dios considerado abstractamente, en lo absoluto de su en sí; toda palabra sobre Dios arraiga en una experiencia del hombre, asido por Dios, y es palabra sobre Dios a partir de lo que Dios hace para él, de lo que realiza en él». Recuerdo la frase del libro de Job: hasta ahora te conocía de oídas...

Esto no significa que la teología trinitaria vaya a ser únicamente un análisis de la experiencia cristiana, ni que el discurso sobre Dios se reduzca a un discurso sobre el hombre. Significa que el lugar de la reflexión sobre Dios será la vida de la Iglesia, que hace suya la revelación de Jesucristo a la luz del Espíritu» (p. 133-4). La teología en la existencia terrena: tarea siempre inacabada, puesto que no estamos transformados aún...

En el cielo, pese a que la operación no se haya realizado perfectamente, hasta la resurrección universal, tendremos un estatuto muy particular, que resiste a todo discurso humano, puesto que veremos todo en Dios mismo...

Aquí en la tierra «La unión eterna del Padre y del Hijo y su comunión en el Espíritu Santo no se abren a la mirada de la fe más que en la existencia de Jesús, releída, meditada, vivida en la Iglesia animada por el Espíritu» (p. 136).

Los titubeos frente a mi modo de orar: recordar los ejemplos de los padres del desierto...

### **Día 9 de junio**

Oración de 4,30 a 6,30, incluida la Misa. Durante el viaje a Talavera, y probablemente a la llegada, podré «completar» el tiempo señalado de las dos horas. Jueves: oficio y Misa de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote.

La maternidad como instinto, indicaba ayer. Instinto que puede encontrarse aún con instintos contradictorios, todavía enérgicos en su importunidad. Sólo que el Espíritu Santo es incomparablemente más enérgico que tales propensiones naturalmente humanas...

Prosigo con lecturas y consideraciones sobre el Espíritu Santo.

Mollat: L'experience de l'Esprit selon le NT.

Cita de M. A. Chevallier: «La Iglesia primitiva cree en la realización de la promesa secular respecto de la efusión escatológica del pneuma. Incluso constituye un punto esencial de su credo. La muerte y la resurrección de Jesús-Mesías han inaugurado la era final, en que se reúne el nuevo pueblo de Dios; y el Espíritu ha sido derramado sobre todos».

El paso de una época de infancia de la humanidad -en la cual hasta el adulto vivía infantilmente- a otra de adultez, en que cualquiera que se deje mover por Dios alcanzará la madurez personal, ha llegado. Ahora, quienquiera no toque tal madurez, es que ha querido "sub-normalizarse" voluntariamente... No esperar al Espíritu como manifiesto, es anquilosarse culpablemente. Es pecado de conservadores -que se alojan en tiempos perdidos- y de progresistas, que no esperan un desarrollo espiritual, sino carnal (de hecho un retorno al paganismo). Pecado contra el Espíritu Santo. Y ello, tanto en lo tocante a la persona individual, como a la comunidad personalizada en Cristo y en su Espíritu.

En lugar de ver como extraordinaria la posible acción divina con sus efectos, normales, de perfección, y de esperar tal realización perfecta, y de colaborar a ella; hemos de ver como extraordinaria la permisión del inacabamiento, de la imperfección...

Fruto de la acción del Espíritu es, v. gr. el reconocimiento de Jesús como Cristo y Señor, y el tener de continuo doblada la rodilla ante El, y no sólo doblarla en momentos particulares... Y los mismos signos de facilidad, gusto, espontaneidad, continuidad, se darán respecto de la presencia del Señor en la eucaristía, en las personas que El elige para re-presentación de su autoridad, comenzando por nosotros mismos, de la presencia suya en cada hombre...

Más y más me parece exacta y luminosa la relación alma humana - Espíritu Santo. Y la experiencia que el hombre adulto posee de su propia psicología, y la que tiene el cristiano adulto de su propia espiritualidad. Algo espontáneo, inconcuso, última razón de casi todas sus actitudes, y sin embargo oscuro, relativamente, torpemente razonado... Pero detectable por sus efectos, y por la connaturalidad con las ideas que lo expresan. La obra de Cristo (sacerdote) es precisamente la comunicación del Espíritu a los hombres, bajo el influjo, gozosamente admitido, del mismo Espíritu. Y tal comunicación es el objeto de mi propia participación del sacerdocio de Jesús, y de mis operaciones ministeriales.

(Diario)

## LA ORACIÓN DE LA IGLESIA

**Día 15 de abril 1977**

Oración de 5,45 a 7,45. Después de media hora de lectura. Alivio del cansancio, pero jaqueca muy fuerte, cuya causa ignoro. (...)

Relectura de párrafos de Barsotti: la oración como tarea «principal». Pero la oración de la Iglesia. Sin duda, orar en la Iglesia es la manera «principal» también de dejarme formar, criar, educar por ella. Es la unión con Cristo, que intercede incesantemente ante el Padre, y las mismas actividades externas no son, sino la sensibilización de la oración, que la hacen llegar hasta los puntos más alejados de la periferia. Mi conciencia de ministro. Creo que la tendencia a la unión con ciertas personas, purificada de algunos aspectos, no debe eliminarse, sino extenderse a todos. Claro que, de momento, no puedo encontrar complacencia en la realización, puesto que no se realiza -ellos están alejados de mí como ministro- pero sí debo hallar gusto en la esperanza de la realización eterna. Y en la labor por obtenerla. Aunque siga habiendo grados de unidad, la substancia es la misma y sobradamente aliciente, para estimularme eficazmente. La unión deseada con media docena de personas, debe llegar a ser realidad con Suárez, con Tribar o Breznev... Sólo que en estos casos, se manifestará más resplandeciente el amor poderoso de Jesús, como unitivo, que es lo más peculiar y exclusivo de tal amor.

Para estas fechas no soy escrupuloso; por ello, la conciencia de que toda omisión de un acto, considerado como unitivo, es superlativamente dañosa, no me es causa de escrúpulo, sino de espoleamiento. Que remata en gozo...

«El Verbo es oración», la oración nos verbifica. Nos convierte en palabra de Dios, en testigos. En palabra ontológica, continua y eficaz; eso es el testimonio.

Procurar -seguro de que la gracia me impulsa a eso- que mi rezo del oficio sea verdadera oración ministerial. Podría componer una consideración, concisamente formulada, para leerla antes de cada hora.

Oficio de lectura: surrexit Dominus vere: conciencia de la presencia de Jesús viviente. Oír su voz, es oír la voz de Cristo. Más: es recibir a Cristo mismo, que es la voz del Padre, y que se me quiere comunicar en cada objeto y cada suceso, impuesto por las circunstancias, o sugerido por inspiraciones internas, para que yo lo escoja entre varias posibilidades. Pero siempre se da este deseo de comunicación, eficaz por su parte.

Visión de los acontecimientos en España -y en el mundo- y en la Iglesia: necesidad de purificación. Acción de Dios: endureció el corazón del Faraón... Negación de iluminaciones. Respeto de las personas. (...)

En las anotaciones de hoy, creo que aparecen algunas ideas que pueden entrañar consecuencias capitales. La conciencia del amor a todos: la ilusión por unirme con ellos, colaborando a su unión con Dios. La seguridad de que nunca debo elegir, sino dejarme iluminar; es más, que como decía Santa Teresa del Niño Jesús, generalmente, durante mucho tiempo, es lo menos gustoso naturalmente, lo que nos santifica (puesto que la naturaleza aún no funciona según su nivel sobrenatural); la visión de la situación española, como dispuesta por Dios para purificar a la Iglesia... La visión más honda y extensa del sentido de ministro... Creo que salgo más animado. Por otra parte: seguir la liturgia en lecturas adyacentes, aunque de momento no me sienta estimulado, es lo más eficiente... De momento, sobre la resurrección, dentro de un par de semanas, sobre el Espíritu Santo...

### **Día 16 de abril**

Oración de 3,30 a 5,30. A medida que sano del catarro, recupero el vigor. Y eso que ayer guardé seriamente el ayuno del viernes, sin más alimento, desde la noche anterior, que una naranja y un tomate, además del pan tostado y algunas pastas. He dormido menos de 3,30 horas. Ello resulta alentador, respecto de mis trabajos venideros. (...)

«Si nosotros vivimos, de alguna manera, la relación misma del Verbo con el Padre celestial, si participamos de esta relación, precisamente en cuanto somos cristianos y redimidos, se sigue que nuestro íntimo ser cristiano es oración». (Barsotti p. 28).

Es muy triste constatar que muchas ideas, que a veces me impresionan, son teóricamente conocidas desde hace años. Y si no han pasado a la totalidad de mis actos, se debe exclusivamente a esas montañas de reluctancias, acumuladas por mi egoísmo, a lo largo de mi vida entera. La permisión del Padre ha operado, sin duda ninguna, y algún bien querrá sacar de tales permisiones; pero ello no impide que yo lo sienta más y más, como materia de contrición. Que yo contemple la tragedia de tantos, que no han llegado a ver, porque no he sabido indicarles o describirles el panorama que, en un tiempo pretérito determinado, Dios quiso mostrarles. Casi solamente he sentido envidia al leer el fruto del apostolado de los santos; de quienes desde el comienzo se dejaron influir por Jesús, aun cuando se hallaran, todavía, lejos de su futura plenitud. Y más cuando considero que, en cuanto puede juzgarse, mis inicios fueron aceptables. Jamás sentiré bastante pena,

por las tremebundas consecuencias de mis malicias, de acción y de omisión. Esta misma insensibilidad actual, frente al pecado propio y ajeno. Nuestras actitudes se comunican recónditamente. Corrientes secretas de gracia y de transmisiones psicológicas pasan inadvertidas, pero no son, por ello, menos reales. ¡Qué mudanzas, en lo que llamo mi temperamento, se hubieran producido, de haber sido fiel a la gracia! ¡Qué construcción maravillosa sería, para estas fechas, mi personalidad! ¡Y qué efectos santificantes, sacramentales, produciría mi sacerdocio! He tratado realmente multitudes, y apenas he transmitido Espíritu Santo... Toda insistencia en mi responsabilidad, en la gravedad de mi pecado, es soberanamente insuficiente. Pero, como en el caso del Cura de Ars -pero mucho más, sin posible comparación- la visión de la fealdad me espantaría. Dios irá iluminando a su gusto, según su sabiduría infinita. Y a mí sólo me toca esperar. Bastante bien atisbo el material de la cruz venidera. Por el momento, más bien voy eliminando los pocos sufrimientos de mi vida, dimanantes aún del egoísmo.

Los valores naturales son todos ambiguos; y cuanto más altos, más peligrosos. Un hombre, inteligente y honrado éticamente, puede ser lo más satánico, lo más radicalmente anticristiano. Con la nocividad, por añadidura, de confundir a muchos, de desfigurarles la imagen de Dios, adivinada al menos.

Lo que presta eficacia a mi actividad es su sacramentalidad. Que sea realmente acción de Jesucristo en mí. De Jesucristo en mí: pasada, digamos, por mi personalidad: consciente, gustosa en este aspecto fundamental. Partiendo de la eucaristía, corriendo a través de mis actuaciones sacramentales -¡tan pocas!- y del oficio divino; llegando hasta los actos más exteriores y, aparentemente, naturales. Evidentemente es pura gracia. Pero, innegablemente, es gracia que Dios quiere concederme; que hubiera deseado concederme hace mucho tiempo. Debo esperarla; es decir: tengo con Dios la deuda de esa esperanza (¡que también es gracia suya!). Tal gracia me viene por cauces determinados. Por la presentación frecuente de la idea; por su aceptación, en los momentos en que se ofrece a mi ansia. He rezado el rosario pidiéndola. Voy a comenzar el oficio de lectura y de laudes. Consciente de su naturaleza de oración de Jesús en su Iglesia. Con el deseo de iluminación deslumbrante; con la seguridad de su eficacia, como imploración. Apoyado en el conocimiento -aun diminuto- del amor de Dios a todos, y de su anhelo de mi colaboración salvadora. Actualizo, en la tierra, la amorosa intercesión de Jesús en el cielo... Ante todo la obligación: mi principal obligación, que confiere a cualquiera de las tareas presentadas como necesarias, su capacidad obligatoria, unitiva, es esta conciencia de

unión con Cristo. Y se crea o intensifica en el rezo. En la celebración de la eucaristía, los sacramentos y el oficio...

## **Día 21 de abril**

Oración de 2,35 a 4,15. Rezo del breviario. Disposiciones de Cristo: visión del Padre, digno de alabanza, complacencia en laudarlo. Sentimiento interior de la necesidad del hombre, de la humanidad entera.

Salmo 43. Dios, Salvador único, en sentido positivo, fuente de dádivas vivificantes, constructoras del pueblo; y en sentido de eliminación de los males y peligros. Todo es poco, cuanto insista en la seguridad de que Dios es el único que salva -por su Cristo- y de que hay que esperar de El la salvación. Cualquier sentimiento de confianza en mi propia acción, en la actuación de los hombres de la Iglesia, es falsa y nociva.

Ciertamente, frente al espíritu de este salmo concreto, soy consciente de que, si Jesús era perfectamente inocente, el pueblo de Dios, como tal, está manchado, herido, debilitado en todos sus miembros, por el pecado. No puedo recurrir al Padre exhibiendo la justicia de su pueblo, mucho menos la mía peculiar. Pero en todo caso, sí puedo recordar sus maravillosas acciones protectoras; creadoras de este pueblo, para dejar que Dios me infunda confianza. Mi oración actualiza, presenta en la tierra, la intercesión de Jesús en el cielo. Confianza consiguiente. Pero mi vida entera como sacrificio, no tiene otra fuente de vigor, que la ayuda inmediata y solitaria de Dios, por Jesús. Son vanos mis proyectos de sacrificios concretos. Cualquier acto sacrificial, sea de abstenciones materiales, o de elección de movimientos interiores espirituales, proviene inmediatamente del Padre. La condición de cada uno de ellos -previa, como gracia remota- es la recepción de sus inspiraciones, y la certeza de mi incapacidad radical y absoluta. No alcanzaré la fuerza para eliminar, espontáneamente, mis propensiones eficientes a las cosas de aquí abajo, sino en la medida que reconozca mi impotencia total, y por tanto, la totalidad de su gracia al ponerlo por obra. Los fracasos de mis proyectos hipotéticos, no tienen más sentido que llevarme a este reconocimiento; no deben desalentarme, ni en lo referente a las realizaciones particulares, ni a las actuaciones de la Iglesia como tal.

Hablando en nombre de Jesús, mi oración en el oficio tiene valor universal y proporcionado.

Rezando el breviario en esta soledad corporal de mi cuarto, puedo esperar el bien de la Iglesia entera, puesto que mi intercesión es la de Jesús mismo, cabeza de toda la Iglesia. No obtengo gracia proporcionada a mi santidad, sino en el sentido de que un grado mínimo -ignoto para mí- permite la actuación de Jesús mismo. Alcanzando tal medida, el fruto de mis

oraciones supera, impensablemente, los niveles de mi vida espiritual. Y redundante sobre mi propia vida, en desproporción absoluta.

Las iluminaciones y confortamientos que precisan los jerarcas para gobernar rectamente la Iglesia, los puedo alcanzar yo, si mi intercesión pasa, de ser la petición particular mía, a ser actualmente la intercesión de Jesús actualizada. Confianza y deseo de rezar bien, según conviene, el oficio. Y lo mismo creo que debo decir de mis sacrificios e intercesiones, aparentemente particulares. No es que el aumento de mi fe y mi caridad me proporcionen para obtener más gracias, a medida de su crecimiento; es que, llegado a cierta altura, me capacitan para hacer presente realmente en la tierra, la intercesión de Jesucristo, y se hacen incomparablemente eficaces.

### **Día 27 de abril**

Oración de 4,45 a 6,15. Despierto sin cansancio notable. Oficio de lectura. Actuación de las realidades básicas en el rezo: en verdad voy a ejercer una acción ministerial: Jesús va a orar en mí; la Iglesia entera va a orar en mí. Eficiencia de mi vida, sin negar lo escrito anoche, por cuanto soy ministro. Confianza en el perdón total. Imposible que Jesús no desee, eficazmente, mi transformación, por motivo de este ministerio. Las visiones penetrativas, acerca de la grave perversidad de mis actitudes, inicio de su eliminación casi inmediata. No sólo del pecado, de las pasiones también. Repugnancia de Jesús a operar en unión de un ministro sórdido. Recordar su horror ante la malicia, manifestado en los relatos evangélicos. Horror que perdura, y su misericordia, impregnada de ternura, por el pecador escuálido: misericordiosa ternura, igualmente perdurable. Es cierto que las pasiones, pueden ser dejadas temporalmente en función, como instrumento de purificación, del mismo pecado que han producido hasta ahora; como ocasión normal, de actos mucho más intensos, de las virtudes que El mismo va creando en mí. En ese caso me transmitirá su energía, evitando toda cesión egoísta. He de caer en cuenta, de la ineludible necesidad de sufrir por un tiempo. Y una manera de padecimiento es participar, con la voluntad, de este espanto, de esta náusea ante mis propias pasiones pecaminosas.

La oración, en nombre de Jesús, tiene que hacer estallar mi personalidad actual, mi aparente personalidad, por muchos lados. El volumen infinito de su amor ha de romper, inevitablemente, mi egoísmo. Y ello será penoso, sin duda. La ordenación de mi ternura, por ejemplo, que ha de cambiar de sentido, de matiz. Hasta ahora se ha volcado en líneas dominadas por mi egoísmo; ahora ha de ser orientada sobre los pecadores sin más. Ternura por [...], v. gracia. Ese gusto que siento, con el mismo A. y la misma Teresita, ha de volcarse, casi lo mismo, sobre cada persona, pero sin



referencia a mí, sino por razón de su debilidad, ignota para ella misma. Así es la ternura del Señor. Y entonces será creadora. La ternura que me hace sufrir por [...], ha de henchirme de pena por cada uno de todos los hombres. Será penoso, sin duda. No la autocompasión, extendida sobre el estrecho círculo de mis amores naturales; sino la compasión, el co-sufrimiento con cada persona humana gravísimamente enferma, con enfermedad ignota para sí misma...

Salmo 94: las expresiones aplicadas a Jesús resucitado, con toda justicia. Petición de que escuchemos su voz. Y la voz del Padre es el Hijo. Si rezo en nombre de Cristo, ¿cómo no voy a ser oído? Confianza en la pronta molificación de esta dureza mía. La fuerza macerante de la oración litúrgica, y de las llamadas mortificaciones: macerar es emblandecer, por la impregnación y el golpeamiento o estrujamiento. Tal es la obra de ambas actividades. No ceder a la tentación de suavizarlas, de reducir las: intensificar, viceversa, oración y penitencias de todo género.

Salmo 88 (2-38). La piedad y la fidelidad de Dios, incommovibles, infrangibles. Verlo todo desde ellas, no al revés. La situación de la Iglesia... Cada estropicio actual constatado, debe llevarnos, automáticamente, a esta contemplación de Dios piadoso y fiel a sus promesas. La culminación primera en la resurrección de Jesús, nos confirma inefablemente la verdad, la energía de tales atributos, y nos incita a esperar la culminación última en indescriptible plenitud. Sólo es preciso que haya suficientes contemplativos de Dios, frente a la multitud de prevaricadores y criticones.

Grandeza de Dios, manifestada, sobre todo, en la resurrección de Jesús, que participa ya plenamente de tal magnificencia. Confianza y, a la vez, conciencia de la gravedad y de lo absurdo del pecado ante el Santo, contra el Santo.

Las promesas al rey se cumplen en Jesús, pero la vinculación singular del rey con el Santo, la participo yo como sacerdote, diversamente matizada, pero de modo mucho más pleno, más inmediato.

El salmo rezado por los cristianos, incomparablemente más expresivo. ¡Qué no sentiría Jesús al rezarlo! Y yo, sacerdote suyo, que comparto el fruto de las promesas, de la protección. Que no me divierta de tal contemplación, el dolor del castigo paternal que quiere corregirme...

Lectura del Apocalipsis: dolores indescriptibles, pero los elegidos están bajo la protección de Yavé... de Dios; nadie puede dañarlos.

(Diario)

## MATERNIDAD UNIVERSAL

**Día 18 de octubre 1989.**

Oración de 5,30 a 7,15. Lectura meditativa del libro de Antón.

Insisto en la visión desde el punto de vista, predominante, de la totalidad. Dios es TODO, y sólo desde el TODO pueden entenderse las realidades particulares, se trate de objetos, personas, sucesos, proyectos, ideas... Ahora, la percepción de la totalidad le resulta al hombre particularmente difícil. Y acaso más todavía al hombre "culto", de cultura occidental, sobremanera racionalista. Pues la "razón" trabaja por análisis... Por ejemplo: la totalidad que incluye contemplar la "gracia" como universal: la Iglesia Santa y eterna: el Reino de Dios.

La universalidad de la humanidad: late un desmedido aprecio de la "cultura" occidental, en las expresiones de profesores y seminaristas, incluso respecto de las capacidades de los americanos o guineanos, que vienen a las clases. Más aún si se trata de mujeres, las pocas religiosas que acceden a ellas. Ni por un momento se plantea, si nuestras maneras de abordar o tratar los temas teológicos, no serán deficientes, unilaterales... Viene a ser una versión de los últimos siglos -porque la historia ya es larga- del menosprecio de los judíos, en cuanto a los gentiles sin Ley...

No se toman el menor trabajo por comprender las dificultades que sufren. Y la verdad es que, los modos de entender europeos, occidentales, no se han manifestado en conjunto muy fecundos... Habría que estudiar desde aquí, la misma vuelta al puro tomismo... Que es un esfuerzo de comprensión. Y no hay que olvidar que Aristóteles nos vino de manos musulmanas...

Estilos del vivir americano son condenados, sin más, como defectos: cierta inclinación a la holganza... ¿es más perfecta, humanamente, la propensión al trabajo, de los europeos? Lo mismo diría de los gitanos. Porque las producciones de las labores europeas, no parecen haber contribuido mucho al desarrollo de las personalidades humanas. Nos encontramos chapoteando en basura, en podredumbre... Pero seguimos, tan ternes, hablando de integraciones en nuestra "cultura". Cultivo de cizaña, en un noventa por ciento...

Generalmente, pero con muy pocas excepciones, el europeo, aun católico -y en este caso, evidentemente, en pura contradicción con su calificativo- va siempre a "civilizar", a comunicar a los otros. No admite, ni de lejos, que ellos tengan algo que enseñarle, que mejorarle. Habrá que leer y oír la multitud de inexactitudes, mentiras, exageraciones, que van a decirse y a escribirse, con motivo del centenario del descubrimiento de América...

En la expresión de Pemán: ¿qué hubiera sucedido si Juan de Sto. Tomás hubiera escrito como Descartes? Creo que hay algo más que una cuestión de forma literaria; se refleja el problema de una mentalidad estabilizada en sí misma, en su coto privado de caza intelectual... Ausente, en absoluto, la actitud católica de "inculturación". No tengo ni idea de las actitudes personales de Juan de Sto. Tomás; pero el hecho manifiesta lo anterior. Nada de buscar ovejas perdidas... que vengan ellas... y con mucho esfuerzo: que aprendan latín, que estudien nuestras formulaciones técnicas...

Y en realidad, palabras aparte, así seguimos. Identificando el evangelio con nuestra manera de entenderle, de expresarle, que es ya meramente una reducción del evangelio. Y ya no hay evangelio: ni novedad ni bondad. Exposición de modos "nuestros". Prescindo de la buena voluntad moral de muchos -¡incluso santos!-. Ontológicamente no es buena tal voluntad. Y, consiguientemente, apenas evangeliza...

### **Día 20 de octubre**

Oración de 5,30 a 7. Relectura de lecciones de maitines. Estos últimos días, insistencia en el valor de la pobreza, de la cruz (S. Pablo de la Cruz, S. Pedro de Alcántara, S. Brébeuf, Sta. Margarita María, algunos comentarios de S. Agustín...). Resumen: la Cruz de Jesucristo es el fundamento de todo; pero es literalmente mía, con sus frutos; puedo ofrecerla al Padre como mía; el sacrificio de Cristo es la elevación y purificación de la Iglesia entera: de todos sus miembros; todo lo cual me lleva: a complacerme en los sufrimientos del Señor, a experimentarlos, bien por la contemplación de los suyos, padecidos "individualmente", en los sucesos históricos de su vida terrena, bien por los tormentos contemplados en "otros" -y ello me llevará a buscarlos, a aliviarlos, o incluso eliminarlos, en lo posible- bien por las penas individualmente toleradas por mí...

En todo caso, es Cristo crucificado quien ha de sacrificarnos, obrando como sacerdote en nosotros, impulsándonos a ofrecernos con El como víctimas; pero este con El tiene un significado que supera todo lo concebible humanamente. Aspectos de la convivencia, única, de que tanto hablo... Los vocabularios de S. Pablo...

Y tal realidad misteriosa -mística- va mostrando multitud de aspectos y figuras, como un caleidoscopio...

Claro está que, individualmente, no puedo reproducirlo todo de manera consciente. Pero voy avanzando. Y cruz de Cristo, no es solamente padecer tal o cual mortificación individual (yo individuo-cruz individual); sino también padecer mi incapacidad de padecerla...

Respecto de la universalidad de la caridad, y de la cruz, he de recibir la gracia del momento: me refiero a la celebración del Domund. Procurar releer las encíclicas y documentos misionales.

Mantener la atención en las impotencias dolorosas de ayudar a los pobres. Aun ahora mismo: con la inevitable secuela de contradicciones, de imposibilidad de satisfacción por la totalidad de ayuda; por la aprobación de los "colaboradores"; por la respuesta de ellos mismos... por la necesidad de pedir a otros, a quienes más o menos, algo cuesta atender... La inclinación natural -de la naturaleza tal como funciona, con alguna influencia del pecado, por escasa que sea- a distraerse de los fracasos y de las contradicciones: la ayuda a X, a X, a X... a X. Pensar en ello es ciertamente punzante, doloroso... Por cualquier lado que se mire. Y soy especialista en pensar lo que quiero y sacudirme el malestar posible...

Por otra parte, he de insistir en la búsqueda de soluciones totales; pero ya para muy pronto. Sin certidumbre absoluta; pero he de esperar para este mismo año. La esperanza alcanza cuanto espera...

### **Día 24 de octubre. San Antonio M<sup>a</sup> Claret.**

Oración de 3,15 a 5,15. Comienzo con la relectura del primer capítulo de la obra de Palmero, sobre la "Iglesia Madre" en S. Agustín, tejido con textos del santo. Lo primero: la Iglesia pecadora...

Advierto, una vez más, la debilidad del sentido de unidad y totalidad en el género humano. Esta visión de la Iglesia como es: Cristo actuando, siempre, desde "antes de la constitución del mundo" y ya con la Iglesia. Por los profetas... El que es de Cristo reconoce su voz, y según va creciendo en Cristo, va entendiendo el sentido de sus palabras. La obra de Cristo redentora en cada momento, su influjo gratuito, lo que llamamos "gracia", se ejercita siempre en todas sus dimensiones: sanante y elevante, en totalidad. Incluso en María, que si "individualmente" no sufría de enfermedad alguna, sufría mucho más que cualquier enfermo, por su ejercicio personal: maternal. Sufría por nuestros pecados, y era sanada en cuanto crecía en poder sanante. La frase que tanto recuerdo de la cananea: ten compasión de mí...

Y aquí me parece que hablamos imperfectamente, cuando decimos que a la Iglesia no le corresponde tal o cual tarea: no le corresponde a tales o tales miembros de la Iglesia, pero sí a ella, porque la redención es universal, abarca todas las actividades humanas. Así la política, las atenciones psicológicas, o meramente corporales: medicina, enseñanza... Habrá que distinguir mucho más perspicuamente, lo que es realmente la Iglesia, pues seguimos expresándonos de tal modo, que parece que la Iglesia es el

conjunto de obispos, curas, religiosos, seculares "clericalizados". Efectivamente: educar hijos de Dios, ¿no es tarea de la Iglesia?

Colaborar a que el hombre ame a Dios con todas sus fuerzas, ¿no es menester de la Iglesia? Pienso que habrá que estudiar mejor las doctrinas del "poder indirecto", que probablemente contienen mucha dosis de acierto. Y cabalmente sucede que se han aplicado sólo, o muy particularmente, al campo del "poder" político.

La cizaña en la Iglesia: no hay que "cortarla", pero hay que convertirla en trigo...

Notar que la Iglesia sólo es pura, sin mancha ni arruga, en su condición celestial; en la condición terrena, se da un proceso de purificación... El concepto de envejecimiento, debilitación, con sus consecuencias ineludibles de des-esperanza, tristeza, inutilidad, carga social o familiar, responde a una visión meramente humano-animal-pecaminosa. Pues en la situación terrena, el santo más santo, se halla todavía en estadio infantil, respecto de la glorificación: v.gr. 1ª Jn. 3, 2... Infantil: por eso ahora balbuceamos no más, con la palabra y con la obra, las realidades divinas, las realidades sin más.

Es inevitable que en nuestro lenguaje se manifiesten equívocos, ya que tenemos que comunicarnos -¡hasta cierto grado de comunicación, y muy bajo, por cierto!- con incrédulos. Pero es necesario que nos demos cuenta de ello, y adaptemos el pensamiento, igual que en los niveles naturales lo adaptamos, conscientemente, al hablar con los niños.

Todo el tema de la novedad, del hombre nuevo y el hombre viejo... El uso irremediable de dos estilos, produce verosímilmente daños incalculables, fomenta la sensación de que la realidad es lo irreal, o lo secundaria y derivadamente real. El terrible asunto de la analogía...

Cierta sensación de disgusto en el trato con los pobres. Pues ignoro el por qué han vuelto, casi de repente, unos cuantos a pedirme. Y esta ineluctable necesidad de dilatar las ayudas, de ayudar sin solucionar nada, produce sinsabor -o más bien: mal sabor- que desazona el día entero. Sin duda he de ser misericordioso conmigo mismo, con cada uno de todos los demás... Pero la postura del conjunto de los miembros de la Iglesia, confirmando la codicia de las gentes, sus ansias de seguridad, de posesión, teniendo que luchar en mí mismo con ellas, pues se me entran por todas partes... es realmente hartante. Claro que si hablo con cualquiera "de mi clase", me dirá que no tengo nada... Pero la verdad ¡cuánto sobra todavía!. Desde este punto de vista de eliminación de lo innecesario para la caridad, repasar una vez más, cuanto queda en esta casa...

## **Día 25 de octubre**

Oración de 4 a 5,45. Relectura del libro de Palmero. Confirmación de "intuiciones" propias. Las realidades de la condición terrena son todas derivadas. Conclusión primera de Palmero en el capítulo sobre la Iglesia Virgen: "La teología agustiniana no concibe una virginidad en abstracto, sino una virginidad de todos los creyentes, que trata de realizarse plenamente en unos pocos. De ahí que, en las almas consagradas a Dios, esta virginidad corporal se explique como prolongación y fruto de la Iglesia Virgen" (p. 96). Y lo mismo hemos de pensar de la maternidad. Y de la relación con Cristo Esposo. No puede haber virginidad personal sin Cristo; no puede haber maternidad personal sin Cristo. Y ambas maneras de vida son fruto de la unión de Jesucristo con la humanidad total, en la Iglesia.

Ambas posturas pueden darse biológicamente por egoísmo, no personal; puede uno mantenerse virgen por evitarse engorros; puede uno ser padre o madre por satisfacer tendencias biológicas. Pero ambas posturas, en cuanto personales, amorosas, se pueden realizar solamente partiendo de la vida de Cristo en nosotros: de arriba abajo, digamos. Solamente cuando el celo pastoral (amor a Jesús en su individualidad humana, amor a los hombres en su personalidad humana total) abrasa a la Iglesia, la virginidad corporal y la maternidad (o paternidad) corporal brotan como llamas que abrazan el egoísmo y fecundan la humanidad de los "eternos".

Palmero hace notar que el Concilio se apropia este pensamiento de S. Agustín. (L. G. 64).

La virginidad es laudable, porque es fruto del amor a Cristo Esposo. Y por tanto, es la forma de ser amado por El. Y lo mismo habrá que decir de la maternidad. Notar que la virginidad era defecto entre los paganos y los judíos... Y la maternidad pura perfección natural, corrompible por la muerte de madre e hijos...

Frente a los donatistas, piensa Agustín que hay que fijarse en Cristo y El nos une. Cristo Cabeza produce la unión de los miembros: donatistas y católicos. Entender lo mismo de ortodoxos, protestantes... (p. 100-1)

## **Día 26 de octubre**

Oración de 3,30 a 5,45. Relectura del libro de Palmero. Cristo esposo. Palmariamente las expresiones son inadecuadas; pero podríamos expresarnos, distinguiendo el desposorio -ya indefectible por su parte, e indefectible en posibilidad absoluta, salvo ruptura voluntaria, libre, consciente, personal en una palabra, por parte nuestra- del matrimonio. La consumación sólo en "el cielo". Y todavía gradual, en crecimiento, sobre

todo respecto de la resurrección. Notar que tal distinción se manifiesta vigente en el pensamiento de algunos místicos.

La venida de Cristo es siempre de Esposo; venida amorosa, con todo lo que integra tal amor.

La dificultad es que tales venidas son ya fecundizantes... En todo caso podemos entender: fecundan en cuanto aportaciones de la paternidad divina, como "recados infantiles"... Y además es que la Iglesia Madre es la Iglesia total, Una, comprendiendo también la Iglesia celeste.

Las venidas principales de Cristo: sacramentales - y la muerte.

Pero las venidas son casi ininterrumpidas, y en cierto modo ininterrumpidas sin atenuaciones. Algo así como las "venidas" personales en una conversación continuada...

De modo que, al menos dos notas, deben quedar registradas... y ser asimiladas en mi vida personal: carácter esponsal de todo trato con Jesucristo. Unidad total de la Iglesia.

Y de ahí las cualidades maternas de la Iglesia, que han de darse ya en la condición terrena, y ¡en cada uno!:

Madre casta: respecto del Esposo. Fidelidad exacta en todo, y primariamente en el pensamiento, que ciertamente va integrando los diversos niveles e ingredientes de la personalidad de la esposa, hasta llegar a la fidelidad de los primeros movimientos, aun corporales...

La totalidad del amor reclamado por el Señor. Dejarlo todo por El; amarle más que a la propia vida...

Madre atenta: en primer lugar al Esposo, claro, pero, simultáneamente, al conjunto de los hijos. Atención exclusiva de toda orientación egoísta.

Madre paciente: no se perturba por la tristeza, ante las contrariedades incesantes de la vida en la tierra... Y aquí habrá que añadir, matizando: constante - perseverante - mansa...

Madre amante: ya va dicho... Y en la medida que una persona vive como esposa, vive como madre, sin más...

Madre ardiente: con el fuego que Cristo ha venido a traer. Cada hombre debe ser como un fuego: la imagen de Elías...

Madre universal: sintiéndose a sí misma como miembro de la Iglesia, cada persona siente maternalmente respecto de cualquiera. La orientación de cada miembro del cuerpo hacia la totalidad de elementos, manejados por la persona propietaria de los miembros.

Madre dolorosa, como tal Madre. Eliminando los sufrimientos del egoísmo en cada uno de los miembros.

Madre prudente y fuerte...

Es de notar que Cristo Esposo no engendra hijos; sino que colabora con el Padre, como Mediador necesario, para que los engendre El. Y lo mismo hay que decir de la Iglesia... Por lo mismo, la maternidad de la Iglesia, totalmente singular; concibe hijos de Dios. Y así la paternidad sacerdotal del católico... Lo que califica y diferencia la caridad cristiana de cualquier otra manera de amor, aun genuino, plausible...

Siendo visible la Iglesia, es normal que manifieste, con realizaciones visibles, sus diversos aspectos. v.gr. la maternidad se manifiesta sacramentalmente más en el matrimonio; la virginidad se manifiesta más en el celibato... La calidad de esposa creo que se declara igualmente; pues un matrimonio cristiano, en progreso continuo de amor, es signo resplandeciente de la intervención poderosísima -omnipotente sin más- de Cristo, en las operaciones de la debilidad humana.

He de meditar respecto de las formas de expresión, incluso los "estilos de pensar", con su valor sacramental en la Iglesia. La observación de X. a la carta mía a X. Cómo un estilo más "irónico" puede hacer bien... Ejemplos aducidos de X o X. De acuerdo, pero en la Iglesia falta, casi totalmente, un estilo más... ardiente y más combativo. Que corresponde, indiscutiblemente, a una Iglesia militante... Y luego: la Escritura: S. Pablo, las palabras en boca de Jesús... Me parece que me sucede como a él, sólo que viceversa: admito el modo suave, un tanto "político"; pero no me gusta...

### **Día 27 de octubre**

Oración de 4,45 a 6,30. La unidad de la Iglesia es el signo de la presencia activa del Espíritu Santo; unidad que se identifica con la catolicidad: unidad en los sacramentos y preceptos, pero también en la universalidad -prometida- de los miembros... El dinamismo es católico: porque el Espíritu se ofrece a todos y cada uno... Observar la gravedad de todo recorte de tal unidad y catolicidad. Hay grandes herejías y grandes cismas -que son llamados oficialmente así- pero hay también minúsculos cismas y minúsculas herejías: todo rechazo del Espíritu (apagar el Espíritu; contristar al Espíritu), que no dejan de ser enormemente graves. La atención al Espíritu donde se manifiesta. La recomendación de S. Ignacio: tomar en buena parte las proposiciones del adversario...

Notar que todo pecado es división, pero la sensibilidad de la Iglesia - en sus miembros- se manifiesta en esta captación dolorosa de la división. Solemos tener la piel dura para las fisuras en la Iglesia, y extraordinariamente fina para los arañazos del amor propio... Sentimos los desacuerdos en cualquier cosita, y no sentimos la concordia... Como el enfermo, que siente más la enfermedad que la salud, que sin embargo de sus



sensaciones, se cura precisamente por lo que hay de salud en él. Quien se estima sano, busca los remedios de la enfermedad, que sólo parcialmente, superficialmente, le afecta, quien se estimara enfermo sin más, se dejaría morir...

La captación de la enfermedad, del alfilerazo, es captación cristiana, católica, cuando viene junto a la captación de la posibilidad del remedio; cuando nos crece como la marea, hasta ahogarnos, o poco menos, es ciertamente herida del amor propio: por eso nos angustia... Claro que puede darse en momentos sucesivos -pues, al fin, aun "ensanchados", dilatados por el Espíritu, estrechos, confinados somos individualmente- pero nos advertimos a nosotros mismos como capaces de curación, en nuestra individualidad y en la individualidad ajena, pertenencias ambas de la Persona divina que es el Espíritu Santo.

Notar las frases de S. Agustín: la unidad manifiesta la acción del Espíritu, que es la "suavidad" del Padre y del Hijo. Por ello en la Iglesia, en los miembros de la Iglesia, hay alegría...

La manifestación de la unidad: solicitud de una serie de personas por abastecerme de alimentos o instrumentos... Parece que no entienden del todo mi solicitud por el coche de X... Y yo no entiendo estas diferencias... Pues, sí, en la terrena condición, también en esas menudencias se expresa el amor que existe.

Las finezas del amor: si no hay fineza es que no vive, pues no puede vivir sin ellas.

Claro está que "lo católico" -que en suma se identifica con la comunión de los santos- abarca primeramente "quos sacramentum plenum est, quod perfectum, quod immaculatum", según la frase de Gaudencio (que añadía: non ad gentes), pero secundariamente abarca también esa runfla de cosillas o palabras, de naturaleza "cuasi-sacramental", que expresan el amor. Mas, como realmente católico es, además, la extensión de eso mismo a todos los hombres, ya se entiende que esta solicitud "segunda", ha de producirse en la medida en que la Iglesia vive.

Palmero nota que Gaudencio "resucita con sus palabras una vieja tradición, que hasta el siglo III hacía lo sinónimo de íntegro, perfecto, completo, refiriéndolo a la conservación de la verdad íntegra, frente a las herejías, que retienen una sola parte de la verdad" (p. 186).

## **Día 29 de octubre**

Oración de 6,20 a 7,45. Ante todo relectura meditativa del capítulo V de "Ecclesia Mater"... Los abundantes y opulentos textos de S. Agustín. Muy capital la consideración de que cada miembro -hijo de la Iglesia- por

serlo, participa de su maternidad. Lo que se realiza en la familia de modo parcial, sucesivo -generalmente sucesivo: cuando la hija comienza a ser madre, la madre ha perdido potencia para serlo de nuevo- aquí se realiza de manera simultánea y como fruto de la maternidad de la madre primera; lo que en el cuerpo humano se realiza, de modo impersonal, en cada miembro (pues sin duda cada miembro de la madre es maternal) aquí se realiza de manera personal: cada cristiano es maternal de modo consciente, voluntario, amante, libre... Por eso cada acto nuestro debe llevarse a término con este "afecto maternal". Misterio, desde luego, pero que para mí, aunque incomprensible, me es muy fácil y gratamente inteligible.

Por lo mismo, me resulta eficaz la consideración reiterada de mi realidad (por participación) de la virginidad -de la cualidad de esposa- y de mi maternidad en la Iglesia, con los correspondientes pensamientos y afectos.

Por hablar de alguna manera, muy sabedor de la imprecisión e inadecuación de la frase, me siento, por presbítero, constituyendo las "entrañas" maternas de la Iglesia. Por ello, pertenece al Obispo -y a los presbíteros con él- padecer "dolores de parto" más que nadie, hasta que cada uno alcance el grado de santidad muy adulto. O hay que decir, sin más, que la recepción del sacramento del orden exige y acrecienta tal vida espiritual, que en ellos sea ya realidad, lo que en otros no pasa, necesariamente, de ser esperanza...

La unidad de la Iglesia, aspecto inexcusable de su santidad (pues ésta es participación de la Naturaleza Una divina), tiene, palmariamente, grados de realización. Ahora, toda fisura interior (en el monasterio, v.gr.) prepara la división exterior e impide su eliminación...

"Cogitate quis mali sit, ut cum de donatistis in unitate gaudeamus... interna schismata in monasterio lugeamus..." (pag. 173)

(Diario)

## COLUMNAS EN LA IGLESIA

**Día 21 de septiembre 1979. Fiesta de San Mateo.**

**RETIRO.** Mi proyecto era comenzar con la Misa, a las 8; pero entre unas cosas y otras, realmente el espacio nocturno se redujo a breve lectura después de las 11. Me he levantado a las 4, he rezado laudes y el oficio de lectura, y ahora, después de Misa, continúo con mis meditaciones. (...)

Como materia del retiro, he pensado releer, meditando las notas, los subrayados del libro de Burgos, sobre el sacerdocio, y repasar el examen último. Un rato de interrupción, para ordenar un poco los libros. Y dormir, pues me encuentro ligeramente insomne, pésimo signo.

Son ahora las 7. Podría meditar hasta las 12, arreglar libros durante una hora y media, dormir lo que precise, con dapaz, y seguir luego en oración, con el Señor expuesto, hasta las 8 de mañana.

Este es el proyecto, naturalmente hipotético, pues en los mismos ratos de oración, posiblemente me ocurran otras ordenaciones. Comencemos y Dios irá diciendo...

Aunque he escrito arriba, que el único progreso es la intensificación de la conciencia de pecador, no he de omitir la considerable profundización, levemente no más, motivante de ciertas realidades espirituales: la grandeza del sacerdocio ministerial, la urgencia de acción pastoral: la intensidad del celo ha aumentado mucho, desde hace un año o poco más. El reconocimiento del valor de la intercesión y la expiación... La misma devoción a la Virgen, y el interés de caridad hacia las almas del purgatorio... Hay muchas realidades, o aspectos de la única realidad del plan divino, que me van penetrando, aunque todavía no hayan alcanzado eficacia motivante seria. Muy probablemente, habré de concluir a la apremiante necesidad de dejarme bañar más en tales iluminaciones...

Por más que sea cierto, que cualquier punto de vista legítimo es útil para la penetración de la realidad, verosímilmente debería comenzar por la consideración de la Cristología, descender después a la Iglesia -abierto a las luces respecto del misterio básico trinitario- y de ahí alcanzar la excelsitud del ministerio...

Mas la mera tangencia de tales realidades, no digamos su ahondamiento, la inteligencia operativa, exige desprendimiento, supresión, de toda mirada egoísta, de nivel carnal. La mirada madura requiere, ineludiblemente, la superación de las concepciones infantiles, con la previa integración de la substancia real subyacente en ellas, la eliminación de las falsedades en ellas contenidas. Lo cual constituye largo ejercicio; largo, y sobre todo, ininterrumpido. Constancia, en suma...

Del artículo del P. Rodríguez: «relaciones ministerio-comunidad...».

La Iglesia entera sólo puede entenderse desde las misiones divinas: ab intra y luego ad extra.

Los fieles sólo pueden ser personificados por la participación del ser de Cristo: ahora el ser de Cristo es de «enviado», «apóstol».

Consiguientemente la Iglesia entera, y cada uno de sus miembros, es enviado. Pero el Señor está enviando -como siendo enviado- continuamente.

Esta acción la realiza por la comunicación del Espíritu Santo, enviado también en conformidad con su ser de «espirado».

Y la realiza dentro de la Iglesia, desde unos miembros cualificados.

Los cuales constituyen el origen sacramental de la misión. Cristo actúa en la tierra desde ellos. Todo su ser es de servidores, como el de Cristo, a quien sensibilizan. No es ya que participen de la misión de Cristo, sino que en ellos actúa Cristo como tal Hijo de Dios. Pero Cristo sirve para ser glorificado, mientras que el apóstol, presbítero, sirve para que sea glorificado Cristo, y así es glorificado él mismo con Cristo, en la medida que no busca la gloria en el servicio, sino que busca a Cristo. Lo cual es idéntico a buscar la santificación propia... que es, a la vez, la base y la consecuencia de su apostolado.

Yo no veo dificultad ninguna en la relación ministro-comunidad, como no la veo en la relación padre-familia. El padre forma parte de la familia, pero forma parte como padre. La diferencia esencial es que el padre comunica su propia vida -a personas iguales a él- y por tanto, su función va en disminución progresiva. El presbítero comunica la vida de Cristo -porque es Cristo quien comunica la vida en él- la vida del Padre. Y por ello la función es siempre paternal, por muy adulto que sea el hijo, el fiel. Mermará la necesidad de actividad determinada humana, la sensibilización, pero siempre quedará la necesidad de comunicación de vida, por los sacramentos, la autoridad, la fundamentación de la enseñanza. En cristiano, en la vida espiritual, el hijo es cada vez más hijo, por ello es paulatinamente más obediente, aunque las normas particulares sean menos necesarias. Un hijo, humanamente, va dejando de obedecer, puesto que el padre no le transmite ya la vida; pero un cristiano obedece más y más, puesto que siempre recibe la vida, y la recibe más, a medida que progresa y se capacita para recibirla.

Me parece capital, la inteligencia esclarecida de las relaciones de la humanidad de Cristo con el Espíritu Santo. Diría, de momento: así como mi cuerpo, al estar animado por mi alma, constituido en persona humana, es adaptado a recibir activamente los impulsos de mi voluntad, así la humanidad del Señor queda apta, por la Encarnación, para recibir -de modo pasivo-activo- los impulsos del Espíritu Santo. Y paralela, analógicamente, yo como presbítero, quedo adaptado por el sacramento del orden, para

recibir al Espíritu Santo, que es quien inmediatamente (o por el que inmediatamente, partiendo de la relación que la Trinidad establece) me mueve a dejarme actuar por Jesucristo, o mejor aún, a permitir que El actúe en mí. De ahí la capitalidad de la unción con el Espíritu. Es Cristo quien me lo comunica, pero sólo recibiendo tal comunicación, puedo dejarme a Cristo. El paralelo con la voluntad se me aparece bastante claro. Y de ahí, la necesidad de santidad subjetiva, personal, de desprendimiento, etc.

Caer más en cuenta de que los signos sacramentales pertenecen al tiempo, al momento pasajero, fugitivo, de la Iglesia eterna. En suma, a la figura de este mundo que pasa. La relatividad orientada a la conformación del hombre eterno en Cristo. Y que la realidad -la res sacramenti- es siempre lo conformado en el hombre de la Iglesia. De ahí la importancia y la inimportancia del signo, y la importancia del significado.

Y de ahí, parejamente, la capitalidad de la intención. Voy a trasladar, repensadas, las anotaciones de Sigüenza.

Como norma Cristo actúa según el ser y la intención del colaborador. La intención del ser es llevada por Cristo, hasta donde el ministro quiere llegar, con un querer real, de voluntad, y no con mera veleidad. Es decir, en la medida en que la voluntad es voluntad genuina del ser personal del ministro, miembro de la Iglesia.

a) Quiere el sacramentum tantum. Se produce un sacrilegio. Cristo no actúa.

b) Quiere la res et sacramentum. Cristo sacerdote la produce.

c) Quiere la res: hasta ahí llega, pero Cristo excede la posibilidad de la persona, actuando hasta donde El quiere, que es cabalmente la intención del ministro.

Alcanza, en intensidad y extensión, muchísimo más que la intención humana del ministro como persona privada. Pues él sabe que, aunque desee una cosa, no puede lograrla, y consiguientemente no la quiere. (Sería un querer irracional).

Notar que la voluntad sólo puede querer como tal voluntad: conforme a la razón iluminada por la fe, de la persona ungida por el Espíritu (movida por el Espíritu). En cuanto liberada de las inhibiciones de los apegos pecaminosos, egoístas. En cuanto ligada por ellos no es voluntad del ministro.

Pero como el ministro es miembro de un orden presbiteral - jerárquico, colaborador del episcopado, un presbítero puede suplir por otro - incluso puede ser suplido por la actuación «sacerdotal» del laico, promovida por otros presbíteros...

Sin embargo: los cristianos: interceden-expían-mercen-atestiguan realmente - luego alcanzan gracias movidos por los presbíteros.

Las gracias pueden ser: ordinarias y extraordinarias. En el sentido de eficacia, en el sentido de que son alcanzadas para otros, como fruto de la acción presbiteral.

Para los presbíteros mismos - a pesar de los presbíteros...

(pero siempre como fruto de la actuación del orden presbiteral)

En general: orden por complemento, para las deficiencias inculpables.

Pero también, de hecho: orden por suplemento: para las deficiencias culpables.

La dignidad del presbítero: necesidad del reconocimiento. Sentido de la dignidad.

Facilita el ejercicio normal del presbiterado.

La vida «privada» del Pastor, no existe: vive en la intención arriba expuesta.

Los sacramentos analogados principales. Pero la vida del Pastor es la intención misma. De ahí la responsabilidad enorme, fuera de nuestras normas humanas...

Sentido de la ENCARNACION: no puede ser hacerme yo hombre, sino dejar que la gracia, el Verbo, el Espíritu, me adapten, para que su actividad se encarne, se sensibilice, en mí.

Escribo ahora, a las 8,30, después de haber dormido unas tres horas largas, y haber colocado algunos libros -¡falta mucho más por ordenar!-. Generalmente en mis retiros elaboro un examen, un retoque de exámenes anteriores. Parece que hoy no me siento movido a ello, sino simplemente al deseo de escuchar más atentamente la palabra de Cristo en la liturgia, en la obediencia, en las lecturas, y dejar que me cale, sin control personal. Estoy un tanto harto, de esta asqueante contemplación de mí mismo...

Escribo de noche -a las 2 menos cuarto- he releído las páginas de Oñatibia sobre Teodoro de Mopsuestia... Naturaleza de «icono»; sentido de "parresía": como audacia, confianza en la gracia recibida, como autoridad, poder que tiene por norma la utilidad de los beneficiarios, más que la dignidad, por alta que sea. Pero la parresía aparece asociada al poder y al esplendor divino (parábola de las vírgenes, aplicada a los ministros).

He de resplandecer ante todos... El modelo es la «filantropía divina» que me da poder y luminosidad. Interesante. Como confianza para acercarse a los misterios, que también para el ministro deben ser «terribles». Capacidad para aproximarse, por la gracia del Espíritu Santo...

(Diario)

## SANTIFICACIÓN DE LA IGLESIA

### Día 3 de junio 1990. Solemnidad de Pentecostes

Oración de 4,45 a 7,30. Me levanto mucho más tarde de lo proyectado. Una hora, por lo menos, de retraso. Y durante el día no me garantizo largos ratos de oración, pues se muestra de antemano bastante lleno de actividad, de conversaciones...

Procuro dejarme saturar de esperanza. En cuanto a la vida de la Iglesia como tal, en su vida sobre la tierra, estimo que hemos alcanzado el fondo o el techo, como se quiera expresar. Pues el verdadero meollo consiste en los fundamentos: capitalidad del episcopado, y en cada diócesis del obispo -en unión colegial con el Papa- y santidad de cada uno de los bautizados. Ya que fundamento de la Iglesia son, irreversiblemente, los apóstoles y los profetas.

Mas en lo interior, la raíz de todo es la comunicación del Espíritu. La vida de la Iglesia tiene al Espíritu mismo por principio vital. Y en la medida que no entorpecemos su impulso, vive la Iglesia y vivifica al mundo, a la humanidad.

Nada extraño, sorprendente, que los mismos obispos no sean particularmente clarividentes. ¡Hemos tardado 20 siglos en caer en la cuenta de la sacramentalidad del episcopado! Los mismos santos que en la Iglesia han vivido, atravesando los tiempos, han procedido por adivinaciones parciales. En cierto sentido, hay que reconocerlo, hemos llegado a una época de soberana importancia respecto de lo venidero. Los dinamismos del bien y del mal; los que promueven Cristo y Satanás, han ido vigorizándose año tras año, y ahora nos encontramos en un momento de superlativo encumbramiento, y bajo el impulso de fuerzas, sentidas muy comúnmente como impersonales, que rebasan indeciblemente nuestros poderes. Y es que se trata del brío personal de Cristo y del diablo... La lectura de Rom. que nos señala la liturgia para el oficio de este día.

La conclusión primera, pero no nueva, es la forzosidad de incrementar nuestras actitudes de docilidad. Ser capaz de dejarse enseñar. El Espíritu nos mueve inefablemente, no se deja someter a conceptualizaciones ni previsiones exactas.

La gravedad del momento nos excede por todas partes; y hemos de reconocer ante todo, humildemente, que no somos poderosos a enfrentarlo, y eso sencillamente: porque no somos. Y hemos de reconocer que el Creador, el que nos hace ser, instante tras instante, nos quiere hacer ser santos, divinos... Y por lo mismo, muy superiores al momento, que no nos acaece,

sino que construimos nosotros mismos; acaecemos nosotros en el momento de la historia.

Sucede con los hombres, como sucede en el cuento del patito feo, como sucede a las gallinas que empollan huevos de pata, cuando nace el patito. No esperamos de nosotros, ni de los demás, sino acciones de pato o de pollo; mientras que somos cisnes o patos...

Desde luego, no vale la objeción tan sólita: desde la celebración de un concilio hasta la realización de sus conclusiones -y todavía, por supuesto imperfectísimas- pasan muchos años. No vale, digo, porque el tiempo humano, en nuestros días, transcurre muchísimo más raudamente que en cualquier período de la historia. Tenemos aquí uno de tantos criterios naturales, que resultan antievangélicos, no más que por falsedad.

Y el Concilio Vaticano II ha esclarecido muchas intenciones del Espíritu, que deben cumplirse prontamente. Y nosotros hemos de poseer esa certidumbre: que el Espíritu nos induce y nos impulsa vigorosamente, a las realizaciones universales y particulares del Concilio.

Solamente, que ni esa rapidez es perspícua. Y que los obispos mismos, muy explicablemente dada su «deformación» desde los seminarios, carecen de la fe mínima para la ejecución de su tarea. Y que la obediencia padece la impronta de tales errores y se hace, forzosamente, crucificante. Aunque yo, maldito lo que «siento» la cruz.

Pero si deseo sinceramente vivir la vida del Espíritu; vivirla con la plenitud y la gozosa coherencia consiguiente, he de implorar ante todo, la fidelidad continua y sin desfallecimientos, a esa acción del Espíritu. Ser fundamento es ser profeta, y recibir la Palabra supone estar muy atento a ella.

Repasaré unos momentos los apuntes sobre mi temperamento. Este Pentecostés debe -o yo se lo debo a la fiesta, al acaecimiento- inaugurar una novedad en mi historia. Mucha mayor exactitud, delicadeza, finura, en mi trato con el Espíritu. A mi manera, eso sí. La delicadeza y la finura del león o del búfalo, y no precisamente la de las alumnas de colegios de monjas antiguas...

## **Día 5 de junio**

Oración de 5,15 a 7,15, después de 1/2 h. de lectura con «Moralia de Job».

Mi primera empresa, que determina, incluyéndolas, todas las posibles labores, todos los comportamientos, es la edificación de la Iglesia, y directa y explícitamente, de la Iglesia diocesana a que pertenezco. Ahora, es innegable, que tal Iglesia, como el resto de las españolas, no refleja la



iluminación de Cristo, no permite brillar a Cristo-Luz. Ni siquiera en el sentido, en cierto modo secundario, de una luz, que no pudiendo ser vista, por causa de la ceguera del hombre, se le anuncia al menos por su calor.

Que la Iglesia, como cada uno de sus miembros, ha de seguir un continuo proceso simultáneo, de crecimiento y purificación, sanación, es innegable; de manera que muchos defectos del conjunto, no sólo no oscurecen la Luz de Cristo, sino que contribuyen a la iluminación. Mas importa sobremanera conocer qué especie de defectos sean esos, en incesante corrección, y cuáles los que impiden o enturbian la visión.

Y lo grave es que las imperfecciones de nuestras Iglesias son radicales. Inciden en lo planteamientos mismos; pues, examinando diligentemente la construcción de esta Casa de Dios, advertimos que apenas hay un planteamiento evangélico, al menos puramente evangélico. Todos ellos están impurificados por la mezcla de posiciones humanas pecaminosas, consecuencia de pecados admitidos, sin penitencia, sin deseo de enmienda... que no sólo dificultan, sino que impiden el fruto y refuerzan los dinamismos mundanos que obran dentro de la Iglesia misma, bajo el influjo del Príncipe de este mundo...

La formación del presbiterio (seminario-atención a los curas jóvenes); la distribución de los cargos pastorales; la predicación; los sujetos a quienes ésta se dirige... Todo, todo es antievangélico.

Como consta que la voluntad de Cristo es edificar su Iglesia, de modo que crezca y salve a los hombres explícitamente en su seno, la empresa de la transformación se ofrece como cierta. Claro que no sabemos los tiempos ni los lugares, pero podemos columbrarlos en buena parte, ya que el Señor nos ha otorgado capacidad y medios de discernimiento.

Lo que se precisa es que también nosotros nos dejemos iluminar, acrecentar y purificar, para que discernamos las faenas y poseamos energía para llevarlas a cabo.

Notar que la Lumen Gentium, cuya meditación metódica inauguro esta mañana, señala la urgencia de la empresa. Y un concilio indica, cierta y claramente, la voluntad divina...

## **Día 6 de junio**

Oración de 6 a 8. 1/2 h. previa de lectura con «Moralia». Me ocurre, ante todo, la urgencia de redoblar la atención a los sacerdotes jóvenes; pero como de sólo en los últimos tiempos, pienso antes que nada en la acuciante precisión de planteamientos que les faciliten el cumplimiento satisfactorio de sus quehaceres. Pues mis jornadas forman una carrera de obstáculos, si quiero, como es el caso, atender a todos los campos por trabajar. Charlas,

predicaciones, oración, estudio... Cada día se ofrece complicado de manera inextricable. Y todavía yo, a mi edad, con la formación recibida, que pese a todos sus defectos, he de reconocer, y reconozco, como particularmente esmerada, soy capaz del desenredo y la orientación y el trabajo medianamente acertado. Pero esta caterva de jóvenes, tan imperfectamente formados, a quienes se lanza en el embrollo de la llamada vida pastoral... Es inconcebible cómo puede teóricamente pretenderse una finalidad, que se obstaculiza por parte de los mismos que la proclaman, y que deberían allanar los caminos de las realizaciones.

Con un poco más de prudencia por parte de los «gobernantes», ¡cuánto fruto se produciría! Cadena sin término; pues de los sacerdotes mal formados, han de salir los obispos, vicarios, superiores de seminarios... No faltan desde luego, en la documentación oficial, sea romana, sea diocesana, escritos saturados de prudencia, de buenas orientaciones; mas a la hora de llevarlos a la práctica no acabo de entender qué malditas dificultades encuentran, que todos quedan inutilizados, y las orientaciones no sirven para orientarse en las intrincadas veredas de la vida pastoral...

En cuanto a mí, pese a las múltiples sollicitaciones, expresas -muchísimas- o tácitas; he de mantenerme en esta perseverancia en la oración y aumentar el estudio. Sea lo primero.

(...)

Objetivamente hablando, este modo de vida, este embrollo de vida cotidiana, va resultando insufrible. No porque trastorne mi buen humor; sino porque no permite vivir con la plenitud de una vida genuina, ya que disipa, distrae... He de tener en cuenta, según tanto me repito, el peligro de la inconsciente comparación con el entorno. Que rezo y estudio más de lo corriente; que en muchas ocasiones preservo mis capacidades de pensar, de querer y sentir rectamente hasta cierto punto, no elimina la realidad de que todavía buena parte de mis energías quedan debilitadas, por la excesiva dispersión de las faenas que impone el ambiente. Por lo común, en la suplencia de los quehaceres ajenos, que ellos no hacen...

Que la batalla contra la debilidad propia y ajena -porque para el católico las virtudes, la bondad, es común; pero el pecado, la fragilidad, la penuria, es individual- es constitutivo del quehacer pastoral en la tierra; pero el combate contra las malicias espirituales de los miembros especialmente responsables, eso no debe ser.

Y tal convicción ha de constituir materia abundante de mis predicaciones, exposiciones, etc. En la Iglesia «semper reformanda» ha de tener lugar de preferencia este incesante reclamo de un gobierno mejor; más pastoral como tal gobierno...

Si estimo justamente que la «jerarquía» constituye la comunidad básica en la Iglesia; si creo que su actividad es fontal en la vida de la Iglesia; si afirmo, con la doctrina común del magisterio, que la empresa episcopal es un servicio, debo coherentemente reclamar tal servicio fontal para todos nosotros; reclamación humilde, respetuosa, pero firme y constante. Y verosíblemente esa sea la principal de las ocupaciones pastorales para quien ha llegado a «cierta edad» y ha recibido «cierta formación» -gracias desde luego a la Iglesia, a la jerarquía- que le permite ejercer tales reclamaciones sin perturbaciones de la humildad, y con garantías bastantes para presentarlas como prudentes en sus particularidades... Y es una labor que me parece casi ausente en nuestra Iglesia actual.

Medito un rato, después de rezar el oficio divino, el primer capítulo de la Lumen Gentium. Patente nuestra misión, la mía también, la única, podemos decir, de hacer brillar en la Iglesia la Luz que es Cristo, la Luz del mundo. La Iglesia sacramento, signo e instrumento (eso es sacramento) de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, mi quehacer consiste en colaborar, de la manera más eficaz posible, a edificar una Iglesia que lo sea, a purificarla de toda mancha que oscurezca ese resplandor. Y ello exige, no mero ejercicio de testimonio individual respecto de algunos fieles, sino colaboración corresponsable con quienes han recibido idéntica misión, en no pocas circunstancias, respecto de las mismas personas...

Tal es mi planteamiento actual y tal la reprobación -prescindiendo de culpabilidad- de mis actuaciones pretéritas. Notar que buena parte de mi vida ministerial ha transcurrido después de la promulgación de la Lumen Gentium... Y advertir la nota de urgencia que propone expresamente el mismo documento a nuestra consideración. (n.1)

Importante entender y saborear varias matizaciones conciliares: la Iglesia aparece: prefigurada desde el origen del mundo; preparada en el Antiguo Testamento; constituida en los últimos tiempos; manifestada en Pentecostés; esperando la perfección escatológica. Y más adelante señalada como propietaria de muchos elementos que se dan en otras religiones («fuera de ella») y que inducen a la unidad católica. Y en la tierra «la Iglesia o Reino de Cristo, presente ya en el misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios». Misión mía es contribuir al crecimiento visible. Contra tantas opiniones pesimistas, que proclaman el inevitable decrecimiento de la Iglesia en la tierra...

Cuanto más medito, menos puedo aceptar la posibilidad de la muerte de la Iglesia diocesana, o simplemente su reducción al estado declaradamente enfermizo y agónico, sin influjo en la sociedad, para convertirla. La situación presente sólo puede entenderse como consecuencia

de los pecados anteriores, y como incitación a una vida de santidad mucho más intensa de la comunidad eclesial católica de la diócesis. Esperanza.

### **Día 7 de junio. Cristo Sumo y eterno sacerdote.**

Oración de 5,30 a 7. Esta tarde segunda celebración en S. Nicolás con el Sr. Obispo.

Lectura de la Lumen Gentium. Resulta incomprensible la eliminación de tantos textos, tan claros, de un documento capital y reciente, y tan proclamado por el Papa en sus continuas predicaciones. Leo párrafos absolutamente desatendidos. Con daño inconmensurable para la Iglesia, e irreparable para muchas personas individuales. Con riesgo gravísimo de daño eterno. Y aquí asoma de nuevo la mentira vigente en la Iglesia. Pues nosotros, los toledanos indico, somos superlativamente ortodoxos...

Base inmediata para la esperanza: la afirmación del Concilio -y ni era necesario que el Concilio lo afirmara- respecto de la fe del católico, asistido por el Espíritu Santo, para adherirse a la fe, penetrar la palabra divina con rectitud de juicio, y aplicarla más íntegramente a la vida (n. 12). Es decir, que cuando predico hablo a personas radicalmente capaces de entender, y como fundamento cuento con la iluminación y la confortación del Espíritu Santo que quiere que yo hable y ellos entiendan.

En todo he de considerar como principio al Espíritu Santo mismo, a Cristo mismo, y sus dones comunes; sólo como matizaciones y complementos de riqueza, puedo admitir las maneras particulares, se trate de órdenes religiosas, institutos seculares, congregaciones, movimientos apostólicos, cofradías piadosas... Acaso podría decir, que cuanto induce a separarse del modo normal en la celebración eucarística es indicio de mala inteligencia.

Que la empresa es enorme y su realización está saturadita de dificultades, parece evidente. Las contradicciones que irremediamente se van encontrando son precio normal de la tarea, dado que tales dificultades son, en muy buena parte, resultas de pecados anteriores. Y englobándolo todo, de una corriente de omisión gravísimamente pecaminosa, en que ha vivido la sociedad cristiana -los hombres de la Iglesia- durante siglos. Precisamos de aguda vista, para discernir entre el bien y el mal que heredamos. Pues la mixtura se produce en casi todos los terrenos.

### **Día 8 de junio**

Oración de 4 a 6. 1/2 h. previa de lectura con la Lumen Gentium. Prosigo, por lo menos, la marcha, aun con tropiezos y parones. Parece que

algunas tareas van siendo cumplidas más espontáneamente. La confesión semanal, por ejemplo. Lo más embrollado es la actividad hacia fuera; pues las visitas, o las peticiones de entrevistas, se multiplican de modo que debe de ser angélico, pero parece endemoniado...

Con todo, gracias a mi poca exigencia de sueño, voy sacando ratos de estudio, relativamente largos y frecuentes.

Asombrosa la facilidad, la frecuencia, la naturalidad con que se marginan aspectos de la enseñanza del Concilio, no pocas veces de altísimo bordo. Y eso en una Iglesia que se proclama ortodoxa, y aun particularmente ortodoxa. La incapacidad humana de los hombres, y muy particular y notablemente, de los que tienen misión de enseñar, santificar y regir la Iglesia, resulta sobremanera sorprendente. La insensibilidad ante la incoherencia, que significa insensibilidad sin más. Esta inadvertencia de la propia enfermedad, de la enfermedad del propio cuerpo. Pienso en el Cuerpo de Cristo. Es realmente fabulosa. Pienso que manifestación de las influencias diabólicas, pues por pequeño que sea el hombre, no estimo pueda alcanzar tales seducciones del volumen humano. Como algunos fumadores terminan por no percibir la cargazón de la atmósfera del cuarto en que fuman, parece que las gentes de la Iglesia, las más «adentradas» en la atmósfera de la Iglesia, acaban por no advertir el humo de Satanás, que desespirtualiza al hombre y le enferma en su misma naturaleza humana.

Pienso, con mayor frecuencia que nunca, en la precisión apremiante de denunciar tales situaciones. El bien mal recibido, mal empleado, remata en mal. Probablemente, este obligado, continuo contacto con el pecado, va acostumbrándonos a él, debilitando nuestra sensibilidad frente a él, embotando las energías para combatirlo. La dureza de los soldados en la guerra... Gastar tiempo en contemplar la Iglesia, desde los diversos puntos de vista que proporcionan los nombres bíblicos... Pienso: militante (que no es expresamente bíblico, que yo sepa...).

Por lo pronto, he de intensificar mi atención a este asunto; esmerándome en combatir las imperfecciones morales, aparentemente minúsculas... De cualquier tipo.

Pienso en tomar, durante una temporada, en relación con el tiempo litúrgico recién terminado, como materia central de mi piedad «individual», el sacramento de la penitencia. En cuanto penitente, por ahora.

Estimo que poseo aceptable caudal de doctrina acerca de él. Mas he de aplicarla a mis confesiones, con toda esa coherencia que echo tanto de menos en las gentes de la Iglesia, entre nosotros.

Mis imperfecciones, más o menos pecaminosas, se van arraigando - algunas- por falta de coraje y persistencia en combatirlas, generalmente por no luchar bastante contra sus raíces. Verdad que son frecuentes mis

exámenes, pero no lo bastante radicales, sobre todo en la esperanza de superación. Debo re-examinar mi conciencia muy seria y humildemente. Dispongo de no pocos exámenes llevados a término durante años, y detalladamente escritos. No veo dificultad en reservar un día, próximo, para este hondo y moroso análisis. Mis maneras un tanto despreocupadas, barulleras, deben ser sometidas a un cierto orden, por lo menos en algunos aspectos...

Pues resulta inadmisibile, esta persistencia o reaparición de pecados particulares en el curso de mi vida. He de implorar constantemente luz divina, para que sean iluminadas y sanadas las tinieblas de mi propio corazón.

Hay defectos cuyas manifestaciones observo desde hace años, acaso desde mi niñez, y todavía no han sido desarraigados, porque no han sido seriamente combatidos. Pongamos las «protestas» en las circunstancias y sucesos cotidianos. No soy, comparativamente con los demás, ni protestón, ni exigente, ni amargo; pero no dejo de protestar a veces, no muchas, las más interiormente, algunas también hacia fuera. Sin violencia, sin amargura; pero con alguna herida de quien recibe la protesta.

Y es que no me ocupo en eliminar las causas de tales reacciones, probablemente por su misma rareza y debilidad. He alcanzado un cierto grado de conformidad, más alto de lo corriente, y parece que en realidad me atengo a eso, y no calo la gravedad de las reacciones. Lo mismo diría de mi afectividad, en favor o en contra de las personas. En el trato con los gitanos, para alabarme o para censurarme, los que algo saben, piensan que obro con mucha paciencia. Y no es verdad, en medio del trato brotan, no raramente, las iracundias egoístas, pecaminosas...

Voy pactando secretamente con mis defectos, y así jamás saldré de la vergonzosa esclavitud, que impide el servicio de la caridad. Bueno, es el tema de los apegos y de la «manera de ser temperamental». Y estas debilidades y fragilidades, frutan en multitud de operaciones carnales, en muchas ocasiones inadvertidas, que causan la ineficacia relativa de mi quehacer pastoral.

Como he meditado tantas veces, ¡qué mutaciones no habría en torno mío, en mi Iglesia, si esta vigorosa actividad mía fuera espiritual! Vigorosa y punto menos que continua. Pues verdaderamente, en cuanto a tiempo, no creo que haya mucha gente que dedique más horas a los quehaceres de su oficio, de las que yo empleo en mis ocupaciones ministeriales.

## **Día 10 de junio. Domingo de la Stma. Trinidad**

Oración de 4,45 a 6,45. 1/4 h. previo de lectura con la Lumen Gentium.

La gracia, fuera de toda medida, de la intimidad con las Personas divinas; la gracia de vivirla en el ejercicio incesante de comunicarla al resto de la Iglesia, a miles de personas humanas, a la Iglesia misma.

La Iglesia santa, una, católica, apostólica, es la Iglesia de la Trinidad, que se manifiesta como «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo».

La vida de cada uno consiste en disfrutar, en gozar de esta presencia de las tres Personas, tal como se me muestran. No puedo negar que se me haya concedido esta gracia; pero el ofrecimiento supera desmesuradamente el don recibido, por causa de mis recusaciones. El curso de mi vivir futuro deberá señalarse por la energía con que quiera usar de esta potestad continuamente ofrecida. Pienso que tal energía contiene tres direcciones:

a) meditación y prácticas más reiteradas, más intensas, de la realidad de esta presencia ofertada. La meditación incluye las lecturas pertinentes. El deseo, acaso sobre todo, de crecer en la expresa intimidad trinitaria. Y de que crezca la Iglesia. El ejercicio de este punto de vista, intelectual y aplicado a las realizaciones prácticas. El dolor, asombro y espanto ante el espectáculo permanente, ininterrumpido, creciente, de la indiferencia de la inmensa mayoría, ante esta donación estupefaciente. Y la predicación de la promesa, la aceptación y rechazamiento del amor divino en la tierra... con sus secuelas eternas en la condición evieterna.

b) La contrición, reiterada expresamente, de cuanto me ha impedido vivir con más vehemencia y gozo tal estilo vital, durante tantos años de mi vida, y de las resultas de mi debilidad e indiferencia. La gravedad del pecado mirado expresamente en su elemento constitutivo, que es exactamente tal rechazo.

c) El esmero en ejercitar las virtudes y combatir mis vicios con mucha más vehemencia y más sentido práctico. Notar la realidad: los puntos en que he puesto verdadero empeño, son puntos de crecimiento y origen de mi estado actual en lo plausible, tanto considerado en mí, como en la fecundidad pastoral. V.gr.: La fidelidad notable a la oración y al estudio... Si hubiese puesto hasta ahora idéntico empeño, en tales o tales prácticas singulares, -pero desde estos puntos de vista como motivos- habría avanzado indeciblemente en estatura y fuerza espiritual. Aplicación de la «teoría» general: mi temperamento es una indicación de los modos de Dios en mi santificación; pero la indicación incluye la corrección de mis maneras

temperamentales, hasta constituir ese carácter estricta y puramente católico, que me corresponde en el plan del amor trinitario...

Muchas veces he visto, y no creo sin provecho, aspectos de esta gracia expresada; no poco lo he intentado practicar, y no creo que sin provecho; pero igualmente he de decir que muchas veces, incluso en temporadas más o menos largas, he prescindido, y no pienso que sin daño, de la advertencia a la promesa de intimidad...

Si hubiese puesto tanta energía en estas realizaciones radicales, como he puesto en tantas otras tareas, sobrenaturales o naturales, sin duda, a estas fechas mi vida sería incomparablemente más robusta y fecundizante.

La indiferencia aterradora que produce la costumbre; esta naturalidad con que observamos lo más antinatural: la repulsa del amor divino. Y toda costumbre mala, moralmente, espiritualmente mala, fruto de actos malos, es notoriamente vicio. Ya lo he apuntado en otras ocasiones, probablemente en muchas: el pecado consiste en esta recusación de la gracia -del amor graciosamente ofrecido- y sin embargo de la certeza de este enunciado, los hombres «buenos» siguen ternes en asustarse mucho más de las trasgresiones de tal o cual mandamiento vigente, sobre tal o tal materia, que del rechazo de la intimidad divina...

Me ocurre la idea -no nueva- de la urgencia de persuadir a los sacerdotes todos, del carácter ministerial radical de las prácticas espirituales y del estudio.

Pienso que prácticamente y para lo inmediatamente próximo, podría determinar mi atención en estos pocos puntos:

- 1.- Más lectura espiritual de tema contemplativo, trinitario.
- 2.- Más esmero en el final de mis actos religiosos: v.gr. el ángelus.
- 3.- Volver a contar el número de cigarrillos por fumar en el día, y atenerme a él.
- 4.- Apuntar las citas en la agenda y cuidar de mirarla.
- 5.- Rectificar cualquier protesta, aunque sólo sea interior y de primer movimiento.

Observo que estas protestas suelen darse, no más, en situaciones de conflicto percibido como tal. V.gr.: las charlas con gitanos, que piden lo que pienso, muy razonablemente, que debería serles dado (o a veces debería dárseles la atención de discernir lo que realmente les conviene) y hay que negarlo, por la enorme falta de caridad del conjunto de la sociedad católica toledana... Como la madre que se desesperase porque no tiene alimento para sus hijos. Es bueno, pero debe brotar moderado, sin enojo, que o recaer sobre ellos, o me «molesta».



## Día 11 de junio

Oración de 4 a 6. 1/4 h. de lectura previa, con los escritos de la Madre Trinidad.

Vuelve a sorprenderme esta maldad mía; esta saturación de desorden, vigor de egoísmo, tras más de 50 años de vida consciente. Y tantas horas dedicadas, al menos teóricamente, a la oración. Y a la oración litúrgica. Muy explicable, si tengo en cuenta la historia de mis pecados; pero ¿cómo he podido pecar tanto, como he entretreído tanta malicia, tanta perversidad, con tantas obras buenas, con tanto tiempo consagrado a Dios mismo? Y al cabo de tales años esta visión de mí mismo, en lo patente, en lo ciertamente constatable, como pecador «en ejercicio», con tantas tendencias desbocadas, tan inmortificado, tan indevoto, tan insensible al bien divino, y al mal humano en todas sus manifestaciones...

Y una ojeada a mis años antiguos, y a mis últimas temporadas, me advierte del imperfectísimo empleo de las maneras que Dios me ofrece para santificarme... Pero ¿cómo puedo usarlas tan mal?

Y luego advierto las mismas deficiencias en las gentes que trato... Y todo es invitación a la pura esperanza.

Pienso que la empresa de Cristo en la tierra, en su vida mortal, y aun en sus apariciones de resucitado, fue solamente, explícitamente fundar la Iglesia. Y que ésa debe ser la empresa de cada uno de sus miembros. Y que, en nuestros tiempos, tras el Concilio, esto ha de reproducirse en cada uno de nosotros. Y que así debemos proponerlo a cada uno, pues la vida de la Iglesia, su realidad, como «una, santa, católica, apostólica» es artículo de la fe católica. Y que por eso Dios no se manifiesta como Padre, ni Cristo como Hijo encarnado... sino en la Iglesia, y en tal Iglesia.

Reanudar el examen escrito diario, según los puntos marcados ayer.

En varias horas dedicadas a la tarea, releí más de 200 págs. de la biografía de Talleyrand. Y tal lectura me da razón de la decadencia de la Iglesia en Europa. Inteligencia progresiva del misterio, que proyecto acrecentar y robustecer con la lectura de la obra de Lortz, que iniciaré hoy mismo.

Pienso que no debo de andar muy persuadido de la gravedad radical de mis desórdenes, cuando pongo tan poca energía en corregirlos. Si dedico esta semana siquiera a tal faena, acaso lograra una experiencia fructuosa.

Voy robusteciendo el designio del retiro de unos días -siquiera 6 ó 7- a finales de junio o primeros de julio. Dar inmediatamente los primeros pasos, que lo hagan factible, enterándome de posibles proyectos del seminario. Y puedo aclarármelos hoy mismo.

Alguna vez me he insistido en la atención cuando concelebro; creo que he de repetírmelo frecuentemente, y aplicarlo, acaso sobre todo, a la escucha de las homilías. No tengo postura positivamente mala -desprecio, tendencia de juzgar al predicador, o cosa semejante-; pero sí tengo sueño, y no es raro que pierda buena parte del fruto posible por esa falta de atención. Como cuando predico yo mismo, las predicaciones de mis «dirigidos» son palabra de Dios, para mí; palabra de Dios con su fecundidad infinita.

¡Si aprovechara, tranquila pero atentamente, cada una de las gracias del día! ¡Si atendiera a la mortificación sólo un poco más! ¡Qué mudanzas, qué crecimiento en mi personalidad de santo, y por contera, en mi fecundidad pastoral!

Muy verosímilmente, la fisura más grave en la Iglesia sea la debilidad, aun actual, de la fe, en la vocación universal a la santidad. Afirmación que contiene materias muy varias, particulares, y como fundamento la debilidad de fe y del conocimiento del Amor que Dios nos tiene... Me parece que son muy pocas, las personas que creen que estamos todos llamados a ser santos, y muchas menos las que dediquen un rato, de cuando en cuando siquiera, a pensar en las realizaciones de tal llamada.

Me recuerdan muchos a esos críticos feroces, minuciosos y turbios de juicio, que ponen reparos al Quijote, por ciertos, reales, defectos de locución.

Hay vidas, entre las personas que conozco, que transcurren de modo admirable, pero cuya expresión hacia fuera corre enturbiada por los defectos de sus modos temperamentales. No pretendo que estén en la cima de la santidad; pero sí que se mueven en alturas a veces sublimes. Mas la miopía nuestra, y ciertos fenómenos de visión que se producen, tal vez irremediabilmente, en este mundo, impiden, o al menos dificultan, calibrar la magnificencia de sus vidas.

(...)

Lo raro no es que el Cardenal Manning fuera un hombre soberbio; lo raro es que un hombre soberbio sea el Card. Manning... Y así podemos decir de no pocas personas. Si tuviéramos tal punto de vista, muchas colaboraciones se facilitarían de modo sorprendente. Y ante todo la colaboración consigo mismo, entre los diversos niveles y zonas de cada personalidad individual.

## **Día 12 de junio**

Oración de 6 a 8,30. 1/2 hora previa de lectura, con «Moralia». Advierto sobre todo la debilidad de mi fervor, dañosamente disimulado por

el contraste con el ambiente; y muy nocivo para mi quehacer pastoral. Que no culmina el fervor que no tengo, ni señala las sendas del fervor genuino.

Disimulado por mi entusiasmo, real, por las empresas divinas. Mas las realizaciones singulares, por una parte, son muy chapuceras, porque naturalmente soy frangollero. Lo cual, después de todo, ha de tenerse en cuenta. Según voy recorriendo la serie de mis «prácticas», escudriñando el modo de ejecución, observo que resalta esa chapucería tanto en las preparaciones, como en la factura misma, como en la atención a los frutos presumibles. Tomemos el rezo del Oficio: perseverancia, exactitud en la hora; aprecio muy notable; recomendaciones sinceras; preparaciones rectas, en cuanto que los quehaceres de la jornada no contradicen el espíritu del rezo, y en no pocas ocasiones responden a él. En casi todas las ocasiones, puedo decir, a Dios gracias. Abundancia de lecturas y estudios dispositivos: exégesis, temas litúrgicos...

Pero la consideración siquiera ocasional, de la maravilla de poder y aun deber rezar; la preparación inmediata, actualizando el valor excelso de la tarea; la conciencia de su eficacia; su magnificencia como motivo para las ocupaciones en realidad consecuentes... todo eso apenas puede otearse en mis horizontes. Y así todo: confesiones, misas, lecturas espirituales, exámenes, oración mental -esto quizás lo menos mal hecho- recogimiento...

No cabe duda: cierto nivel espiritual se debe a que efectúo todo ello con actitud de interés, y aun hasta cierto punto de ardor... Pero si refinase la calidad de tal actitud con un poco más de atención, de esmero... ¡Qué frutos en mi vida!

No debo olvidar, desde luego, que mi chapucería en las obras no significa desprecio, o desestima de la tarea; así llevo a cabo todo, de manera que cualquiera de mis operaciones tiene ese perfil de frangollero; pero eso mismo indica la enorme fecundidad de unas obras de importancia extraordinaria, fontales, respecto de las demás, practicadas por mí de modo extraordinario...

Por otra parte, viene a ocurrir lo mismo en lo tocante a la pura «contemplación» de las magnificencias divinas, de Cristo, de la Iglesia. Y parejamente encuentro causas en mi naturaleza, mi estilo singular. Y tampoco en ello debo permitir que prosiga vigente como determinante, mi puro modo natural de ser...

No dejar de mano estas consideraciones. Sin apuro, pero con diligencia, repasarlas muchas veces, hasta alcanzar niveles mucho más levantados y, consiguientemente, mucho más fructuosos.

Nada nuevo para mí, pero he de repetírmelo muchas veces. La Iglesia de la Trinidad se conoce ante todo contemplando a la Trinidad misma. En Cristo.

Pienso que el oficio será más fructuoso con tres menudas adiciones, en línea con proyectos muy antiguos:

1.- Brevísima preparación, actualizando algunas ideas.

2.- Observancia de algunas normas del rezo en comunidad: generalmente en pie la introducción, el himno -sentado los salmos- en pie el benedictus y las preces.

3.- Atender a alguna frase que dirija los proyectos del día, aplicados a la agenda.

Poner más interés en rezar en la capilla, como suelo hacerlo con pocas excepciones...

La agenda, que debo construir junto con el examen, debe tener este tono explícito de cumplimiento de la voluntad, del gusto del Padre. El programa hipotético de cada jornada, no puede ser otra cosa, que el discernimiento de los signos de la operación probable del Espíritu Santo.

Leyendo el oficio, la carta de S. Ignacio a la comunidad de Roma: el enorme fervor... La lectura, como palabra divina, tiende a infundirme ese mismo fervor de la caridad, aunque en grado todavía menos violento, y para los trabajos encomendados.

Notar el argumento, para la doctrina sobre la actitud humana ante la muerte. Y, ocasionalmente, confirmarme en la debilidad de mi influencia en el seminario. Y la imprudencia gubernativa de los superiores en general... Y basada en esa prepotencia, tan antipática, y con ese corte clerical, de tan mal gusto... Es una de las primeras barreras a la vida de santidad que hay que cargarse. Como hizo nuestro Señor en su tiempo, y con las actitudes análogas de los miembros del Pueblo de Dios de entonces.

Terminando el rato de oración he rezado tercia. Cuando me detengo a pensar experimento reflejamente, la acción confortadora del Espíritu Santo. Pues me resulta impensable el género de vida que llevo, sin tal intervención divina. Y me estimo juez competente del asunto, dadas las innumerables lecturas biográficas que llevo meditativamente leídas, a lo largo de muchos años. Y con todo, he de contemplar mucho más esta actividad del Espíritu, deseársela, pedirla, contar mucho más con ella; confiar mucho más en ella. En todos los campos de mi acción: desde el negocio de las «limosnas» materiales, hasta el negocio fontal de la renovación de nuestra Iglesia. Esperanza: Dios quiere y puede realizar tal renovación. Y esta ansia de que se cumpla no puede provenir de mi egoísmo, ni de razón meramente humana alguna. Luego mana de El, luego me la comunica para que colabore en la magnífica obra todavía por hacer...

## Día 13 de junio

Oración de 5,30 a 7,15. 20 m. de lectura previa con «Moralia». Esta tarde, en torno a la Misa, que celebraré solo, añadiré los rosarios, la lectura y algunos momentos más de oración. Y esta noche inauguraré el retiro del Corpus.

La indignación frente a la situación del mundo, y sobre todo de la Iglesia en el mundo. Depurar y fortalecer incansablemente, en inacabable faena, los juicios, afectos, emociones, dichos y prácticas, con que ejercito y construyo mi propia personalidad en santificación. Más y más, con más frecuencia, con más vigor, con más hondura y extensión, caigo en la cuenta de la dificultad de «formar» personas. Ignoro si un día podré escribir, a mi vez, un «discurso del método»; pero en todo caso he de poner de mi parte cuanto esfuerzo requiera la tarea, para que surjan personas valiosas, rectamente, bellamente conformadas... Pues tales son quienes influyen en la sociedad que nos circunda. Verdad ya anotada muchas veces, notada muchas más: los ambientes influyen desmesuradamente en las personas; pero las personas -algunas, quienes poseen ciertas cualidades adecuadas a la empresa- construyen los ambientes. Se trata de que se alcen en derredor personas de tal factura. Y por eso la predicación se asemeja a la siembra, que el sembrador ejecuta sobre tierra y con granos de feracidad y fecundidad ignota para él. Mas ha de saber, eso sí, el cómo y el momento de la faena; y ha de gozar de brazo enérgico y certero para lanzar la semilla. Y en eso estamos, en suscitar sembradores... Y supongo que pueda llegarse más allá: se precisan expertos para reconocer previamente el buen grano, y despartirlo del malo descartado.

La caridad, que se ejerce en prudencia, induce a buscar los objetivos apropiados al trabajo. Siempre como acción prudente, jamás en lo moral, como cierta, pues siempre queda la sombra espesa e infrangible del misterio, de la misteriosa acción de Cristo, del imprevisible soplo del Espíritu. Que, por otra parte, nos evita siempre la frustración del fracasado...

Ahora, el blanco cierto en nuestra empresa es el crecimiento y la depuración de los hombres de la Iglesia, de su visible constitución en desarrollo. Es la selección de presbíteros, y también y sobre todo, como posibles futuros obispos, el campo principal de nuestra labor. Notoria y descaradamente principal. Y a costa de lo que sea, cargádonos lo que sea.

En otras ocasiones lo he recordado: S. Francisco Javier sentía ganas de volver a París, a la universidad, a dar voces proclamando la urgencia y el valor de los quehaceres misionales. Como por otra parte, S. Juan de la Cruz, clama en sus escritos, contra la pérdida de tiempo -¡que es pérdida de eternidad!- en niñerías... Yo no tengo que volver a parte alguna. Sino clamar

sin cansarme, sin parar, contra la corrupción en la Iglesia. Contra los pecados de todos nosotros -lo hacemos día tras día en la liturgia-; solamente hay que mostrar paladinamente la malicia y fealdad del pecado; la bondad hermosísima de la divina caridad con sus virtudes...

La Iglesia, movida por el Espíritu, quiero decir la Iglesia en cuanto claramente discernible, vaya, la palabra de los Papas, ha ido eliminando leyes externas, y recalcando exhortaciones a lo interior, individualmente, personalmente, vivido. Ahora, la eliminación de leyes, no ha ido acompañada por el testimonio que había de sustituirlas con ventaja. Y el resultado ha sido empeoramiento. Al menos -así lo espero- temporal.

Un movimiento humano, irremediamente mixto de bueno y malo, se produce. La Iglesia retira una ley y promueve un testimonio; pero la mayoría de los llamados al testimonio aceptan la supresión de la ley, recusan la acción testimonial. Las malicias del movimiento se incrementan; la buena cualidad se corrompe, y el mundo y las gentes de la Iglesia se pervierten un tanto más. Y así hemos ido, desde hace siglos, avanzando, con rapidez progresiva, hasta la nauseabunda corrupción actual. (Ejemplo de la riqueza, de los bienes de todas clases: intelectuales, estéticos, espaciales, económicos, corporales...)

Ignoro quién dijo un día: con diez sacerdotes como el Cura de Ars se hubiera convertido Francia. Error notorio: hubiese habido muchas más conversiones individuales; acaso algunas fundaciones más; pocas perseverancias... No es «un» sacerdote santo quien convierte la sociedad; es la Iglesia. Y el Cura de Ars, aun en su conciencia, vivía y operaba solitario. En lo visible -y lo visible forma parte del testimonio- el Cura de Ars era testigo para pocos, y testigo ambiguo, pues su estilo de santidad resultaba, para la mayoría, imposible de imitar. A mí, que me he criado en el seno visible de la Iglesia visible, el testimonio del Cura de Ars, me viene confortando desde hace muchos años -digamos desde mis 17, en que por vez primera leí su vida-; para quienes no han vivido en el «seno» de la Iglesia, no puede, salvo operación extraordinaria, producir otra cosa que admiración... o sorpresa, más bien ligada a la repulsa.

La vista, y los oídos, se forman solamente en el seno materno. Y quien no tiene ojos no puede ver, sin milagro que le dé vista. Y así vivimos, o malvivimos, o nos desvivimos.

En el fondo, y eso esclarece muchas dificultades, ya que la fe es la raíz y el principio de la santificación, no creemos en la Iglesia, por lo menos con fe viva, y en la Iglesia real, tal como es.

Es necesario, pues, y acuciante, la empresa de anunciarla; pero tal como es, no puede ser predicada, sino anunciando los misterios de la

Trinidad y la Encarnación, y la vida eterna... En suma -verdad de Perogrullo-: ¡hay que predicar el Credo!

Segunda lectura del oficio de S. Antonio: un fragmentillo de uno de sus sermones. Declaración inequívoca de la inutilidad de la predicación meramente oral... Pero seguimos «viviendo» como si hubiese utilidad en ella...

La memoria de S. Antonio de Padua: y pienso en la fuerza de su intercesión; en su eficacia. Y por lo mismo en el fruto que podemos obtener de la celebración de hoy. Y pienso en tantas personas ya totalmente celestiales, a quienes he tratado en la tierra; que me han ayudado de alguna manera, a quienes en alguna manera he ayudado, de modo que saben -saborean gozosamente- la pretérita fructuosísima ayuda. Y cuento con ellos para nuestras, todavía gravosas, ocupaciones en la Iglesia terrena.

Y son legión: papá, mamá, Antonio, Basí, Aparici, tía Antonia, Padre Nieto, Paula María... Algunos de los cuales no hace mucho, de diversas maneras, han trabajado para el crecimiento de nuestra Iglesia Diocesana y de la Iglesia en general. Y en lo referente al presbiterio, por ejemplo: papá, Aparici, el P. Nieto, Paula María... Si fuésemos más sensatos y contásemos con las colaboraciones más valiosas, las tendríamos.

D. Anastasio, D. Elías... Debería redactarme una letanía de estas personas, algo muy poco costoso... Y Gamazo, y la hermana Angeles...

Y luego los que andan por aquí sueltos todavía -y mejor: ligados, atados todavía, desde luego por las cadenas corporales, y a quienes hace años intento socorrer: X, X y X... y tantos... y evidentemente los centenares de personas que Dios ha entregado a mi influjo...

Tremendo pensamiento: un poco más de atención a estas realidades placenteras, produciría ubérrimas cosechas pastorales... Pero andamos tan trascordados... Y pasamos por el tiempo estériles, cavilosos, angustiados y, en suma, solitarios en nuestro sentir.

Sin duda: el estilo de vida del presbítero debe contar con la holgura requerida, para nutrir esta especie de pensamientos y sentires... Pero, ya lo he dicho, andamos tan trascordados. Empezando, ¡Dios mío! por sus excelencias los Obispos. Que son también excelentes en el arte de trascordarse y de confundir a las gentes de sus entornos... y aun bastante alejados... No sería malo un folleto: sobre el arte de trascordar...

## **Día 14 de junio. Solemnidad del Corpus Christi** **Día de RETIRO ESPIRITUAL**

Comienzo el retiro a las 4,30, con media hora escasa de lectura de la biografía del Cura de Ars, de Trochu, tantas veces leída.

No tengo plan alguno, entro con esta conciencia y sensación de indigencia y de apremio, sin más. Contemplo este día como jornada de gracias especiales, rematando el tiempo litúrgico inmediatamente pasado, y las fiestas de la Stma. Trinidad y de hoy.

Pienso en el valor de virtudes como la perseverancia, la constancia. Algunos, como el mismo Cura de Ars, en el ejercicio ininterrumpido de las virtudes; yo en esta actitud fundamental, casi sin parar quebrada por el pecado, de una u otra manera; pero, por la gracia, reiterada incesantemente, restablecida y fortalecida e iluminada paulatinamente, de modo que hoy pueda decir que veo y actúo más que nunca.

Siento, muy intensa y claramente, la realidad de la miseria de mi personalidad. Y vislumbro, pienso que solamente eso, la responsabilidad que pesa sobre mis hombros. No soy ciego y constato el fruto en torno mío, pero, como siempre, eso mismo acicatea mis sentimientos de contrición y esperanza. Pues ¡qué pasaría si hubiese respondido con fidelidad exacta a los influjos graciosos de Cristo!

No dudo siquiera de que la historia de las gracias ofrecidas, si he de juzgar por los signos de las gracias externas, es sobremanera singular. Desde el ambiente de familia de la infancia, hasta las lecturas que, como por casualidad, me va poniendo Dios en mis caminos, y no pocas de las personas que me salen al paso, constituyen un lugar de luz y de vigor, que no hallo ni en la historia de la mayoría de los santos que conozco. El tiempo mismo de la Iglesia que me ha sido regalado. En derrumbe innegable, en amplísimas zonas, los fundamentos, perfectamente patentes para mí, jamás han estado, ni se han mostrado tan robustos, tan bellos y tan fecundos como en estos años.

(Diario)



## LA VERDADERA REFORMA DE LA IGLESIA (meditación sobre un libro de Congar)

**Día 30 de julio 1990.**

Oración de 7,30 a 9,30. Misa a las 9,45 en la residencia de ancianos. Anoche no dormía, y leí largamente del libro de Congar -llevo hecha toda la lectura espiritual-.

En la agenda de hoy, integrar la copia de lecturas sobre la misericordia; lecturas del oficio, pero también buscar la frase de Herrera... acerca del tema, como preocupación suya, respecto de lo futuro de la Iglesia española.

En los temas de Congar encuentro abundantísima materia para mis exámenes, aunque ya de primeras puedo avanzar tranquilo, pues sin duda mis disposiciones son radicalmente buenas. Claro, que han de ser perfeccionadas, y ha de acelerarse el proceso de purificación, pues sólo proporcionalmente a mi pureza de corazón, puedo laborar en los desarrollos de la Iglesia, con su aspecto insoslayable de transformación, de reforma... Es notorio, que una operación tan delicada exige limpieza absoluta de manos, para la enorme intervención. Expresiva y sugestiva la frase de Maritain: «si en vez de estar en el corazón, la pureza se sube a la cabeza, produce sectarios y herejes». Por otra parte, lo primero que lleva consigo la misericordia es el deseo, relativamente eficaz al menos, de compartir la pobreza -¡la miseria!- de los pobres. Cristo en su condición terrena, tuvo que trabajar muy duramente, vivir muy duramente, en su vida oculta. Mis reflexiones sobre la incomodidad en la ermita de Puente, y en los recuerdos de Totanés. Y ahora mismo en los problemas frente a la situación de X... Y en el efecto que nos causa el desentendimiento de tales problemas, por parte de... casi todos. Y Cristo, más tarde, en la vida pública, vivió de limosnas.

No debo temer suprimir algunas entrevistas, para disponer un cuadernillo sumamente expresivo de la urgencia y la necesidad de la caridad de las gentes de la Iglesia. Puede ser muy breve, por el momento...

Precisamos de una conversión en esta materia. Mudanza de mentalidad. Ha de valorarse, incomparablemente más, la caridad y bastante menos la justicia, la virtud humana de la justicia. Que se valora, en cuanto cada uno se siente a sus anchas reclamando lo que se le debe, y se siente angustiado si recibe alguna muestra de misericordia... La comunicación de bienes incluye, desde luego, los bienes materiales -dinero...- los bienes humanos de enseñanza, instrucción... salud; pero incluye, en primer término, los bienes espirituales: evangelización, doctrina, testimonio... y cruz. Y en la cruz, se cuenta el hambre, el frío, la incomodidad de ambiente, de viajes, etc.

Todo lo contrario del juicio común de los cristianos de hoy. Que tienden - como siempre, supongo- al fariseísmo, y piensan que Dios les debe los dones que les otorga... Aunque ambos aspectos se influyan mutuamente, es imposible que mientras la persona no se experimente objeto de la misericordia divina, de la pura misericordia divina, pueda experimentarse misericordiosa, y ver la misericordia como aspecto de la justicia cristiana: que la justifica a ella; que es insustituible para justificar a los demás, a la sociedad. Justificarlas, quiero decir, como realmente significa el término, que las hace justas, santas...

Cuando nuestra palabra brote de nuestra personalidad misericordiosa, entonces es fructuosa...

Desde luego, mi pensamiento, que no me suscita duda alguna, contiene una mudanza completa, sorprendente para casi todos, de la mentalidad de las gentes -de casi todos-; cambio de muchísimas valoraciones. No insisto en ello, porque tengo anotaciones suficientemente expresivas respecto del tema... La valoración del «trabajo» cotejada con la valoración de la «familia», de la empresa de educar muchos hijos... o del culto a Dios... o del apostolado expreso...

El oficio de Pastor: magnitud incomprensible, adorable no más...

Obligación y magnificencia de la súplica por los Pastores, ante todo por el Papa y los Obispos. Nuestra intención, nuestra empresa, es primordialmente ésta: alcanzar de Dios un episcopado a la altura de su menester. Nada nuevo, pues la oración litúrgica insiste en ello sin interrupción de tiempo. Continuamente se están elevando a Dios preces por ellos: que sean iluminados, fortalecidos. Pero toda oración brota y conforta una actitud, que tiene después todas las manifestaciones posibles.

Mi entusiasmo que no cesa, que no se interrumpe jamás, minuto por minuto, me enardece gozosamente. Como ya he apuntado en ocasiones, este deseo, absolutamente desinteresado -nada egoísta puede influir, ningún adelanto natural puedo aguardar- no puede ser estéril, puesto que es ingrediente notorio de la esperanza cristiana. Mis dudas, vehementes a veces, sólo pueden referirse a las maneras particulares de ejercitar la esperanza hacia fuera. (Predicación clamorosa, pública, en grupos minúsculos, en charlas individuales, dirigiéndome por carta, o en entrevista, a los superiores, etc). Desde luego, he de cumplir lo ya visto y proyectado respecto de la petición por los superiores inmediatos de mi diócesis...

En las condiciones de Congar, para una legítima, verdadera postura «reformista» hallo la exactitud de una afirmación mía: puedo ver más de lo que ven otros corrientemente, porque uno las tres actividades ministeriales en grado notable, incluso en cuanto al tiempo dedicado: oración - estudio y empleo de la palabra, trato con mucha gente, en el nivel individual personal,

en el nivel de grupos, eso sí, por lo general poco numerosos. Lo cual me asegura mejor la sinceridad de sus exposiciones sobre indigencias, bienes y experiencias de todo tipo...

Probablemente hice mal, objetivamente, en acudir, indiscriminadamente, a tantas tandas de ejercicios; sin embargo de ese error objetivo, muy verosímilmente de ahí proceden muchas luces particulares, que me capacitan para entender algo o bastante -más de lo común- los problemas de las personas, e incluso los caminos para solucionarlos. El valor «sacramental» del ministerio pastoral en todos sus aspectos... Y el sacramento, aun en sentido más amplio, es expresión de la fe que se tiene y, por tanto, ejercicio de la misma fe, que se acrecienta al obrar.

### **Día 31 de julio**

Oración de 4,30 a 6,45. 20 mns. previos de lectura con el libro de Congar sobre la Reforma...

Admiración y gratitud, contemplando la historia de la Iglesia. Para un intelectual, como yo, la claridad del pensamiento actual respecto del misterio de la Iglesia, con su contenido sobreabundante de revelación de la Verdad total, es enormemente satisfactorio. No tengo más que cotejar con el estado de los doctores de los siglos XIV-XVI... Gracias a Dios -tomando la expresión en su significado real, y hondísimo y extensísimo- mi actitud es plenamente filial, en relación con la Iglesia como tal, en su misterio y en su naturaleza de Institución, institución del Señor mismo, y fruto, en su perennidad, de la presencia amorosa, activa, incesante, del Espíritu Santo... No sólo no suscita resistencia alguna, sino que provoca gozo, sea consciente o no lo sea, según los momentos, y muchas veces, en muchas horas al día y a la semana, es consciente, hasta reflejamente consciente...

Y es partiendo de ahí, como concibo la empresa de «transformación» de las personas y las «maneras» de la Iglesia actual. No pretendo -porque lo pretendo- sino que se avance en el cumplimiento de lo que la Iglesia quiere, ya expresamente, en las expresiones de la jerarquía -sobre todo del Concilio y de los últimos Papas, y lo que aparece en las exposiciones de los santos- y de algunos teólogos o personas particulares, más o menos agrupadas en diferentes maneras, que parecen mostrar inspiraciones del Espíritu. (Por ejemplo: muchas reclamaciones de hace no muchos años, oídas, leídas en mi juventud, y que han quedado apagadas con el transcurso del tiempo).

No hay que pensar que los pensamientos e intenciones germinales de algunos movimientos han sido cumplidos, han granado, en lo ya acogido, e incluso ya practicado, en el ámbito eclesial general. Así, no pocas

intuiciones del movimiento litúrgico, o bíblico, o teológico. La tendencia a pensar como perdidas, cuantas no han sido incorporadas ya...

Vagancia pura, o con mezcla de soberbia: nos ahorramos la humillación de reconocer nuestra incapacidad para leer y pensar tanto; y el trabajo de intentar leer tantas cosas...

Hemos de practicar, en nosotros mismos, una suerte de psicoanálisis de la Iglesia misma. Si entendemos por alma, no el Espíritu Santo inmediatamente, sino también, la gracia y la acción del Espíritu, en cuanto recibida por la congregación de los fieles.

Bueno, esto voy haciendo, y ya va para un año largo de la fructuosa dedicación al menester.

Desde el otro día, acabados los ejercicios, voy atendiendo más de lo acostumbrado, al examen de conciencia. Pero debo ahondar más, alternando las materias, en las causas y circunstancias y efectos de mis actitudes. Un examen no es, ante todo, para mejorar la operación, sino para mejorar al sujeto que obra. Y eso exige cierto grado de hondura y extensión...

Pensaba hace un rato, según leía: la célebre frase de Ortega: "yo soy yo y mi circunstancia" es verdadera, con tal que se entienda qué significa yo, y qué significa circunstancia. Pues la circunstancia, lo que me rodea, contiene precisamente, como nota esencial, la mutabilidad: lo que me rodea está ahí, en torno a mí, en buena parte precisamente para que yo lo cambie. No puede ser pretexto para justificar las deficiencias del yo rodeado. Frente al ser vivo, el objeto cercano (que puede serlo en proximidad meramente intelectual, intencional) despierta inevitablemente energías. La pura pasividad significa que no ha sido recibido -porque el yo no existe, o porque no existe con bastante vida-. Y esto se aplica de modo muy real -especialmente real- a las circunstancias de la Iglesia, y del católico.

Rezo de «maitines». Salmo 98. -el desprecio de Dios: no ve, no atiende, no se entera, no le importa lo que pienso, digo, hago...- lleva, en proporción, el desprecio hacia el prójimo. Lo fundamenta y se alimenta de su ejercicio. Otra expresión, literalmente muy diversa, de la bienaventuranza de los misericordiosos: la acogida de la misericordia divina -que se derrama sobre nosotros- nos hace misericordiosos. Y bienaventurados...

Lecturas del oficio: me refiero a la primera y a la segunda de hoy, que no «toca» leer, rezando de S. Ignacio, pero que he leído.

Ambas continúan el tema de ayer: la limosna, la distribución de bienes. Mi predicación es todavía insuficiente: porque les «timo» bienes inmensos, felicidad, por no anunciársela debidamente... No procrastinar el proyecto de copiar textos para un folletito... Aunque tenga que velar una noche entera... Se lo debo a la gente; a quienes no rezan el oficio; a quienes

al leerlo de modo disperso, no acaban de captar la desmesurada grandeza de la limosna y del bien que les produce... si la practican...

La otra lectura, del oficio de S. Ignacio, enseña otro aspecto de nuestra conversión progresiva: los bienes que producen lecturas y reflexiones. O lecturas convenientemente meditadas. Ni más ni menos, fue el modo de conversión de S. Ignacio.

Y en mi experiencia, ¡cuántos bienes constato -y cuántos otros, mucho más en número, no puedo constatar!- por ese doble camino de lectura pensada y de limosna. Limosna material y espiritual...

Reflexiones sobre algunos párrafos de Congar. La expresión «aggiornamento» -poner al día-, no me place. Prefiero usar: fidelidad al impulso interior, eclesial, que incluye ciertamente el concepto anterior, pero relevando lo eclesial, lo espiritual, lo constitutivo; pues no se trata de poner al día (al día del movimiento mundano) a la Iglesia; sino de poner al mundo en el tiempo de la Iglesia, transido de eternidad. Y por lo mismo, aparentemente, no coincide, ni satisfará jamás al «mundano», pues éste observa el tiempo fuera de lo eterno, con sus categorías, indigentes de conversión. Cuando nos expresamos así: poner al día, el mundano se siente victorioso; muchas cosas, por contera, no pueden ponerse al día, porque el día anda muy mal. Si proclamamos que hay que poner al día, los tiempos, al ritmo de la Iglesia, en andadura dócil al Espíritu, entonces exponemos la realidad, con su capacidad de convertir al mundo con sus tiempos...

El tiempo psicológico de las personas de la Iglesia, no coincide con el tiempo psicológico del hombre mundano. Y se trata, sin duda, del tiempo psicológico, de los matices que los hombres han conferido al tiempo natural.

### **Día 1 de agosto 1990**

Va a ser un poco agitado... Oración escasa, una hora larga; Misa en la capilla. Rezo del Oficio, desde maitines a tercia.

Pienso en la importancia de purificar e intensificar las relaciones de dirección; las actualizaciones, el esmero en atender a quien esté más necesitado por un aspecto u otro. Más disponibilidad, incluso refleja, a los impulsos del Espíritu Santo. ¡Cuánto tiempo perdido por mediocridad, por reacciones carnales, más o menos de gustos temperamentales, que podrían estar superados con un poco más de atención, de delicadeza de caridad, de «agere contra» bien ejercitada, pacíficamente ejercitada...!

La figura de S. Alfonso, por ejemplo. Insistencia en los puntos de vista, ya mantenidos, conocidos, hasta practicados; pero, en nombre de tales principios mismos, he de llegar mucho más lejos. Hasta donde, sin duda,

Dios quiere levantarme. Por amor a su Iglesia, en primer lugar -a mis ojos- su Iglesia de Toledo.

Las observaciones de los amigos sobre mis predicaciones: tenerlas en cuenta; pero eso no significa tomarlas al pie de la letra para la práctica, pues tampoco ellos tienen la mirada perfecta, ni en pureza ni en agudeza. Todos hemos de ir, humilde, tranquilamente, caminando, adelantando en todo... con errores, con desfallecimientos...

Repetirme a mí mismo -y tomarlo como palabras divinas, pues en verdad lo son- los principios inmediatos de las acciones reales, las que no quedan en mera apariencia, que nos alimentan de viento, que son vanidad. La transcendencia, la eficacia de la intención cristiana. Pues Cristo hace milagros también a distancia.

Por ello, precisamos de muy reiteradas actualizaciones, renovaciones de los móviles y las intenciones expresas. Las actualizaciones carnales están continuamente estimuladas por el ambiente, por nuestra propia carnalidad (temperamento, vicios adquiridos, aun sin pecado). La realidad, aun la humana, la racional, es predominantemente oculta, y no influye en nuestras determinaciones, sino tras de experiencias personales intensas, o reflexiones reiteradas, o iluminaciones, que pueden ya ser súbitas, del Espíritu. Por eso, abiertos siempre a estas últimas, hemos de darnos bien cuenta de que, normalmente, El obra en nosotros impulsándonos, sin que al comienzo seamos sabedores de eso mismo, a pensar, a practicar pensando...

Las diferencias se encuentran recalcadas en el evangelio. De fariseos, publicanos, pecadores, gentiles... Hemos de entenderlas también: de incrédulos, musulmanes, protestantes, donatistas, pelagianos... Por lo común, el cultivo de lo específico perfecciona la especie... y al individuo personal que pertenece a ella.

Nuestra colaboración a la iniciativa divina, es visión específicamente católica; frente a protestantes, por colaboración, frente a pelagianos, por iniciativa suya; y frente a los demás, porque la iniciativa inmediata es también del Verbo Encarnado: de Cristo, con sus colaboraciones eclesiales: María, José, Apóstoles, santos en general.

Mi entusiasmo por el progreso y purificación de la Iglesia toledana, me parece estrictamente sobrenatural; pues, desde luego, yo no sacaré de mis gestiones sino disgustos objetivos. Y no se me van a atribuir para nada los perfeccionamientos esperados. Pero se trata de que tal incitación vaya integrada en mi ansia de santidad personal, de agradar a Jesucristo. La señal de rectitud, de mis intervenciones en las empresas pastorales de la diócesis, es el acrecentamiento de caridad de mi propia personalidad. Hasta ahora - con las seguras excepciones momentáneas, que a la larga redundan de nuevo en santificación- pienso que va siendo así...

Voy a preparar la cartera y a terminar de vestirme, para ir al banco y a Madrid. Llevaré la apología de Newman, para ir haciendo lectura espiritual. Procuraré volver a tiempo, para disponer las lecturas que me copie Geles...

### **Día 10 de septiembre 1990**

Madrugo a las 3, con lectura de la Apología de Newman, que me resulta más y más simpático, y tomo para meditar el «Catolicismo» de De Lubac. La importancia de la Persona en la Comunidad cristiana. «A medida que se opera en él (habla del ser vivo) una diferenciación más profunda de funciones y de órganos, adquiere mayor unidad interna. El ser indiferenciado, el puro homogéneo, es también la mínima expresión posible de lo uno, es polvo anónimo... Allí donde las células se complican, el organismo se concentra, de manera que la mayor individualidad de las partes, resulta en beneficio de la unidad del todo». Compara la vida colectiva de una masa, con la vida comunitaria de un grupo de personas. El trato personal, amoroso, de dos seres suscita, en cada uno de ellos, la exaltación de los valores más altos e irreductibles, más personales cuanto más unificadores. El ejemplo más levantado: las Personas divinas: única naturaleza...

Así el cuerpo místico, imagen de la Trinidad. «¿No tiene necesidad cada uno de "otro"... para despertar a la vida consciente?». Es preciso ser mirado para ser iluminado, y los ojos «portadores de la luz», no son solamente los de la divinidad. Por otra parte, ser persona, es siempre, según el antiguo sentido original, pero interiorizado, tener encargado un papel, es esencialmente entrar en relación con otros para concurrir a un Todo.

El llamamiento a la vida personal es vocación, llamamiento a representar un papel «eterno». Y de ahí la importancia de la historia, de cada uno de los actos, irreplicable, insustituible... Y pienso: de ahí que el perdón requiera la omnipotencia... Y la grandeza de la persona y de sus actos...

Observa que, en los Padres o autores antiguos, «se emplean las mismas expresiones» para definir las relaciones entre la Iglesia como Cuerpo Místico y cada uno de sus miembros, que para indicar las relaciones entre las Personas divinas y la Naturaleza divina. El Espíritu Santo «universaliza e interioriza, personaliza y unifica».

Nota que en la conversión de S. Pablo, él mismo dice: «revelar en mí a su Hijo para que lo predique a los gentiles».

Al revelarse en él, le hace conocerse a sí mismo -le llama- al servicio universal... Y yo noto que la predicación es de la persona en la que Cristo se revela, no en las meras palabras... Nota que, fuera de la revelación cristiana,

se vacila entre la anulación de la persona y la supervivencia individual separada.

Pero aun concebida la unidad, la realización no puede alcanzarse sino en Cristo, que elimina el pecado y abre la naturaleza: dos límites a la unidad soñada. No somos personales, sino en la Persona del Hijo... por la que tenemos acceso a la vida trinitaria.

La catolicidad es de difícil realización, no se accede a ella sino por «la vía estrecha». «Sus condiciones primarias están en el desprendimiento y en la soledad, y el más caritativo de los hombres, el santo, es, ante todo, según la etimología antigua, un separado». Si dejamos manchada en nosotros la imagen de Dios, es que tampoco nos interesan los demás, en su realidad personal de imagen de Dios, buscamos en ellos alguna cualidad abstracta de su persona, y satisfactoria para nosotros... Y la actividad que brota de ahí, no puede ser fecunda en lo personal. Importancia de atender lo diminuto, pero con intención universal. La comunión personal se opera por actos personales, los más incommunicables, la comunión real se hace por lo que no se comunica... Sto. Tomás encuentra legítimo que viva de limosna, quien se dedica a la contemplación.

Ruysbrokio llama vida común a la contemplativa, y S. Juan de la Cruz, según Eliseo de los Mártires, dice que las cosas del Padre en que hay que ocuparse, es «la redención del mundo... y que es verdad evidente, que la compasión para con el prójimo crece tanto más, cuanto se junta el alma a Dios por amor». «La comunidad lleva al místico, pero a su vez es llevada por él». Hermosas citas de Claudel...

(...)

### **Día 11 de septiembre**

Anoto ya a las 8,12, pero llevo rezando, estudiando, o como lo quiera llamar, desde las 4,30 al menos. Voy a confesar y oír Misa a San Juan. Ayer, en Madrid, notables adquisiciones... Y encargo a Málaga de las tan deseadas poesías de Cabanyes.

Prosigo la lectura meditada sobre la Iglesia. Voy con la eclesiología de Congar: Cristianos desunidos - Santa Iglesia - pueblo mesiánico...

Lo sacramental corresponde a la condición terrena. Lo material es a la vez -la observación es mía- dominio y esclavitud para el hombre: ampliación y limitación... Nos brota la tendencia a usar cosas (incluso no materiales: tiempo) y ello satisface relativamente; pero nos confina, separa, esclaviza... Los mismos objetos buenos en unos aspectos, son malos en otros, y no podemos, mientras perdure la condición terrena, salir de tal ambigüedad. Sólo el éxtasis... Por eso sentimos muchas costumbres, muchos



usos, como imposiciones. Sólo en el estado celeste, la comunicación inmediata, exclusiva, explícita y total de la vida divina eliminará tal ambigüedad. Las cosas estarán empleadas desde nuestro interior, con uso totalmente expresivo de nuestra plenitud. Por ello, la situación que suelo describir de la unión-unidad con Cristo está "in fieri" aquí en este mundo, y en cuanto adelantada es testimonio escatológico... (Cristianos desunidos: p.112: «si las realidades corporales estarán interesadas en ella [en la vida trinitaria participada], será a consecuencia de la participación y no para procurar ésta»).

La diócesis no puede progresar sino como Iglesia una, santa, católica, apostólica; en la medida que anda deficiente cualquiera de estos elementos, el progreso queda interrumpido. El problema consiste en el prudente ejercicio de tales ingredientes, constitutivos de la vida de la Iglesia. Es necesario observarlos continuamente en su funcionamiento. Y ayudar al desapego de cuantas tendencias humanas procuran dificultades, retrasos...

La dispersión de energías, tanto en lo individual, como en la comunidad única, que es la Iglesia, la Iglesia diocesana -necesariamente unida a toda otra Iglesia particular, al menos en la universalidad misma- es fruto del pecado y es, por lo mismo, obstáculo primero del crecimiento. Pues, los dinamismos constitutivos reprimidos engendran, forzosamente, dolores y paralizaciones en la vida personal del sujeto. Y en la quasi-personalidad de la Iglesia.

## **Día 12 de septiembre**

Oración de 4,30 a 7,15. Luego, probablemente, podré oír una Misa. Ánimos renovados. Ignoro, desde luego, la hora de mi muerte, acaso muy cercana; pero los signos no parecen señalar sino años futuros en la condición actual, con toda su lata. Me hallo realmente fuerte, y aun más fuerte que en los años últimos: cesados, hace tiempo, los dolores de espalda, con más capacidad para la vigilia, menos necesidad de café...

Pienso que debo atender algo, a esta salud experimentada, cuidando sobre todo la moderación del tabaco y la observancia estricta del régimen de alimentación. Y, en cuanto sea posible, el ejercicio corporal...

Pues me advierto más poderoso intelectualmente que nunca. Más alerta, más rápido, más intuitivo, más capaz de razonamiento, más raudamente profundo. Y más capaz que nunca de saborear la verdad, y de contemplarla en sus fulguraciones momentáneas y en sus ocultamientos, que inclinan a largas y gustosas caminatas venatorias, venatorios vuelos hacia arriba y hacia abajo...

Y pienso que ello me enciende la propensión a la tarea de santificación, en paso uniformemente acelerado. Las indigencias enormes de la humanidad, y las enormes promesas divinas estimulan mi marcha pachorruda.

La contemplación de la Iglesia, del misterio pasmoso de la Iglesia, va penetrándome y pienso que transformándome, aunque los efectos sean muy excesivamente lentos.

(...)

Siento -y puedo, por supuesto, andar muy errado- toda esta época, como inicio de un tiempo nuevo para mí. Para la edificación, ya declaradamente desde la Iglesia, en ella y para ella, del hombre nuevo. A la vez que, pese a lo anotado arriba, la sensación de salud física, se va desmoronando el hombre viejo: en lo interior y en lo exterior...

(Diario)

## CONVERTIR AL MUNDO ENTERO

**Día 8 de febrero 1990**

Oración de 5 a 7. Relectura de párrafos de Bouyer. El problema que planteo a los demás, y cuyas salpicaduras padezco, es la inclinación vigorosa a tratar de que lo real en sí, vaya realizándose en el transcurso de la vida; de que la realidad sea elevada y sanada, por una labor continua. Si la Iglesia es así, concluyo que ha de lograrse que viva así, y reconocer, acaso ante todo, que cualquier otra manera de pensamiento y operación es falsa, siquiera parcialmente sólo. Y la propensión general del hombre de siempre, es a considerar más el peso de la costumbre, que suele consistir en un pseudohacer humano, que el peso de la realidad por construir.

El deseo de obtener algo visible, apreciable a corto plazo, lleva a olvidar las realidades básicas. Y al final -un final próximo y visible- es el desvanecimiento de todo. Humanamente, la atención desintegrada a ciertos aspectos constatables de la naturaleza humana, induce infaliblemente a destruir las personas humanas, la humana sociedad: armas, prácticas anticonceptivas, abortivas, etc.

Y en la Iglesia, la exagerada estima de los resultados inmediatos, reconocidos, lleva a dividir a la Iglesia misma: grupos de espiritualidad, de profesión, de edad... De manera que es imposible reconocer a la Iglesia. La "primera" que ha dividido la familia ha sido la gente de Iglesia, que ha aceptado presurosamente -uno de los pocos campos de apresuramiento de tales gentes- las divisiones iniciadas. Ante todo: pobres y ricos. En la primera comunidad no había pobres... porque todos se consideraban tales, ya que nadie se estimaba dueño de nada. Pero esto fue desvaneciéndose muy pronto. Parece que, relativamente a la amplitud y a la edad de la Iglesia, pocas personas y pocas veces y en pocos lugares, ha caído el "personal" de la Iglesia en la cuenta, del vigor infinito de tal Madre. Nuestro menester es renovar, por el pensamiento y por la operación, la autenticidad de la Iglesia, su "realidad genuina", tratando de "entender" el misterio de la Iglesia, y de alcanzar su expresión. Faena imposible para nosotros, pues es propia del Espíritu Santo.

Querer que se desarrolle la Iglesia, partiendo de lo objetivo, sin tener en cuenta que tal logro sólo pueden llevarlo a cabo personas idóneas, es un aspecto del derrumbamiento de la Iglesia. La empresa de forjar personas no se alcanza con normas, sino con personas, que sólo parcialmente, y en total levemente, poseen normas directivas en su modo de operación. Y las tales normas no pasan de ser maneras de actuar, que brotan del interior de las personas mismas -en nuestro caso porque son cristianas, eclesiales- y por

tanto fácilmente discernibles por ellas mismas. Y quien no es capaz de reconocerlas como propias, está indicando con eso mismo, que no es la persona capaz de vivir adultamente en la Iglesia visible. ¡Incluso si la persona, individualmente, es una santa! Actuará en la Iglesia a modo invisible; pero no podrá ser admitida a las tareas de la construcción del Cuerpo visible de Cristo. Y sin embargo de esta carencia, o al menos pobreza, de labor visible, contribuirá, y muy fecundamente, a la edificación del Cuerpo visible; pero la contribución será invisible, no en los modos de trabajo constatables por las gentes. Si acaso por algunos que entran en su intimidad. Un paralítico, un loco, un anciano decrepito...

Parece que todos los autores que voy leyendo, en sus obras sobre la Iglesia, y pese a las diferencias de matices, andan concordes en pensar que durante siglos, se ha producido una decadencia en el entendimiento del misterio de la Iglesia. Y ahora nos toca remontar nuestro descenso, levantar lo caído... Tarea que contiene dosis muy fuertes de expiación y de plegaria y de testimonio. Pues ¡hala!; la empresa es bellísima y sobremanera sabrosa. Para las personalidades con vigor y buen gusto...

Insisto en que no puedo confiar en mí: jornadas como las que presenta esta semana sin más, o mejor esta quincena: muchas conversaciones muy variadas: curas de Ceuta, de pueblos, de la capital: superiores del seminario, coadjutores de pueblos, capellanes de cárcel, de universitarios, de jóvenes; seglares casados, solteros, jóvenes, adultos... Y horas de estudio y horas de oración...

Y trato con enfermos y con... menos enfermos; porque sanos - psicológicamente sanos- no encuentro ni con la linterna de Diógenes...

### **Día 10 de febrero**

Día bastante complicado, voy orando a ratos sueltos. He celebrado dos Misas. He leído algunos minutos, pero no puedo contabilizar nada.

Las relecturas de la última parte del libro de Bouyer me ayudan a dejarme situar dentro de la Iglesia, en su seno, de modo más real. Las actitudes frente a ortodoxos, protestantes, judíos, incrédulos... Que pueden complementarse con las observaciones.

### **Día 11 de febrero**

Oración de 6,45 a 7,45. Desequilibrio, desorden, en mi vida interior de estos días. La oración a saltos, porque no despierto a tiempo. Advierto que en cuanto a la limpieza de corazón, si bien soy más fiel, pero aún con algún descuido, a la exactitud en la confesión semanal, ni llevo los

exámenes, ni mantengo todavía la actitud del tercer binario ignaciano; o mejor, que tal actitud se quiebra de vez en cuando.

Y, eso sí, advierto mucho mejor la gravedad de tal postura. Que sólo el limpio de corazón ve a Dios y entiende sus planes: es sabio. Que la sabiduría requiere la pureza... Pero es forzoso practicarla si quiero el progreso. Y noto con mayor agudeza que nunca, la responsabilidad personal, individual, mía en la Iglesia. No puedo desatender la verdad: entre muchos, en la diócesis al menos, parezco el único en percibir, de modo un poco total, la realidad evangélica...

Lo que estaba anotando anoche, cuando me interrumpieron: esta conciencia del valor capital de la apertura a las diversas intuiciones - manifestadas en doctrinas o en maneras de vida- que aportan la ortodoxia oriental, el protestantismo y el judaísmo. La matización de mi actitud frente a las diversas "iglesias" y al judaísmo: apertura a sus enseñanzas, contrición, predicada, en cuanto al pasado de los católicos, inclusión de la aceptación de las operaciones del Espíritu en tales comunidades.

En el aspecto segundo -la apertura- entra la intensificación del estudio. Y también la atención mayor a los curas y a ciertas personas que se me ofrecen como fuelle en los planes divinos. En el aspecto de la pureza entra el esmero en los exámenes de intenciones y la práctica, mucho más cuidada, del agere contra mis impulsos, siempre que no se produzca "tensión". Acaso el tema más importante del examen deba ser precisamente ése. Comenzar hoy mismo...

La actitud en el trato parece haberse suavizado un tanto... no mucho todavía. El cuidado por realizar las visiones... que sólo alcanzan su genuino valor, cuando son intentadas en sus consecuencias.

Debo meditar más y más sobre el sentido de ciertas vidas, que parecen muy especial y superlativamente tocadas por el dolor. [...] en primer término, ya que es la persona más cercana y que me ofrece más posibilidades de ejercicio. La contemplación de estas personalidades inhibidas, casi totalmente, en sus dinamos vitales, incluso en los más humanos, en todo lo tocante a realizaciones hacia fuera...

La conciencia progresiva, y ojalá sea raudamente progresiva, de re-presentación de la Iglesia total, en cada una de mis operaciones personales. Siempre que obro como miembro de la Iglesia, mi acto repercute en la Iglesia con eficacia impensable.

Es cierto que mis puntos de vista, que propenden, por lo general, con notable vigor a las realizaciones prácticas, se desarrollan sin embargo de eso, muy lentamente. Ya he apuntado, no pocas veces, esta característica de mi personalidad: precocidad-perduración-lentitud. Pero debo atenderme a mí mismo, a mis obras, para que la lentitud no se incremente más allá de lo que

es el plan divino. Que sea ingrediente de ese designio, no fruto de mi desidia pecaminosa...

No es necesario que cada persona en la Iglesia tenga la agudeza de vista y la amplitud de visión que me son peculiares; pero sí es necesario, que quienes la poseemos la pongamos, con toda la totalidad personal, al servicio de la Iglesia...

Ahora de 8 a 10,30 de la noche, salvas las interrupciones por las visitas [...], dedico un rato, entre lectura, estudio, oración, a rematar el libro de Bouyer.

Su insistencia en la necesidad de enfocar con realismo la situación de los incrédulos, de quienes no tienen fe, la suposición de posible fe real, que no invalida en absoluto la misión de la Iglesia respecto de ellos, de evangelizarlos, con confusiones con desarrollos humanos...

Me ocurre debo pensar hasta qué punto el mal influye en los "movimientos particulares", sean órdenes, congregaciones, institutos seculares, asociaciones, que prácticamente intentan substituir a la "Iglesia diocesana", y en cierto sentido universal, en su tarea de evangelización. Toda interpretación de la posible sobrenaturalidad de los actos honestos humanos, se manifiesta verídica y justa, cuando nos induce a contemplarla como un inicio de la acción de la gracia -actual reiterada, o incluso, en casos, santificante- que produce esperanza: el que ha iniciado la obra querrá rematarla, y por lo mismo nos impulsa a la evangelización plena. Se aparece, viceversa, como falsa, cuando nos tranquiliza dispensándonos de la empresa misionera, evangelizadora en su sentido total, íntimo, expreso. Y esto respecto de todos.

El fermento que ha de cambiar la masa, no es algo que testimonialmente se ofrezca como movimiento de "gentes de la Iglesia", sino como la comunidad que pueda presentarse como Iglesia misma. Debo estudiar -creo haberlo anotado ya- las distinciones entre sectas e Iglesia. Pues, sin duda, muchos movimientos tienen no pocas características sectarias.

No se trata ni de que ya son Iglesia, sin saberlo, y por lo mismo está de sobra predicarles, ni de que haya que hacerles caer en la cuenta de lo que tienen, sin necesidad de conversión. Sin duda, se podrá decir de no pocos: no están lejos del Reino de los cielos; pero todavía tenemos la misión de procurar integrarlos en la Iglesia en plenitud.

La Iglesia puede -tiene derecho a- tiene obligación de aportar la conversión a la Iglesia misma: a Cristo, que vive en plenitud solamente en Ella.

La comunidad de la Iglesia no puede mantenerse sino comunicándose. Y si no comunica la Iglesia como tal -como comunidad diocesana- no puede crecer ella, aunque haya crecimientos parciales en ella.

"El mundo sufre dolores de parto en espera de ser evangelizado. Pero una Iglesia que deje de ser misionera es una Iglesia que ya está muerta" (pág. 653).

La maternidad de la Iglesia: viene a estudiar la santidad. No puede ser meramente la santidad de Cristo que vive en ella, -eso no sería una Iglesia santa, sino una Iglesia en que está presente Cristo = el Santo-. La santidad le es comunicada ya a la Iglesia misma. La santidad de sus miembros que combaten el pecado. Si no hubiera santos en la tierra, la Iglesia sería solamente la prometida de Cristo, no la esposa, fecunda por tanto, madre de los hijos de Dios. Aquí podríamos aplicar las ideas sobre la fecundidad apostólica de una Sta. Teresa. Participa de la fecundidad del Padre; pero en la medida que tiene hijos adultos. La misión de Cristo se ejerce "en y por lo que hay en ellos de santidad personal, de fe "actual" que actúa "por la caridad". Señala la diferencia en los actos sacramentales; pero en ellos mismos se realiza esto, aunque en niveles diversos, según la teoría ya claramente construida por mí.

Claro que alguna acción de Cristo se ejerce, si hay "intención"; pero la fructuosidad será mínima... como en suma lo prueba la experiencia, y lo explica la razón teológica. Entender bien la frase: sin mí nada podéis hacer...

"Ya en la proclamación de la verdad, por medio de la Iglesia, el hecho de que la comunicación de esta verdad, no sea separable de su asimilación, más o menos penetrante e íntima, por aquellos que son sus agentes, asistidos constantemente para esto por el Espíritu divino, pero susceptibles también de resistir a ella, tiene su contrapartida en una fecundación correlativa, entre el Espíritu de Dios y el Espíritu humano de aquellos que siguen su escuela", "el gobierno pastoral y el testimonio, obrando junta e inseparablemente, comunican por último el amor, al mismo tiempo que lo ejercen" (pág. 659).

Hay otro aspecto importante de la infructuosidad de los sacramentos: "ni la celebración sacramental misma podría tener sentido, ni contenido (puesto que siendo los sacramentos signos que producen lo que significan, nada producirían, si nada significaran) independientemente de la verdad proclamada por medio de los sucesores de los apóstoles, recibida en el corazón de todos los fieles y produciendo sus frutos en toda su vida" (pág. 659).

Que la Iglesia es sacramento de Cristo, significa forzosamente que Cristo vive en ella, pero en las personas que obran... es decir, que tales personas viven la vida de Cristo: nivel real de santidad subjetiva. Otra cosa

no sería ejecución de amor a los hombres... Queda, evidentemente, el misterio de la cooperación libre...

Luego insiste en la realidad de la pertenencia de los ángeles a esta Iglesia santa-Madre.

La acción de los ángeles se asocia a la obra del Espíritu, de manera que no podemos discernir -algo así como en los textos de la Biblia...-. En el plan es primero la Iglesia sin más: humanidad de Cristo-Cuerpo místico de Cristo; pero en tal plan, "cronológicamente", aparecen primero los ángeles, y por ello nuestra operación es cooperación con la suya. Son los primeros adoradores y los primeros mensajeros, enviados... Y si ellos lo tienen también para nosotros; nosotros lo tenemos participando de ellos. Con ellos es Madre la Iglesia, porque es santa, y la santidad es comunicación... La "agape" brota ante todo, en oración de alabanza y de intercesión...

En este sentido, los Obispos son los ángeles de las Iglesias.

Finalmente escribe sobre la relación entre la maternidad de la Virgen y la maternidad de la Iglesia... Bien, pero no me aporta nada especial, salvo una idea muy sobriamente indicada, en que se remite a su obra: Le trône de la Sagesse. 2ª ed. París 1961. pág. 135 ss.

(Diario)



## ÍNDICE

Prólogo	3
«Creo en la Iglesia» (a propósito de «Meditación sobre la Iglesia» del P. De Lubac)	5
El Verbo y la Iglesia	25
El Espíritu Santo y la Iglesia	32
La oración de la Iglesia	44
Maternidad universal	50
Columnas en la Iglesia	59
Santificación de la Iglesia	63
La verdadera reforma de la Iglesia (meditación sobre un libro de Congar)	81
Convertir al mundo entero	91



## **FUNDACIÓN «JOSÉ RIVERA»**

### **CUADERNOS PUBLICADOS:**

- N. 1: «José Rivera. IN MEMORIAM»
- N. 2: «José Rivera. TESTIMONIOS I» (Agotado).
- N. 3: «La Teología». 2ª Ed.
- N. 4: «El Espíritu Santo». 4ª Ed.
- N. 5: «La Eucaristía». 2ª Ed.
- N. 6: «La Caridad». 3ª Ed. (Con textos añadidos)
- N. 7: «Meditaciones sobre Ezequiel».
- N. 8: «El Adviento» (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: «Meditaciones sobre Jeremías».
- N. 10: «La Cuaresma». 3ª Ed.
- N. 11: «Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles». 2ª Ed.
- N. 12: «CARTAS I». 2ª Ed.
- N. 13: «Semana Santa». 2ª Ed.
- N. 14: «Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos». 2ª Ed.
- N. 15: «La vida seglar». 2ª Ed.
- N. 16: «La mediocridad». 2ª Ed.
- N. 17: «CARTAS II». 2ª Ed.
- N. 18: «Adviento – Navidad». 2ª Ed.
- N. 19: «Jesucristo». 2ª Ed.
- N. 20: «POEMAS».
- N. 21: Cuaderno de Apertura del Proceso Diocesano
- N. 22: Cuaderno de Clausura del Proceso Diocesano
- N. 23: TEXTOS PROFÉTICOS.
- N. 24: TEXTOS PROFÉTICOS II
- N. 25: Cuaderno Cincuenta Aniversario de la Ordenación Sacerdotal del Siervo de Dios José Rivera Ramírez.
- N. 26: «Fecundidad».
- N. 27: «José Rivera. TESTIMONIOS II».
- N. 28: «De la muerte y la vida».
- N. 29: «La Iglesia».

Pedidos a: **FUNDACIÓN «JOSÉ RIVERA»**

Apdo. 307 45080-TOLEDO

La **FUNDACIÓN «JOSÉ RIVERA»** distribuye gratuitamente estos Cuadernos. Para los donativos, ingresar en:

TOLEDO, Banco Central Hispano, C/C 0049-2604-41-1811068090

**Toledo, Junio de 2006**

